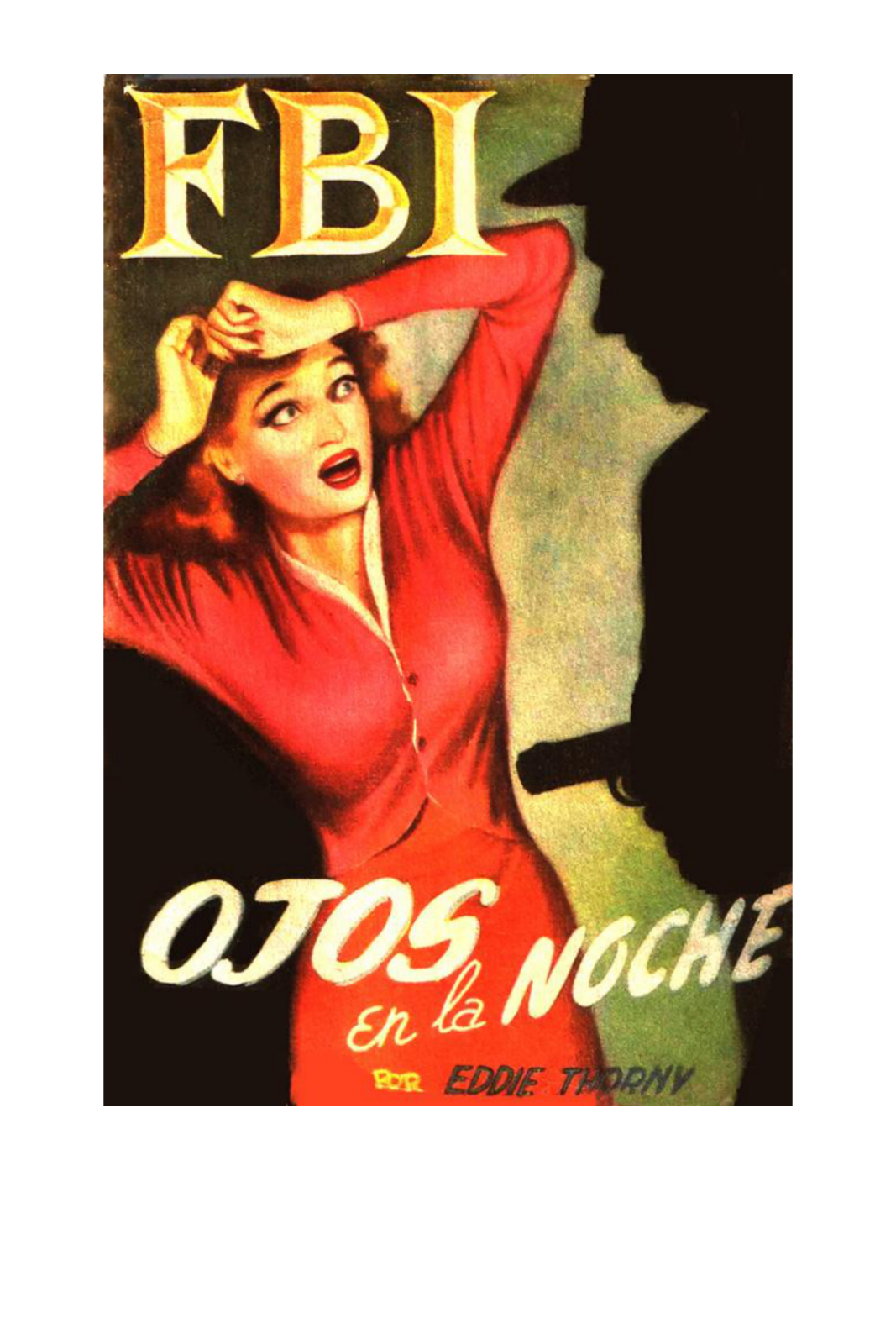


A vintage movie poster for the film 'FBI: Eyes in the Night'. The poster features a woman with blonde hair, wearing a bright red dress, looking upwards with a surprised expression. Her hands are raised to her head. To her right, the dark silhouette of a man in a suit and hat is visible, holding a handgun. The background is a mix of dark and light greenish-yellow tones.

FBI

OJOS
en la NOCHE

por EDDIE THORNY

DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1953
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

EDDIE THORNY

OJOS EN LA NOCHE



COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Cupable! (7.ª ed.) (1).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
33. Carne de horca (4).
34. Tráfico mortal (8).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
98. Rebelión (3).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dólares (15).
100. Yo, director del F. B. I. (2.ª ed.) (1).
101. De Harward a Quantico (16).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
- *15. El hombre de Witechapel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
126. La ciudad prohibida (2).
127. Fatalidad (5).
128. Escalera de color (16).
129. La muerte blanca (15).
130. Ojo siniestro (3).
131. El espectro del pasado (25).
132. Club nocturno (8).
133. Persiguiendo cadáveres (26).

134. Prisión de oro (4).
135. Pasión inmortal (1).
136. ¿Volverá O'Regan? (5)
137. Cubil de alimañas (17).
138. La aventura de Harris (3).
139. Ratas del puerto (27).
140. Billete para la eternidad (4).
141. El triunfo de los mejores (21).
142. Al final, la muerte (5).
143. La encrucijada sangrienta (28).
144. Horas eternas (3).
145. Buck «Parabellum» (17).
146. El hombre de la camella escarlata (1).
147. Intolerancia. (4).
148. Actuación extralegal (8).
149. La máscara y el rostro (29).
150. Héroes del F. B. I. (5).
151. Peligro nacional (4).
152. El Dragón de Bronce (23).
153. El profesor (3).
154. Crímenes en Reno (4).
155. La mujer sin alma (1).
156. Desafío (14).
157. La verdad de una vida (5).
158. Encrucijada (4).
159. Bajo la piel del león (25).
160. Maldad (3).
161. Injusta sentencia (12).
162. El asalto (5).
163. Pesadilla trágica (4).
164. De poder a poder (7).
165. Cuando la Patria llama (23).
166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
170. El verdugo espera... (30).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente núm. 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
180. Cuatro deben morir (4).
181. Sublime amistad (12).
182. Disparos en la noche (32).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el infierno (31).

AUTORES

- | | | |
|--|---|--|
| <ol style="list-style-type: none"> (1) Alf Manz. (2) Fred Baxter. (3) Frank McFair. (4) Eddie Thorny. (5) O. C. Tavin. (6) Alar Benet. (7) A. G. Murphy. (8) Lewis Haroc. (9) J. L. Martin. (10) Jack Brooklyn. (11) Thomas Settes. | <ol style="list-style-type: none"> (12) John Nebot. (13) Thomas Wanton. (14) F. N. Graw. (15) Robert Deaf. (16) Alan Carson. (17) Alv Cortroa. (18) Jack Grey. (19) Edgar Ford. (20) Andre O'Sun. (21) Fel Marty. | <ol style="list-style-type: none"> (22) Dana You-ll. (23) Al Gallard. (24) Chester King. (25) Josep Tell. (26) Med Ryman. (27) Lou Dark. (28) Jan Hutton. (29) Richard Jackson. (30) Jim Murray. (31) Sand Burl. |
|--|---|--|

I

¡SORPRESA MACABRA



UGH Wharton no era un conquistador profesional ni un temperamento impresionable y enamoradizo capaz de correr desalado tras la primera chica bonita que se cruzaba en su camino. En lo físico, pero especialmente en lo espiritual, era la antítesis de lo que conocen los franceses con el remoquete de un «homme a femmes». No era insensible, ni mucho menos, a los encantos del sexo femenino, pero quería a su esposa, y a los diez años de contraer matrimonio seguía fiel a los juramentos prestados. Sin embargo, aun no pasándole por el pensamiento una

sola idea pecaminosa, tuvo que volver la cabeza al encontrarse por vez primera con aquella chica y recordarla cuando tornó a verla en ocasiones sucesivas.

Quiso la casualidad que fuesen varias las veces que tropezara con ella en el espacio de pocos días.

Y siempre en lugares que, extraños y aburridos para la generalidad de los mortales, entrañaban un interés primordial para Hugh Wharton. La primera —lo recordaba perfectamente—, en las salas de Prehistoria Americana del Metropolitan Museum, contemplando embelesada unos bajorrelieves mayas; la segunda, en la New York Public Library —la mejor biblioteca de toda la costa atlántica, que se enorgullece de guardar más de cinco millones de libros impresos, aparte de una ingente cantidad de manuscritos—, absorta en la lectura de los farragosos e indigestos volúmenes en que Karl Schezer consignó sus descubrimientos respecto a las civilizaciones precolombinas; la tercera, en el Museum of Natural History, estudiando los restos fósiles de animales desaparecidos milenios antes de que los primeros españoles pusieran sus plantas en el Nuevo Mundo.

No eran muchos los que se preocupaban de estudiar los intrincados y difíciles problemas planteados por mayas, aztecas e incas. Incluso la moderna aventura de la

«Kon-Tiki»

había resbalado un poco sobre la sensibilidad de las multitudes, que vieron en ella más lo que tenía de audaz empresa marítima, que de confirmación de una teoría respecto a los primitivos habitantes del continente americano. Los pocos que se preocupaban seriamente de tales cuestiones no tenían generalmente mucho que agradecerle a la madre Naturaleza. Solían ser de manera casi exclusiva caballeros serios, que habían dejado muy atrás el cabo de la cincuentena, y que si no lucían grandes barbas patriarcales, cuando menos ocultaban sus ojos de miope tras los gruesos cristales de unas gafas.

Aquella muchacha sólo tenía de común con ellos su afición por temas tan áridos e intrincados. Era joven, alta, esbelta, de figura airoso, talle cimbreante, curvas suavemente trazadas y rostro de líneas perfectas, enmarcado por una catarata de cabellos oscuros. En cuanto a las gafas, el solo pensamiento de esconder unos ojos como los suyos tras unos cristales, ahumados o claros, ya parecía un

verdadero delito de lesa arte.

A Hugh Wharton le sorprendió agradablemente que una chica tan bonita se preocupase por el origen de las civilizaciones americanas. E hizo, naturalmente, que se fijase mucho más que la hubiese mirado de cruzarse con ella a la entrada de un cine o a la salida de una exposición de modas.

Pero todavía hubo de fijarse más al dar la casualidad de verla en el mismo restaurante de Greenwich Avenue. Era un restaurante italiano, donde se comía bien por un precio asequible, en un ambiente que tenía algo de bohemio y familiar. Hugh lo había, frecuentado mucho en su juventud —y no era que pudiera sentirse viejo ya, pues no había cumplido aún los cuarenta—, especialmente en los meses que precedieron a su boda. Después, Nelly, que presumía, no sin razón, de magnífica cocinera, había hecho hincapié en que subiera todos los días a su casa, y aunque el tiempo apremiaba, estar durante media hora al lado de su esposa le compensaba sobradamente de la carrera que tenía que darse.

Ahora, Nelly estaba lejos, pasando una corta temporada junto a una hermana enferma, en un pueblecito de Maine. Como era la primera vez que se separaban desde que se casaron, Hugh anduvo un tanto desorientado al principio. Luego, de una manera casi fatal, volvió a sus costumbres y hábitos de soltero; a no ir a casa más que para dormir y pasarse las horas libres frecuentando bibliotecas y museos, impulsado siempre por su vieja manía de ahondar en todo lo relacionado con las civilizaciones precolombinas americanas.

Incluso sus comidas en el restaurante de Vittorio, tenían cierta relación con aquella desmedida afición. En tiempos ya un poco lejanos, solía verse allí con un joven y talentado profesor de la Columbia University, tan conocedor como el primero de los distintos períodos porque hubo de atravesar la cultura maya antes de perecer bajo el empuje de los pueblos bárbaros llegados del Norte. Aquel profesor, muerto prematuramente, llevaba ya varios años enterrado. Pero el restaurante de Vittorio seguía siendo frecuentado por algunos de sus colegas, varios de los cuales conocían a Wharton y compartían, en mayor o menor grado, sus entusiasmos y aficiones.

Hugh les envidiaba en el fondo de su corazón. De haber tenido suerte o dinero, habría consagrado también su vida, al estudio, a la

investigación y a la ciencia. Pero jamás anduvo sobrado de dinero, no pudo pasar de la High School y hubo de empezar a trabajar, cuando por su gusto hubiese pasado años enteros en las aulas de cualquier Universidad. No le fué mal en el trabajo, ganó lo suficiente para vivir y aún pudo tomarse, de cuando en cuando, largas vacaciones, que consagró a su afición favorita.

Que no carecía de conocimientos profundos, lo demostró en los varios artículos que, a propósito del origen común de los pueblos nahuas, publicó en la «American Science». Aquellos trabajos, donde aportaba datos y pruebas de primera mano en apoyo de sus puntos de vista, interesaron a un núcleo reducido de especialistas, y hasta merecieron el honor de ser recogidos y publicados en un folleto editado por la Archaeology Society. A aquel folleto, largamente espaciados en el tiempo, siguieron otros dos con el fruto de sus investigaciones en Arizona y Yucatán. Su ambición hubiera sido dedicarse por entero a la tarea de aclarar definitivamente el origen del hombre americano y las conquistas realizadas por las misteriosas civilizaciones maya y tolteca. Pero la necesidad de trabajar para ganarse la vida, primero; la guerra, después, y el matrimonio, por último, con los gastos que trae aparejados la constitución y sostenimiento de un hogar, habían relegado a un segundo término tan buenos propósitos.

No estaba descontento, con todo. Lejos de ello, creía tener motivos para sentirse feliz. Nelly era una mujer buena, bonita, cariñosa y sensible, de la que cada día estaba más enamorado. Tampoco del trabajo podía mostrarse disgustado. Era redactor financiero del «New York Sun», y el sueldo, unido a las comisiones por algunos anuncios bursátiles, le permitía vivir con cierto desahogo. Tenían un pisito confortable, moderno y alegre en West 29th Street, no lejos de Eleventh Avenue, y en él se había reservado las dos habitaciones más amplias, instalando en ellas su despacho y biblioteca. Y no es preciso decir que, en esta última, los volúmenes relacionados con la prehistoria americana ocupaban las nueve décimas partes de las estanterías.

Aunque tenía un poco abandonados los estudios que constituían su afición predilecta, solía pasar horas enteras en la biblioteca, releyendo textos medio olvidados o contemplando algunas piezas de cerámica nahua y varias estatuillas, halladas por él personalmente

en la entrada de una vieja mina —cuyos trabajos debieron suspenderse siglos antes de la llegada de los europeos—, escondida en uno de los numerosos «cañones» de Arizona.

Por sorprendente que parezca —y al propio interesado hubo de parecérselo, y mucho, desde el primer instante—, fueron sus estudios y aficiones, y más aún los trabajos publicados, y que suponía no habían trascendido de un estrecho círculo de especialistas en la materia, lo que relacionó a Hugh Wharton con aquella muchacha de suave, pero llamativa, belleza. Se había fijado en ella varias veces ya, asombrado de que una chica tan bonita se interesase por materias tan poco divertidas, cuando una noche, en que todas las mesas del restaurante de Vittorio aparecían ocupadas, se dirigió a él con cierta graciosa timidez para preguntarle si no tendría inconveniente en que cenase a su lado.

—En absoluto, señorita —se apresuró a responder—. Será para mí un verdadero placer.

Lo decía por pura cortesía, pero resultó verdad. La cena con la muchacha fué en extremo agradable, y la charla tan entretenida, que la sobremesa se prolongó más de una hora, mientras con lenta parsimonia apuraban unas tazas de buen café. Magda Santzo —que así dijo llamarse la joven— afirmaba tener veintisiete años, aunque no representaba arriba de veintidós o veintitrés. Era alta, bien proporcionada, de piernas largas y aire deportivo; tenía el pelo muy negro, una nariz ligeramente respingona, unos ojos grandes, oscuros, de sedoso mirar, y una boca pequeña, bien dibujada, con labios de un rojo intenso. No se pintaba, y nadie lo echaría de menos al mirarla, convencido de antemano de que ningún afeitado podría añadir nuevos encantos a su rostro.

Sin embargo, hubo algo más agradable y sorprendente para Hugh que la belleza física de la muchacha. Apenas cambió con ella las primeras palabras, advirtió que era simpática sin afectación, culta sin sombra alguna de pedantería, con una gracia natural y espontánea que parecía emanar de toda su persona. Habló con sencillez de sus estudios y aficiones, demostrando saber mucho más de lo que su interlocutor podía esperar respecto a las culturas aborígenes de América. Pero acaso lo más inesperado para Wharton fué oírle añadir:

—Conozco, claro está, sus trabajos sobre la materia, y estoy

conforme en líneas generales.

Que no se trataba de un error de persona lo comprobó Hugh al oírla mencionar los títulos de los folletos publicados por la Archaeology Society; que su conocimiento era profundo y exacto, y no superficial, como supuso en un principio, lo demostró la joven exponiendo con claridad la serie de datos y argumentos en que míster Wharton basaba deducciones que algunos historiadores consideraban aventuradas, aun después de que el viaje de la «Kon-Tiki»

demostró que era perfectamente factible que, también en el caso de América y sus relaciones con Asia y Oceanía, la civilización hubiera seguido, como en todas partes, el caminar del sol.

Magda afirmó que seguía en la Columbia University unos cursos de Historia y Arqueología, y estaba preparando con afán su tesis doctoral. Procedía de Virginia, donde residía su familia. Como dedicaba todas sus horas al estudio, apenas tenía amigos ni conocidos en Nueva York.

—Algunos compañeros insisten a veces en que salga con ellos. Pero no quiero perder el tiempo; ni me gusta beber ni me entusiasma el baile. Prefiero, pues, rechazar las invitaciones y aprovechar hasta el último minuto.

No andaba muy sobrada de dinero; su familia hacía un verdadero sacrificio al proporcionarla lo estrictamente indispensable para estudiar una carrera, y la chica procuraba no salirse nunca de su modesta consignación mensual. La consecuencia natural y lógica era que tuviese que vivir en una pensión de ínfima categoría, en una «*boarding house*» del Bronx, donde abundaban tanto las molestias como escaseaban las comodidades.

—Me gustaría encerrarme en mi cuarto para estudiar, pero resulta imposible. Hay más ruidos y alboroto que en el mismísimo Times Square.

La tesis en que estaba trabajando versaría sobre el relato del franciscano español fray Marcos de Niza, respecto al mítico reino de Quivira y a las Siete Ciudades de Cíbola. Trataba de demostrar, como el propio Wharton había intentado con anterioridad, que las leyendas recogidas por el fraile español tenían un fondo de verdad; que en algún punto del norte de la moderna Arizona hubo, en tiempos difíciles de determinar, un poderoso imperio, una

civilización esplendorosa, de la que apenas quedaban restos materiales, y que fué de allí de donde partieron mayas, toltecas, pueblos y aztecas, con intervalos de siglos entre una y otra emigración, a la conquista de las tierras fértiles y soleadas del Sur.

—Sé que es un propósito ambicioso, que quizá exceda de mis fuerzas y conocimientos; pero estoy encariñada con él y quiero llevarlo a feliz término, aunque exige grandes esfuerzos y sacrificios.

Conocía, como lo demostró en el curso de la charla, la escritura jeroglífica azteca y la maya, que, más adelantada, casi se aproxima a la forma silábica. Por desgracia, carecía de buenas reproducciones de los tres únicos manuscritos auténticos existentes en el mundo, y no podía soñar en visitar Dresde, París y Madrid, donde se conservaban. En la New York Public Library había copias fotográficas de los mismos, pero...

—Ponen grandes dificultades para entregarlas a quien desea estudiarlas con el necesario detenimiento.

Hugh sabía algo de esto; pese a ser bastante conocido en los medios científicos, no siempre hallaba facilidades, ni en la famosa biblioteca ni, menos aún, en el Metropolitan Museum. En uno y otro sitio, los encargados de custodiar las reliquias de las primitivas civilizaciones americanas parecían temer que todo el mundo quisiera robárselas. A fuerza de años, de paciencia y de gastos, Wharton había subsanado, en parte, tales dificultades, haciéndose con reproducciones de cuántos objetos le interesaban.

—Tengo en casa unas buenas copias de los manuscritos mayas. Si tanto le interesan, no tendría inconveniente alguno en mostrárselas.

La muchacha aceptó encantada el ofrecimiento. Quedaron en verse en el mismo restaurante para comer al día siguiente. Magda fué puntual a la cita. Terminado el almuerzo, fueron hasta la casa de Hught, en West 29th Street. A la chica, el piso le pareció maravilloso, especialmente la biblioteca. Había allí cuanto pudiera desear para completar su trabajo: magníficos libros de consulta, paz, silencio, tranquilidad y toda clase de comodidades.

—Aquí terminaba mi tesis doctoral en menos de ocho días.

—¿Por qué no viene a trabajar algunas tardes? —preguntó Wharton, dejándose llevar por un impulso repentino.

Quiso recoger velas después, pero le pareció demasiado violento. Tras hacer un ofrecimiento espontáneo, no cabía volverse atrás. Y menos cuando ningún mal podía derivarse. Incluso, y como creyera advertir ciertas vacilaciones en la joven, insistió, para decidirla y tranquilizarla:

—Estará completamente sola durante todo el día. Yo salgo a las ocho de la mañana y no vuelvo hasta las nueve o las diez de la noche. Nadie la molestará ni distraerá en su tarea.

Había una mujer, una asistenta, que iba una hora a limpiar, pero que terminaba siempre antes de las diez de la mañana. Hugh la hablaría al día siguiente para que no se extrañase de la llegada de la muchacha. En cualquier caso, no necesitaría hablarle siquiera. Y en cuanto a verse con él...

—Puede ir alguna tarde a cenar al Vittorio. O limitarse a darme un telefonazo diciendo cómo le va en su trabajo y si tiene alguna duda que pueda ayudarle a resolver.

Magda acabó aceptando, con expresivas muestras de agradecimiento. Y así, de una manera suave y alegre, comenzó una aventura, que había de tener las más extrañas y sorprendentes derivaciones; que metería de lleno a Hugh Wharton en el centro mismo de una violenta tempestad y estaría a punto de arruinar su vida sentimental y poner a la física el más vergonzoso de los finales, llevándole a sentarse en la silla eléctrica.

En un principio, nada hizo esperar ni suponer tan desagradables derivaciones. Hubo algunas molestias, es cierto; pero no tantas, desde luego, que no estuviesen compensadas sobradamente con la íntima satisfacción de Hugh por el favor que hacía a la joven y por las palabras de encendida gratitud de la muchacha, que a veces hacían ruborizarse un poco a su interlocutor.

Mabel, la asistenta, arrugó ligeramente el ceño cuando Hugh le anunció que una señorita iría a trabajar a su despacho durante varias horas cada día.

—¿Y se quedará sola en la casa? —inquirió, recelosa. Cuando Hugh respondió afirmativamente, añadió—: Yo, en su lugar, no me fiaría mucho; hay muchas cosas de valor, y a lo mejor...

Wharton rechazó de plano la insidia. Estaba seguro de que Magda era una chica decente, aunque sólo había hablado con ella un par de veces. En cuanto a lo que pudiera llevarse, no creía que

en toda la casa hubiese nada capaz de excitar la codicia de un discípulo de Caco. Ni los muebles eran muy nuevos, ni los cuadros de buenas firmas, ni los libros, aun habiéndose llevado buena parte de sus ahorros, justificaban por sí solos un intento de despojo. Lo mejor, lo más valioso, desde el punto de vista material, era, sin duda, la nueva nevera, el aparato de televisión y la máquina de escribir. Pero no había ni que pensar en que Magda pensara en desaparecer cargada con nada de aquello.

—¿Qué le pareció *miss* Santzo? —preguntó, al otro día, a la asistenta.

—Muy bonita —gruñó la mujer—. Demasiado bonita, quizá. Yo, en lugar de su señora...

Aunque no terminó la frase, Hugh comprendió perfectamente lo que pretendía insinuar. Le concedió tan poca importancia como a los temores expresados veinticuatro horas antes por la asistenta. Todos sus recelos —fruto lógico de una mujer desconfiada, que pensaba mal de todo el mundo— carecían de fundamento. Ni Magda era una ladrona, que penetraba en su casa para llevarse lo que le pareciese de algún valor, ni una «Vampiresa», que aspiraba a trastornarle el juicio, apartándole de su mujer y de sus deberes conyugales.

—Descuide, mujer; descuide. *Miss* Santzo es una persona decente en toda la amplia acepción de la palabra.

Por espacio de una larga semana no tuvo motivo para pensar de distinta manera. Magda acudía a su casa alrededor de las diez de la mañana y permanecía trabajando encerrada en la biblioteca hasta las siete o las ocho de la tarde. Consultaba libros, examinaba documentos de mayor o menor importancia y escribía a máquina, redactando su tesis doctoral. Raro era el día que no le llamaba dos o tres veces por teléfono, generalmente al periódico, para consultarle algún punto oscuro. Todo era perfectamente lógico; tan sólo hubo algo que desconcertó ligeramente a Hugh: advertir que la chica parecía más enterada que él mismo respecto a los procedimientos de extracción de minerales por parte de los pueblos nahuas. Pero como era un aspecto de la cuestión al que Wharton apenas había concedido la menor importancia, no se la dió ahora tampoco.

Todas las noches, de manera invariable, hallaba sobre la mesa del despacho una breve nota firmada por Magda dándole cuenta de

lo que había trabajado durante el día y reiterándole las gracias. A Hugh le hubiese agradado ver a la chica, y de buena gana se habría presentado a media tarde en su domicilio. Temió, sin embargo, que la muchacha interpretara mal su presencia, que llegase a suponerle intenciones que estaban muy lejos de su ánimo, y dominó el impulso.

Tan sólo una de aquellas tardes apareció Magda por el restaurante de Vittorio. Cenaron juntos y charlaron animadamente; tanto, que, igual que la primera vez que hablasen, la sobremesa se prolongó más de una hora. Charlaban en voz baja, con cierto aire de intimidad. En varias ocasiones. Hugh advirtió el gesto de asombro de algunos conocidos, sorprendidos sin duda de verle acompañado, ya que estaban acostumbrados a que comiera siempre solo. En otras, le pareció adivinar sonrisas, entre maliciosas y cómplices, de los camareros y aun del propio Vittorio. Todos ellos pensaban, sin duda, en alguna aventurilla, y el interesado sonrió a su vez, pensando en la sorpresa de todos ellos si pudieran seguir la conversación y comprobasen de qué estaban hablando.

—Es indudable —afirmaba Magda— que los pueblos nahuas conocieron, desde la más remota antigüedad, la manera de extraer y trabajar los metales. No sólo utilizaron el hierro y el cobre, sino que, aleando el segundo por el estaño, produjeron el bronce, y uniendo al primero ligeras cantidades de tungsteno, le dieron mayor consistencia y dureza. Incluso creo que tenía razón Frank al señalar la posibilidad de que utilizasen el uranio.

El nombre de Frank sorprendió a Hugh. Creía conocer a todos los investigadores de la materia y no recordaba de ninguno que se llamase así. Hizo una pregunta, y Magda dió, sonriendo, la explicación. David Frank era un caballero de Richmond algo pariente suyo, entusiasta de la prehistoria americana, a quien la muchacha debía en buena parte su afición al tema. No se trataba de un sabio arqueólogo ni de un famoso historiador, sino de un rico hacendado, que consagraba sus ratos de ocio a leer cuanto se publicaba respecto a los pueblos aborígenes del nuevo continente.

—No publicó ningún trabajo ni sus aficiones trascendieron fuera del círculo familiar. Murió hace tres años. Yo, que de chica oía embelesada sus explicaciones, le recuerdo constantemente y, a veces, le menciono como si fuese una autoridad en la materia. No lo

era, desde luego. Sin embargo, creo que tenía razón respecto al uranio. ¿No opina usted lo mismo?

Wharton no estaba nada seguro. En realidad, el uranio era un metal conocido desde la más remota antigüedad, sin que nadie le concediera la menor importancia hasta que la primera explosión atómica hizo que todos los ojos se fijasen en él. En algunas viejas inscripciones mayas o aztecas se aludía a un metal blanco, muy denso, difícil de fundir. Cabía admitir que se tratase de uranio, aunque también podía ser simplemente níquel.

—En cualquier caso —añadió, sonriendo—, no creo que el hecho tenga la menor importancia. Aun cuando hubiesen conocido el uranio, no les serviría de nada. Porque, por mucho que exageremos los adelantos de su civilización, no irá a suponer que los sacerdotes mayas o aztecas sospecharon siquiera nada relacionado con la desintegración nuclear, ¿verdad?

—Claro que no —repuso Magda—. Pero ¿no cree que llamaría la atención de las gentes saber que hace ocho o diez siglos ya había en tierras americanas quienes fijaban sus ojos en un mineral tan codiciado actualmente?

Plugh lo admitía de buen grado; incluso que la noticia mereciera extensos reportajes y titulares a toda plana en los periódicos sensacionalistas. Pero tal hipótesis, mientras se careciese de una base firme y sólida en que asentarla, en tanto se apoyase en meras suposiciones —y no tenían otra cosa hasta el momento—, sería una actitud populachera que, por anticientífica, acarrearía el descrédito para quien se atreviese a lanzarla.

—No le aconsejo que lo haga, si ha llegado a pensarlo, *miss* Santzo. Bastaría para destruir su tesis doctoral y hacer que los profesores de la Columbio se rieran de usted.

—No pienso hacerlo, míster Wharton —contestó la joven—. Ni siquiera me ha pasado por la imaginación mencionar dicha posibilidad en mi tesis. Ha sido algo que se me ha ocurrido de pronto en el curso de la charla, pero que soy la primera en reconocer como intrascendente e, incluso, descabellado.

Siguieron hablando acerca del grado de civilización alcanzado por los distintos pueblos nahuas y las dudas planteadas respecto al origen común o diverso de quichuas, aymaras, toltecas y mayas. Wharton no había estudiado a fondo todo lo referente a las culturas

indígenas del Perú y la altiplanicie boliviana; sin embargo, sabía que ofrecían sobrados puntos de contacto con las que florecieron en la península de Yucatán y en el valle de Anahuac, para que pudiera dudarse un solo momento de la existencia de un cercano parentesco entre todas ellas.

—Se tardará posiblemente mucho tiempo en poderlo mostrar, pero estoy seguro de que algún día se hallarán pruebas irrecusables de que el llamado pueblo nahua representa, con respecto a América, lo mismo que los arios significaron en Asia y Europa: un elemento poblador y civilizador de primer orden.

—¿Cree, entonces, que el nahua es el hombre autóctono americano?

Hugh eludió una respuesta directa. No creía que el hombre hubiera hecho su aparición en el nuevo continente con anterioridad e independencia al resto del mundo. Por el contrario, el estudio de los restos más antiguos hallados indicaba la existencia de tres razas distintas, procedentes todas del otro lado de los mares: una negra, originaria posiblemente de Senegambia; otra blanca, emprendedora y audaz, que debió llegar saltando de isla en isla por el norte del Atlántico, y una tercera mongólica, arribada con muchos siglos de retraso, pasando sobre los hielos del estrecho de Behring.

—El pueblo nahua parece una fusión de blancos y mongoles; en cualquier caso, no cabe duda de que fué el creador de todas las civilizaciones precolombinas.

Se fueron del Vittorio cuando iban a cerrar el restaurante. Como ambos se encontraban a gusto, interesados en la charla, se dirigieron a un club nocturno, sito en la misma Greenwich Avenue. Allí, mientras tomaban con lentitud unos «higballs», siguieron hablando durante varias horas. Magda hacía muchas preguntas, que no siempre acertaba a contestar Wharton. En algunos momentos tuvo la impresión de que la chica sabía mucho más que él respecto a las primitivas culturas americanas.

En torno suyo, la gente bailaba, alborotaba y se divertía. Hugh y su acompañante no se movieron de la mesa. Cualquiera que, les viese, les tomaría por dos enamorados tan mutuamente entusiasmados que no tenían tiempo más que para mirarse a los ojos y hablar, trazando planes risueños para un porvenir inmediato. La verdad era que nada de lo que, se decían tenía la menor relación

personal con ambos.

—¡Las dos de la madrugada ya y tengo que levantarme a las siete!

Wharton tenía muchas cosas que hacer a la mañana siguiente, pero el tiempo se le había pasado sin sentir. Salieron a la calle. Galantemente quiso acompañar a la muchacha hasta su domicilio en el lejano Bronx. Magda se opuso:

—Es preferible que vaya sola, amigo mío. Ya le he hecho perder bastantes horas para obligarle, al final, a hacer una excursión hasta el extremo opuesto de Nueva York.

Quedaron en hablarse por teléfono. Fué Hugh quien la llamó a media mañana. La chica parecía, del mejor humor. Avanzaba con rapidez en su trabajo y la charla de la noche anterior había aclarado muchas de sus dudas. Esperaba terminar su tarea en dos o tres días como máximo.

—¿Y no volveremos a vernos?

—¿Por qué? —dijo la muchacha—. Pienso quedarme una temporada en Nueva York y deseo que sigamos siendo buenos amigos. Quiero tener el placer de conocer personalmente a su esposa. A juzgar por los retratos, debe ser encantadora. Me agradaría intimar con ella.

Había mucho de verdad en lo que Magda decía. Aunque ya tenía más de treinta años, Nelly se conservaba tan bonita —más bonita aún en opinión de su marido— como cuando la conoció, recién cumplidos los veinte. Además de la belleza física, Hugh encontraba en ella otros muchos encantos. Era graciosa, inteligente, buena y comprensiva.

Diez años de matrimonio son muchos años para haberlos atravesado sin disputas, enfrentamientos ni disgustos. Y éste era, sin embargo, el caso suyo y de Nelly. Ni una sola nube había oscurecido el cielo de su felicidad. Cada día, Hugh estaba más convencido de haberse casado con la única mujer que podía convenirle en todo y por todo.

Ella y Magda podrían ser amigas, muy buenas amigas. Acaso otra mujer cualquiera hubiese arrugado el ceño, desconfiando de la naturaleza y el alcance de las relaciones de su esposo con una muchacha joven y bonita. Con Nelly no había cuidado. No era celosa ni mal pensada; tenía plena confianza en su marido y no

vería en su amistad con *miss* Santzo más de lo que realmente había.

—Incluso me gustaría que estuviese aquí. Los tres juntos podríamos pasar algunas tardes en casa.

No parecía, sin embargo, que Nelly pudiera regresar muy pronto. Según la última carta recibida, aunque su hermana se encontraba mucho mejor, fuera ya de todo peligro, la convalecencia sería larga y tendría que permanecer todavía un par de semanas en Bangor.

Acaso por ello fué mayor su sorpresa cuando una tarde —dos días después de cenar en compañía de Magda—, al llegar al periódico le entregaron un telegrama en que Nelly anunciaba su precipitado regreso. Contra su costumbre, viajaba en avión, y faltaba poco para que llegase al aeropuerto.

—El telegrama llegó a las tres de la tarde; telefoneé a su casa, pero no contestó nadie. Si hubiera sabido dónde estaba...

Tenía razón el ordenanza. Hugh salió de su casa, como todos los días, a primera hora de la mañana y no volvió por allí. No hubiera sido fácil localizarle en ningún instante, porque ni siquiera comió en un sitio conocido, haciéndolo de pie en un automático. Se había pasado casi toda la jornada yendo de un lado para otro en un fallido intento de dar con *míster* Longwood, senador y presidente de la Comisión de Presupuestos, que había redactado un proyecto de gran interés respecto a la disminución de las trabas aduaneras.

Consultó el reloj. Eran las siete y cuarto y el avión procedente de Maine llegaba a las ocho en punto. Tenía el tiempo justo para que un taxi le llevase al aeropuerto. Habiéndole avisado con tiempo, a Nelly le sentaría muy mal que no acudiese a darla la bienvenida.

En el taxi, mientras marchaba hacia el distante aeródromo a través de las calles del centro de Manhattan rebosantes de tráfico en las últimas horas de la tarde, pensó en lo extraño del regreso de su mujer. ¿Cómo volvía tan pronto, cuando al escribirle el viernes anterior afirmaba que tendría que continuar en Bangor hasta finales de mes? Conociéndola, sólo cabía una explicación lógica, y fué la que Wharton se dió. Veinte días de separación eran demasiados para quienes no habían dejado de estar juntos desde el día que se casaron. Nelly había sentido la natural nostalgia del hogar distante y, al saber a su hermana fuera de peligro, no pudo resistir el deseo de tornar cuanto antes al lado de su marido.

—Eso es precisamente lo sucedido —dijo Nelly, apenas descendió del avión, luego de abrazar y besar a su esposo y respondiendo a una pregunta de éste—. Lucy está ya en franca convalecencia y yo hacía más falta a tu lado que al suyo. ¿No opinas lo mismo, querido?

—¡Claro que sí! Ya puedes suponerte, cariño mío, todo lo que te he echado de menos.

—¡Vaya si me lo figuro! —replicó Nelly, acomodándose en el taxi—. A ningún marido le gusta que su mujercita le tenga tan abandonado como te he tenido yo en estas semanas.

Un poco confusamente, Hugh creyó percibir cierto tono de ironía en las palabras de su esposa. Sorprendido, preguntó:

—¿Vienes disgustada por algo?

—¿Por qué iba a disgustarme, si mi hermana se encuentra mucho mejor y vuelvo al lado de mi maridito querido?

No era posible ya la menor duda. Las palabras de Nelly encerraban una segunda intención. ¿Qué podría haberla sucedido? Tuvo intenciones de preguntárselo de nuevo, pero desistió, pensando que ya lo había hecho sin obtener una respuesta clara y concreta. Esperaría con calma a que la mujer hablase. Por anticipado estaba seguro de que no sería nada importante.

Fueron largo rato sin, hablar palabra. Un instante cruzó por la mente de Hugh la idea de que Magda Santzo pudiera ser la causa de aquel enfado de Nelly. Rechazó en el acto el pensamiento. Su mujer no podía saber una sola palabra, porque nada le había dicho en sus cartas; y, aunque lo supiera, no había en lo sucedido nada ofensivo ni molesto, y ella era lo suficientemente inteligente para comprenderlo así.

—¿Qué tal si cenásemos en cualquier restaurante antes de irnos a casa a dormir? —insinuó cuando el taxi enfilaba una de las interminables avenidas de Manhattan.

Nelly rechazó de plano la sugerencia, empleando para ello razones convincentes. Tenía verdaderos deseos de verse en su casa luego de veinte días pasados fuera. ¿La cena? ¡Bah! No tenía mucho apetito y en la nevera guardaban siempre provisiones sobradas.

—Verás qué banquete preparo en menos de quince minutos.

Hugh se acordó entonces de *miss* Santzo. Resultaría violento y desagradable que Nelly se encontrase en el piso a una muchacha

joven y bonita de la que su marido no le había dicho una sola palabra. Lo comprendería todo en cuanto le hablase; pero el primer instante...

Había hecho mal, muy mal, se dijo mentalmente, no contándoselo todo a Nelly, aunque hubiera sido por carta. Lo mejor sería subsanar cuanto antes el error.

—Quisiera decirte algo curioso, querida. En estos días que has estado fuera...

Estaban en pleno Broadway; había un atasco en la circulación y, con olvido de todas las normas sobre las señales acústicas, los conductores de un centenar de automóviles protestaban tocando las bocinas y armando un estrépito de todos los demonios. Ni aun hablando a gritos resultaba fácil entenderse en el interior del taxi.

—No entiendo una sola palabra —chilló Nelly—. Será mejor que me lo cuentes cuando lleguemos a casa.

Hugh accedió con una ligera inclinación de cabeza. Se tranquilizó por completo al mirar la hora. Eran las nueve de la noche. Imposible que Magda estuviera aún en casa. Todos los días se marchaba antes de las siete y aquél debió hacerlo mucho antes. ¿No le dijo el ordenanza del periódico que llamó a las tres y no cogió nadie el teléfono?

Acaso fuera mejor así. En casa, con toda la noche por delante, podría hablar con calma, contar toda la verdad a su mujer y deshacer cualquier posible mal entendido. Estaba seguro de ello. Si *miss* Santzo se presentaba a la mañana siguiente, Nelly la recibiría como la mejor de sus amigas.

Pagó el taxi, recogió la maleta de su esposa y los dos juntos penetraron en la casa. El portero les saludó afectuosamente al ponerles el ascensor. Llegaron a su piso. Hugh abrió la puerta del apartamento y encendió la luz del «*living*». Todo estaba en perfecto orden. Sonrió, aliviado. Era indudable que Magda se había ido antes del anochecer.

—Entretente un rato en el despacho, querido. Voy a quitarme el vestido y a ponerme una bata para estar más cómoda.

Bien. Era en el despacho o la biblioteca donde podía haber alguna huella de la presencia de *miss* Santzo en la casa. En la alcoba no debía haber puesto los pies, ni siquiera por curiosidad. Si le había dejado alguna nota encima de la mesa, tendría tiempo de

leerla y juzgar si debía mostrársela a Nelly o hacerla desaparecer por el momento.

Encendió la luz del despacho, primero, y de la biblioteca, después. No encontró ninguna nota; todo estaba como lo había dejado por la mañana. Seguramente Magda no había aparecido por allí aquel día. O tuvo que ir a cualquier otro sitio, o, quizá, se encontraba algo indispuesta. Si no era que había terminado ya la tesis doctoral en que trabajaba con tanto entusiasmo.

Un grito de horror y espanto llegó en aquel instante a sus oídos. Tan inesperado resultó, que se estremeció de pies a cabeza, aunque su mente se negó a admitir que pudiese existir un motivo para que Nelly gritase de aquella manera. Pero un segundo alarido, tan angustioso y estridente como el primero, bastó para convencerle de que sus sentidos no le habían jugado una mala pasada.

Cruzó en dos saltos el despacho, abrió la puerta de un golpe y se encontró en el «*living*». Pálida, desencajada, con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror, temblando convulsivamente y teniendo que agarrarse a las cortinas para no rodar por el suelo, Nelly aparecía a la puerta de la alcoba. Corrió a su lado, impresionado por el aspecto de su esposa, asustado a su vez, preguntando, nervioso:

—¿Qué te pasa, querida? ¿Qué ocurre?

—¡Espantoso! ¡Espantoso! ¡Es algo terrible...! —balbució, confusa y angustiada, Nelly, agarrándose con fuerza a su marido, como si buscase protección contra un grave peligro.

—¿Qué es lo terrible y espantoso? —Tornó a preguntar Hugh, que miraba en torno suyo en el «*living*», sin ver nada que justificase el histerismo de su mujer.

—¡Ahí dentro, en la alcoba, sobre la cama...! ¡Es terrible...!

Soltando a Nelly, Hugh penetró en el dormitorio, avanzando hacia la cama. A dos pasos de distancia se detuvo, sobrecogido por el horror. Había un cuerpo de mujer atravesado en el lecho matrimonial. En la mano derecha tenía una pistola; en el pecho, una mancha rojiza que casi no dejaba ver el blanco de la blusa. Estaba tendida boca arriba, con el rostro contraído en un gesto de dolor y una expresión de pánico en los ojos, vidriados por la muerte. La reconoció en el acto, sin la menor sombra de duda, y el nombre de la muchacha apareció en sus labios transformado en un grito de

asombro:

—¡Magda Santzo!

—¿Magda Santzo? —repitió como un eco la voz de su mujer, que, haciendo un gran esfuerzo, le había seguido, aunque sin atreverse a pasar del umbral y procurando no mirar hacia la cama—. Entonces, ¿la conocías?

Hugh inclinó la cabeza en silencio. Luego, acercándose a la cama, tocó suavemente la frente de la muchacha. Tenía la frialdad del mármol.

—Está muerta —comentó con un hilillo de voz—. Debió pegarse un tiro en el corazón. Habrá que avisar a la Policía.

Nelly comprendía también la urgencia de llamar a la Policía, pero no dió un solo paso hacia el teléfono. Creía, como su marido, que la muchacha se había suicidado. El orden que reinaba en toda la casa descartaba la posibilidad de una lucha; la pistola que seguía empuñando con la mano crispada indicaba que debió manejarla contra sí misma. Sin embargo, nada de esto ocupaba su mente en aquel instante. Torturándola por su cerebro giraban tres preguntas angustiosas:

—¿Quién era esa mujer? ¿Qué tenía que ver contigo? ¿Por qué vino a suicidarse en nuestra casa y cómo entró aquí?

Lentamente, como en sueños, sin apartar los ojos de la mujer muerta, Hugh dió una respuesta a las preguntas de Nelly y a sus propios y torturados pensamientos:

—Era una estudiante de la Columbia University que pidió mi ayuda para redactar su tesis doctoral. Pero no puedo comprender por qué vino aquí a matarse. ¡Y ni siquiera puedo creer que se matase ella misma...!

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

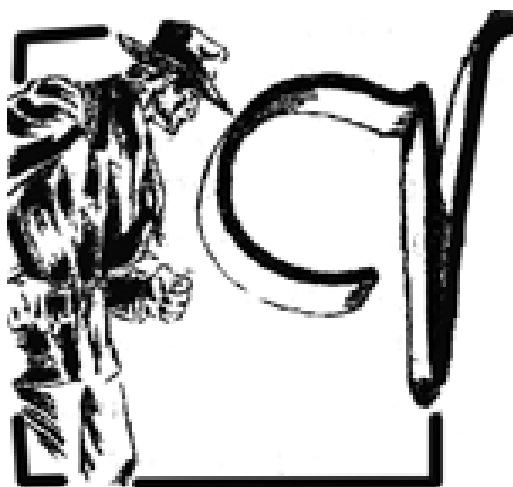
Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a **EDITORIAL ROLLAN**

II

HOMICIDIO EN PRIMER GRADO



FINTE minutos después, un tropel de hombres invadía la casa. Los detectives husmeaban por todas las habitaciones; los expertos en huellas buscaban las que pudiera haber en el lugar de la tragedia; los fotógrafos tiraban placas desde todos los ángulos imaginables; el forense se inclinaba, pensativo, sobre el cadáver, y, precavido, eludía ninguna afirmación definitiva:

—Puede ser un suicidio, desde luego; todo parece indicarlo así. Pero mientras no hagamos la autopsia y veamos la trayectoria de la bala...

En tanto que varios hombres se cuidaban del traslado del cuerpo de la víctima, Rufus Lindbergh, teniente de la Policía local, encargado de las investigaciones, iniciaba el interrogatorio de los propietarios del piso, arrellanado en uno de los butacones del

despacho.

Empezó por Nelly, que era quien había descubierto el cadáver. La mujer contó lo que sabía, que no era mucho, ciertamente. Había llegado aquella misma tarde en avión, procedente de Bangor (Maine), donde había pasado tres semanas, atendiendo a una hermana enferma. Su marido la esperaba en el aeropuerto, y juntos se dirigieron a su casa. Al entrar en la alcoba para cambiarse de ropa, contempló, horrorizada, el cuerpo de una muchacha muerta sobre su propia cama.

—¿La conocía usted?

—No la había visto nunca; ni siquiera sabía que hubiese nadie que se llamara Magda Santzo.

—¿Y cómo lo supo?

—Porque oí a mi marido pronunciar su nombre.

Tras tomar nota de las manifestaciones de la mujer, Rufus se volvió hacia Hugh Wharton. Estaba seguro de que tenía mucho más y de mayor interés que decir, aunque posiblemente no le haría gracia tener que declararlo en presencia de la esposa. Amablemente, le indicó:

—Si lo considera preciso, podemos hablar a solas.

—De ninguna manera —repuso Hugh—. Nada he ocultado jamás a mi mujer ni nada tengo que ocultarle ahora.

—«¡Okay!», amigo —repuso el teniente—. ¿Quiere contarme entonces con todo detalle quién era *miss* Santzo, cómo la conoció y qué relaciones mantenía con ella?

Wharton respondió con la verdad, contando las entrevistas sostenidas con la muchacha y lo que habían hablado. Dijo también que la chica iba allí a trabajar algunos días, porque la pensión donde se hospedaba carecía de las condiciones mínimas de tranquilidad y sosiego indispensables para una labor de un intelectual.

—¿Sabe dónde vivía?

—En el Bronx, desde luego. Creo que en una pensión de East Two Hundredth Street, aunque ignoro el número. Pero podrá averiguarlo con toda facilidad telefoneando a las oficinas de la Columbia University. Estaba matriculada allí, y tendrán su dirección.

El teniente tomó unas notas precipitadas. Luego planteó el tema

más delicado. ¿Qué tenía que ver míster Wharton con la muchacha? En el terreno personal, naturalmente, y aparte de las relaciones de tipo científico.

—Absolutamente nada —afirmó Hugh—. Reconozco que *miss* Santzo era muy bonita, pero para mí, desde que me casé, no ha habido ni habrá otra mujer que mi esposa.

—Le creo —repuso el teniente—. Sin embargo, habrá de reconocer conmigo que resulta un poco extraño entregar la llave del piso para que pueda hacer cuanto le venga en gana a una persona de la que sólo conocía el nombre que había querido darle y que quizá no era el suyo verdadero. ¿No opina lo mismo, *mistress* Wharton?

Nelly se apresuró a responder en sentido afirmativo. También a ella se le antojaba inexplicable la conducta de su marido. Que Hugh hubiese permitido la entrada de una perfecta desconocida en la intimidad de su hogar, era algo inconcebible para ella. Y que la muchacha fuese bonita y joven, no constituía precisamente una eximente a sus ojos.

—¿Y si hubiera sido una ladrona?

Hugh negó sin vacilaciones. Magda no tenía aspecto sospechoso. Sus modales eran los de una persona bien educada; su atavío, el de quien, sin vivir en la opulencia, tampoco se halla en la miseria. Aparte, claro está, de que en la casa no había nada de gran valor que justificase una treta habilidosa para introducirse en ella.

—Sin contar, naturalmente, que para hablarme como lo hizo de las civilizaciones maya y azteca hubiera necesitado estudiar durante años enteros. Y, sobre todas las cosas, que aquí no falta nada.

—¿Está usted seguro? —insistió el teniente—. ¿Por qué no miran por todos lados, antes de seguir adelante, y se convencen de si ha desaparecido algo?

Ahora que se habían llevado el cadáver de la víctima, Nelly sentía imperiosos deseos de comprobar si la capa de pieles que su marido le regaló dos años antes, en el aniversario de su boda, y que le costó cerca del millar de dólares, seguía en el armario ropero. Secundó resueltamente al teniente. Aun convencido de que la investigación resultaría inútil, Hugh no tuvo más remedio que acceder.

—Mientras —dijo Rufus—, bajaré a hablar con el portero. Es

posible que alguien oyera el disparo. Por lo menos, podrá decirme a qué hora entró aquí *miss* Santzo y si advirtió algo extraño en su aspecto.

Momentáneamente a solas en el piso, Nelly se apresuró a comprobar que la capa de pieles seguía en su sitio; a renglón seguido, examinó ropas y enseres en la alcoba, en la cocina y el cuarto de baño, convenciéndose de que, allí al menos, no faltaba nada absolutamente.

Hugh, en cambio, al pasar una rápida revista al despacho y la biblioteca, advirtió que algo había desaparecido: una estatuilla de aspecto tosco, rudimentariamente modelada, hallada por él precisamente en lo que debió ser una vieja mina abandonada en un angosto cañón de Arizona. La estatuilla, de reducidas dimensiones, no tenía gran valor artístico ni menos aún intrínseco. Representaba una especie de sacerdote y era similar, aunque de labor muy inferior, a otras mil existentes en todos los museos arquitectónicos del mundo. En cuanto al metal empleado, aunque jamás se tomó la molestia de hacerlo analizar, por juzgarlo innecesario, debía ser plomo o tungsteno, a juzgar por su peso. Desde luego, había que descartar en redondo que pudiera tratarse de oro, plata o cualquier otro mineral valioso.

Se lo diría al teniente, claro está, aunque no acertaba a comprender que pudiese tener la menor relación con el suicidio de la pobre muchacha. Pero como el suicidio seguía siendo un enigma para él, como para todos, acaso la desaparición advertida pudiese arrojar un poco de luz que disipase las espesas tinieblas.

—No falta nada, desde luego —dijo Nelly, entrando en el despacho e interrumpiendo sus meditaciones—. Pero el hecho mismo de que nada falte hace que todo este asunto me parezca cada vez más extraño. Sobre todo, tu actitud.

—¿Mi actitud? —preguntó Hugh, sorprendido por ti tono acre de su mujer—. ¿Quieres decirme qué hay en ella de sospechoso?

—¿Te parecen poco tus relaciones con esa mujer? ¿O me supones tan tonta como para creer la historia que contaste al teniente?

Fué inútil que Hugh repitiese una y otra vez que había dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Con una obstinación digna de mejor causa, dando claras muestras de un

espíritu receloso y desconfiado que hasta entonces no sospechara jamás en ella, su mujer oponía un insalvable escepticismo. Acogía con gesto desdeñoso las explicaciones del marido, respondiendo con frases hirientes y despectivas.

—Si hubiese sido un hombre, jamás le habrías dado la llave del piso. Pero como se trataba de una chica guapa...

—¿Pretendes insinuar que yo...? —inquirió, acalorado, Hugh—. Debías saber que...

—¡Bah! —le interrumpió, despectiva, Nelly—. Todos los hombres sois iguales, y cuando veis una muchacha que consideráis fácil...

La discusión se agrió. Las palabras de Nelly producían en Hugh el más deplorable efecto. Hubo algo que le dió bastante que pensar. Fueron unas alusiones a sus cenas con la muchacha en un restaurante de Greenwich Avenue y subsiguientes visitas a un club nocturno.

—Y no pretendas negarlo —añadió, irritada—. Estoy perfectamente enterada. No faltó quien me escribiese a Bangor y por eso precipité mi regreso.

No quiso decir quién la había informado, pero Hugh no creía tener dudas sobre el particular. Alguien, indudablemente, que le había visto en compañía de *miss* Santzo, equivocándose al juzgar por las apariencias. Pero ¿quién, concretamente? Podían ser varios o varias. Y en primera fila, Ernest Gallico. Un poco le dolía pensarlo así, porque de Gallico tuvo siempre un concepto elevado, aunque no fuera mucho lo que hablase con él. Gallico, pariente lejano de su mujer, firmó como testigo en la ceremonia de su boda. En aquel entonces, era un capitán de aviación que gozaba un corto permiso para reponerse de las heridas sufridas en el Pacífico; ahora, creía que formaba parte de la Policía federal.

Ernest Gallico era un hombre serio, ponderado, medurado en palabras y gestos. Resultaba sorprendente que hubiese cometido la ligereza de escribir a Nelly, poniéndola en guardia contra su esposo. Pero había que rendirse a la evidencia, porque la mujer hablaba de visitas a un club nocturno y Ernest Gallico le vió en compañía de Magda la noche en que estuvieron charlando hasta pasadas las dos de la madrugada.

Prosiguió la discusión, con un creciente mal humor por parte del

marido y una mayor agresividad por la de Nelly. A interrumpirla vino la llegada del teniente Rufus. Aunque para ser más exactos, convendría decir que acudió a llevarla a su grado máximo de violencia.

Al verle aparecer de nuevo, Hugh recordó la desaparición de la estatuilla y quiso hablarle de ella. Pero las primeras palabras del teniente le impidieron persistir en su propósito. Rufus Lindbergh tornaba con el rostro más ceñudo que nunca, dando muestras de irritación y contrariedad, y no se anduvo en rodeos al enfrentarse con Wharton.

—¿Por qué ha pretendido engañarme antes? —preguntó en tono y aire que nada tenía de amistoso.

—No he pretendido engañarle en nada, teniente —replicó Hugh, irritado—. No dije más que la verdad, y fácil le será comprobarlo así.

—Por desgracia para usted, acabo de comprobar lo contrario. Y en un aspecto tan fundamental como sus relaciones con *miss* Santzo.

Nelly dirigió a su esposo una mirada de reproche y acusación. Hugh quiso defenderse, repitiendo una vez más que entre él y la muchacha muerta no hubo nada vergonzoso ni inconfesable; pero el teniente le interrumpió:

—¡Espere un momento, Wharton! Veremos qué dice cuando oiga a la persona que acaba de informarme de sus andanzas.

Sin esperar respuesta, fué hasta la puerta del piso, donde vigilaba un agente uniformado, e hizo pasar a una mujer. Hugh lanzó un grito de asombro al verla. Se trataba de Mabel Compton, la asistente.

La mujer entró con aire grave y triunfal, rebosando importancia por todos los poros de la piel. Saludó con una ligera inclinación de cabeza a Nelly y dirigió a su marido una mirada rencorosa. Hugh se dio cuenta en aquel instante de algo que hasta entonces le pasase totalmente desapercibido: que la asistente le odiaba profundamente, por motivos que no acertaba a comprender.

—¿Quiere repetir, *mistress* Compton lo que me dijo en la portería?

—No sé si debiera hablar delante de la señora —repuso la asistente, aunque era evidente que estaba deseando soltar todo el

veneno que llevaba dentro.

—Hable sin rodeos —intervino Nelly, espoleados sus recelos por el exordio de Mabel—. Tengo perfecto derecho a conocer todo lo referente a mi esposo.

—¡Diga de una vez lo que sea! —chilló, irritado, Hugh.

Mabel se puso al lado del teniente, como solicitando su protección. Luego, mirando a Nelly, cual si sus palabras fueran dirigidas a ella, comenzó:

—Ya me malicié algo cuando el señor me habló de que iba a venir una señorita a estudiar no sé qué libracos. Una entiende poco de libros, pero no es tonta en su ignorancia, y cuando vi a la individua...

—A *miss* Santzo —la interrumpió Hugh, indignado por la forma ofensiva de aludir a la pobre muchacha muerta.

—¡Bueno, a *miss* eso que usted dice! No me gustó su pinta poco ni mucho. Se las daba de leída y escribida, pero yo sé a qué atenerme con esa clase de mujeres. Hace años mi difunto Joe tuvo un lío con una chica que...

—Deje a su difunto Joe en paz —saltó el teniente— y diga únicamente lo que sabe.

—Pues bueno, que me lo figuré todo apenas la vi. Era una lagartona muy sonriente, muy amable, pero a mí no me engaña. «Aquí hay lío», pensé. ¡Y lo había, vaya si lo había!

Hugh, colérico, quiso lanzarse sobre la mujer, pero le contuvo con energía el teniente. Tuvo que conformarse con gritar, irritado:

—¡Eso es una canallada estúpida!

Aunque por motivos muy distintos, Nelly parecía compartir la indignación de su marido. Pero a diferencia de éste, daba pleno crédito a las palabras de la asistenta y tenía interés en que dijese cuánto sabía. Animándola a continuar, preguntó:

—¿Por qué supuso que había lío?

Pavoneándose orgullosa al verse centro de la atención general, alegre por el efecto que causaban sus palabras, Mabel Compton siguió hablando. No contaba escuetamente la verdad que creía saber, sino que la envolvía en reflexiones personales, todas las cuales tendían a demostrar su perspicacia. Le había indignado la conducta de míster Wharton llevando a una muchacha a su propia casa, aprovechando la ausencia circunstancial de su mujer. Era algo

parecido a lo que quince años atrás había hecho «su difunto Joe», sólo que ella reaccionó dándoles a los dos una buena paliza.

—Pero *mistress* Wharton estaba lejos y yo di por seguro que la cosa terminaría mal. Cuando hace media hora me dijo *míster* Loftwafe —*míster* Loftwafe es el portero— lo que había ocurrido, no me sorprendió. Yo lo sabía desde el primer instante.

—¿Que esa joven se suicidaría? —preguntó, extrañada, Nelly.

—¡O que la suicidarían, vaya usted a saber! Porque yo supongo que lo sucedido...

—No nos importa lo que usted suponga —la interrumpió, enérgico, Rufus Lindbergh—. Lo que deseamos es que nos diga en las menos palabras posibles lo que sepa. ¿Entendido?

De visible mala gana renunció la mujer a sus afanes discursivos. Hubo de limitarse a decir lo que sabía, aunque cualquier observador imparcial y desapasionado habría advertido sin dificultad que procuraba recargar las tintas. Cuando afirmó que Magda Santzo pasaba las noches en el piso en compañía de Wharton, éste protestó, airado:

—¡Mentira! ¡Todo eso es mentira!

—¿Cómo sabe usted que pasaba aquí las noches? —preguntó el teniente a Mabel sin hacer caso de la protesta de Hugh.

—Porque la encontré varias mañanas al venir a limpiar. Ni siquiera se había vestido.

—¿Estaba desnuda? —inquirió Nelly, que había palidecido al escuchar la afirmación de la asistenta.

—Poco menos. Llevaba puesta una bata. La suya rosa, precisamente, señora.

Indignado, Hugh trató nuevamente de acometer a Mabel, que retrocedió, asustada, pero insistiendo a gritos en su acusación. El teniente intervino con resolución, amenazando a Wharton con emplear la violencia si no guardaba la debida compostura. Con un esfuerzo logró dominarse Hugh, quien, mirando a su esposa, la pidió, suplicante:

—¡No creas una sola palabra, Nelly! Está mintiendo de una manera descarada.

—Mintiendo, ¿eh? —vociferó la asistenta—. Pregunten al portero, si no me creen. Puede decirle cómo vió entrar a ésa muchas tardes y no salir hasta el día siguiente.

Wharton protestó, irritado, y se produjo un momento de confusión, en que todos hablaban a un tiempo, sin lograr entenderse. Al cabo de un par de minutos, el teniente consiguió imponerse. Tras ordenar a Hugh que cerrase la boca, indicó a la asistente:

—Esté bien, *mistress* Compton. Puede retirarse ya. Volveré a llamarla cuando la necesite. ¡Ahora, váyase!

Con suavidad no exenta de firmeza, la empujó hacia la puerta, obligándola a salir. Quedaron solos en el despacho Nelly y su marido. El rostro de la mujer decía con entera claridad el efecto producido por lo que acababa de oír y la tormenta que rugía en su pecho.

—Jamás lo hubiera esperado de ti, Hugh. ¡Traer una mujeruca aquí, a tu propia casa...!

—No es cierto nada de lo que supones, Nelly. Yo te juro por lo más sagrado que Mabel ha mentido.

—¡No jures, porque no había de creerte! Y no sigas hablando; perderías el tiempo. ¡Me voy!

—¿Que te vas? —inquirió Wharton, negándose a dar crédito a sus oídos.

—Sí. Después de lo sucedido, no puedo continuar a tu lado. Me voy para siempre.

—Pero...

—¡Déjame marchar! Sería inútil lo que hicieras, porque me iría de todas las maneras. Pediré la separación. No quiero volver siquiera a cruzar la palabra contigo. ¡Adiós!

Salió antes de que Hugh, abrumado por la resuelta actitud de Nelly, pudiese hacer nada por impedirlo. Cuando, un poco repuesto de la impresión, quiso lanzarse en su seguimiento, era ya demasiado tarde. El teniente Rufus Lindbergh le cerró el paso.

—No arme escándalos, Wharton. No le convienen en su situación. Es preferible que la deje marchar. Le sobran razones para hacerlo.

—¿Pero usted cree también...?

—Yo me atengo exclusivamente a los hechos —repuso con firmeza el teniente—. Y los hechos, reconózcalo, no son nada favorables para usted. Aprovechando la ausencia de su esposa, trae una muchachita a su casa...

—Para que trabajase en su tesis doctoral, exclusivamente —le interrumpió Hugh.

—Eso dice usted. Sin embargo, el portero supone que pasó algunas noches aquí, en su compañía. Y la asistenta, como ha podido oír, va todavía más lejos. ¿No cree que hay más que suficiente?

Abrumado, Hugh se había dejado caer en uno de los sillones. Creyó comprender el alcance de las palabras del teniente. Tras una breve pausa, preguntó con voz insegura:

—¿Va a detenerme?

—Todavía no. Si la autopsia demuestra que la chica se suicidó, no habrá motivo para encerrarle. Pero si hubiera sido asesinada...

—¿Qué?

—Sería muy desagradable para usted. Es preferible que piense que fue suicidio. De cualquier forma, no intente salir de la ciudad y procure tenerme informado en todo momento de dónde se encuentra. Es seguro que tendré que volver a interrogarle.

Se marchó a los pocos minutos. Hugh quedó solo en la casa, con la muerte en el alma y la cabeza a punto de estallarle. Unas horas antes era un hombre alegre, optimista, feliz; ahora se había convertido en un pingajo humano, amenazado, herido por las mayores catástrofes que podía imaginarse. Acababa de perder el amor de su mujer, que se despidió anunciando su firme resolución de no volverle a ver; la asistenta, el portero, la Policía, todo el mundo, le consideraban un libertino desvergonzado, capaz de manchar con sus torpes devaneos la santidad del domicilio conyugal. Y allí, en su propia cama, había aparecido muerta, una pobre muchacha, a la que las gentes se empeñaban en considerar como su amante y tal vez como su víctima.

¿Su víctima? Sí; el teniente Lindbergh lo había dicho con meridiana claridad. De no comprobarse fuera de toda duda que se trataba de un suicidio, dentro de unas horas se vería detenido, acusado de homicidio en primer grado. Era inocente, total y absolutamente inocente. Pero ¿le creería nadie? ¿Le serviría de nada proclamarlo en todos los tonos? No. Si su mujer, que debía conocerlo y confiar en su rectitud, había aceptado sin vacilaciones las insidias de *mistress* Compton, ¿cómo no habían de estar los demás convencidos de su culpabilidad? Ante sus ojos se abría una

perspectiva siniestra. No sabía qué podría hacer, argüir, intentar para destruir los cargos en contra suya. Iría a la cárcel, a la silla eléctrica quizá. Y todo ¿por qué? ¿Por qué?

Suicidio o asesinato, no acertaba a explicarse la muerte de Magda. Siempre que habló con ella, la chica le dió la sensación de una persona equilibrada, sana física y mentalmente, sin miedos, complejos ni preocupaciones. La gente no se suicida porque sí, sin algún motivo, más o menos poderoso. ¿Y qué razón, si existía alguna, podía tener fuerza suficiente para impulsar a tal fatal determinación a una muchacha llena de juventud y alegría de vivir?

—Ninguna —exclamó, rabioso, expresando en voz alta sus pensamientos, mientras medía a grandes pasos el despacho—. Es imposible que se suicidara.

Pero esta deducción, lejos de mejorar su situación, la empeoraba considerablemente. De haber sido asesinada, el principal sospechoso sería él. Tan pronto como el dictamen de la autopsia rechazase la idea de que miss Santzo pudo quitarse voluntariamente la vida, sería encarcelado y sometido a un proceso, cuyo final podía muy bien ser una sentencia irreparable. Para eludirla, necesitaría una de estas dos cosas: o poder demostrar con pruebas y testigos que en el momento de cometerse el crimen estaba en un lugar distinto, o que la Policía encontrase al verdadero asesino.

Las dos se le antojaban difíciles en demasía. Ignoraba la hora del crimen; pudo ser a las doce de la mañana o a las cinco de la tarde; pudo perpetrarse en cualquier instante durante un espacio que abarcaba varias horas. Y eran aquellas horas precisamente las que había pasado yendo de un lado para otro en una búsqueda tan obstinada como infructuosa del senador Longwood, presidente del Comité de Presupuestos. En su busca estuvo en cincuenta sitios distintos. Pero ¿podría recordar la hora exacta en que estuvo en cada uno de ellos? Y aunque lo recordase con exactitud —y ahora no podía hacerlo—, ¿habría quien le recordase a él con la precisión necesaria para librarle de una acusación de asesinato?

Que la Policía descubriese al criminal le parecía igualmente problemático. ¿Dónde podría buscarle, caso de que se molestase en hacerlo, convencida como estaría desde el primer instante de que la muerte de la muchacha era obra suya? Lo ignoraba. Trató de pensar por su cuenta en los posibles móviles del crimen. ¿Amor? *Miss*

Santzo, con su belleza, era capaz de inspirar grandes pasiones; pero los crímenes pasionales, merced a una cuidadosa educación de la juventud, son casi desconocidos en América. ¿Interés? No creía que Magda tuviese nada de valor que justificase el empleo de la violencia para arrebatárselo. La chica no le había hablado jamás de amoríos; tampoco parecía tener enemigos ni abrigar el menor temor. Estaba consagrada por entero a sus estudios: a unos estudios tan inofensivos que en modo alguno podían tener la menor relación con su trágico final.

¿Y si la tuviesen? ¿No tendría algún significado que no acertaba a comprender la desaparición de la estatuilla? ¿Y el interés de la muchacha por la posible utilización del uranio por parte del pueblo nahua? ¡Fantasías! Todo aquello no pasaban de ser fantasías. Habría que buscar por otro lado. Y el tiempo apremiaba. Dentro de unas horas, a la mañana siguiente, los forenses darían su dictamen.

«Y a la media hora me habrán detenido».

Tenía que hacer algo, pero no sabía qué. Al cabo de una hora de dar vueltas y más vueltas no se le ocurrió nada mejor que tratar de hablar con Nelly. Necesitaba, por lo menos, que su mujer le creyera, que estuviera a su lado; sentir el calor de su confianza, de su cariño en las horas amargas que le esperaban.

Sin poderse contener fué al teléfono y empezó a marcar números. Llamaba a todos los amigos y conocidos por si Nelly había corrido a refugiarse en casa de cualquiera de ellos. En los cuatro primeros sitios le contestaron negativamente. Al llamar al quinto — a Ernest Gallico, precisamente— recibió la anhelada contestación:

—Sí; llegó hace una hora. Venía rota materialmente, con un fuerte ataque de nervios. Sally está con ella procurando consolarla. No creo que sea conveniente que la veas ahora.

—Iré de todas formas —repuso impetuoso Hugh—. Necesito hablar con ella esta misma noche.

Colgó el auricular sin esperar la réplica de Gallico. Un minuto después, corriendo como un loco, bajando de tres en tres los escalones, se encontraba en la calle. Tuvo la suerte de encontrar un taxi en la esquina inmediata. Dió al chofer la dirección del matrimonio Gallico: 217 Canal Street, en la Downtown. Al ponerse en movimiento el taxi, otro coche se lanzó tras él. Hugh sonrió con tristeza al comprobarlo: el teniente Lindbergh no se fiaba y hacía

que le siguieran.

Ernest Gallico estaba esperándole cuando llegó. Era un hombre de treinta y siete años, de estatura superior a la normal, ancho de hombros y estrecho de cintura, con aspecto de persona que ha practicado con intensidad toda clase de deportes. Tenía la mirada penetrante, la frente despejada, la mandíbula saliente, con cierto aire de reto, y el pelo, que fuera de un negro intenso, entremezclado con las hebras de marfil de las primeras canas.

—No debiste venir, Hugh. Hablé con Nelly, insistí bastante, pero no quiere verte de ninguna manera. Amenazó con marcharse si no la prometía que no te dejaría entrar en su habitación.

—¿Y se lo prometiste?

—Sí. Considero que lo mejor para los dos es que no la veas ahora. Está dolida, indignada contigo; y no le falta razón.

Hugh replicó ligeramente alterado. Suponía a Ernest predispuesto en contra suya; quizá había influido con sus consejos en el ánimo de Nelly. Le había visto una noche acompañado de Magda y posiblemente creyó lo que no había, excediéndose en sus juicios.

—Hasta cabe admitir que fueras tú quien escribió a mi mujer para que precipitara su regreso.

Su interlocutor negó con serenidad y energía. Ni había escrito a Nelly ni pronunciado una sola palabra que pudiese aumentar la tirantez existente entre los esposos. ¿Qué le vió en unión de *miss* Santzo?

—Tengo por norma pensar bien de todo el mundo, mientras los hechos no me obligan a rectificar. En el peor de los casos mido a los demás por mi propio rasero y les concedo el beneficio de la duda.

—¿A mí también?

—Desde luego. No concedí la menor importancia al hecho de que fueras con una jovencita estando ausente tu mujer. Lo que no pude sospechar es que la llevaras a tu propia casa.

Wharton saltó con rapidez, interesado en aclarar aquel extremo. Si permitió que Magda fuera a su domicilio no fué con ningún propósito turbio e inconfesable, sino únicamente para realizar con mayores comodidades un trabajo científico, y siempre durante las horas en que se hallaba en la calle.

—Eso dices tú —repuso escéptico Ernest—. Pero tu mujer piensa

algo muy distinto. Y no parece ser la única en opinar así.

Nuevamente protestó Hugh. Nelly estaba totalmente equivocada. Las calumniosas insinuaciones de la asistente —fruto de un espíritu tortuoso y un rencor que no sabía a qué atribuir—, no respondían en modo alguno a la verdad. Ni *miss* Santzo había pasado una sola noche en su casa ni, menos aún, lo hizo en su compañía. La muchacha iba por las mañanas y se marchaba por las tardes, sin moverse nunca del despacho y la biblioteca. Gallico le interrumpió con una pregunta intencionada:

—¿Cómo te explicas, entonces, que su cadáver apareciese en tu propia alcoba?

Hugh respondió con la verdad: no se lo explicaba de ninguna manera. De no haber visto muerta a Magda se hubiese negado a admitir la posibilidad de la tragedia. En el tiempo transcurrido desde entonces había pensado mucho en lo sucedido, pero cada vez se le antojaba más extraño y confuso. Ni siquiera estaba nada seguro de que la chica se hubiese suicidado.

—¿Insinúas que pudo ser asesinada?

—Lo temo por lo menos. El teniente Rufus Lindbergh, encargado de las investigaciones, lo sospecha también. Y sólo espera el dictamen de la autopsia para proceder contra mí. Para él soy el sospechoso número uno.

—¿Y no puedes demostrar tu inocencia?

Hugh movió con gesto apesadumbrado la cabeza. En teoría resulta fácil para un inocente probar que lo es con respecto a cualquier hecho delictivo; en la práctica suele resultar a veces extraordinariamente dificultoso. Wharton había llegado un rato antes a tan desoladora conclusión, pensando en un suceso en el que acaso estuviera en juego su propia vida. Ignoraba la hora exacta en que pudo cometerse el crimen —caso de que fuera crimen y no suicidio—; pero cualquiera que fuese, no le sería fácil probar que se hallaba en lugar distinto. Expuso con todo detalle sus movimientos durante el día e hizo ver a su interlocutor el peligro en que se encontraba.

—Sólo podría salir con bien disponiendo de tiempo y teniendo la habilidad precisa para dar con el verdadero culpable. Por desgracia, es posible que no me dejen muchas horas en libertad, y no sé cómo podría arreglármelas para descubrir al más torpe de los

delincuentes.

Le asaltó entonces una idea luminosa. Ernest Gallico había conseguido grandes éxitos como agente especial del F. B. I.

En repetidas ocasiones había visto mencionado su nombre en los periódicos con encendidos elogios a sus dotes de inteligencia, habilidad y valor.

—¿No podrías ayudarme tú, procurando aclarar lo ocurrido y deteniendo al asesino si, como temo, *miss* Santzo fué asesinada?

Ernest Gallico negó con firmeza. Era policía, desde luego; pero el carnet que llevaba en el bolsillo no era una patente de corso para hacer lo que se le antojara ni le autorizaba a inmiscuirse en la actuación de la Justicia. Pertenecía a un Cuerpo que tenía como lema que sus agentes debían ser los más celosos cumplidores de la Ley, única forma de tener autoridad moral para imponer su cumplimiento a los demás.

—El

F. B. I.,

tiene perfectamente delimitadas sus funciones. Sólo interviene en determinados delitos y con ciertas condiciones. Lamento tener que decírtelo, pero, aun en el caso de que esa joven haya sido asesinada, no hay nada en el crimen que justifique la intervención de la Policía Federal.

Expuso con entera claridad los delitos cuya persecución correspondía al Federal Bureau of Investigation, aparte de aquellos otros en que su concurso era solicitado por las diferentes Policías locales. En general, se trataba de crímenes que violaban las leyes federales o atentaban contra la seguridad de la nación.

—¿Y si en el fondo de este presunto crimen hubiese algo que constituyese una amenaza para el país? —preguntó de pronto Hugh, asaltado por una corazonada.

—¿Por qué suponer que puede haberlo? —inquirió fríamente su interlocutor.

Wharton se lo dijo, forzando sus recuerdos, incluso desfigurando ligeramente los hechos y las palabras para excitar el interés de su interlocutor. Habló del uranio y del interés que tenía *miss* Santzo en la posibilidad de que mayas y aztecas lo conocieran y empleasen; mencionó las alusiones de viejos manuscritos e inscripciones acerca

de un metal de características semejantes al que adquirió el máximo valor estratégico a raíz de las espantosas explosiones de Hiroshima y Nagasaki; aludió al David Franck mencionado por Magda como interesado en tales investigaciones, y se refirió, por último, a la desaparición de la estatuilla de su biblioteca.

—¿Qué interés tenía esa estatuilla? —preguntó fríamente Gallico.

Hugh vaciló en responder. Al final dijo lo que en aquel instante creía que podía convenirle más. No sabía con exactitud de qué metal era, porque ni era experto en mineralogía ni sé tomó la molestia de hacerlo analizar. Pero a juzgar por ciertas características de dureza, color y peso, empezaba a sospechar que pudiera ser uranio.

—De ser así, justificaría el interés, un poco sospechoso, aunque al principio no me lo pareciese, de *miss* Santzo por hacer amistad conmigo y penetrar en mi casa; pero justificaría algo más importante aún: su asesinato.

Arrastrado por su propia imaginación, agarrándose en la desesperación que le dominaba al clavo ardiendo de tales suposiciones, Hugh Wharton llegó un instante a creerse lo que estaba diciendo. Pero la ilusión no tardó en desvanecerse. Con lógica fría, Gallico le estrechó a preguntas y fue destrozando uno por uno sus argumentos.

Todo aquello no pasaba de ser un puro disparate. Se basaba en hechos que carecían de la menor consistencia. Nadie con un mínimo de sentido común podría pensar que la desaparición de una estatuilla sin el menor valor artístico ni material pudiera explicar el asesinato de una muchacha. Y menos cuando era muy posible que la tal estatuilla estuviese oculta simplemente tras algún montón de libros. Pretender que los antiguos mayas conocieron algo, por poco que fuese, respecto a la desintegración nuclear era una estupidez.

—Si te atreves a insinuar nada de eso ante la Policía o el juez se reirán de ti. En el mejor de los casos pensarán que estás loco; en el peor, que es un burdo intento de encubrir tu propia culpabilidad.

Desalentado, vencido, Hugh tuvo que acabar por reconocerlo así. Si Magda Santzo había sido asesinada, el crimen no podía tener nada que ver con sus estudios respecto a las civilizaciones precolombinas americanas.

—¿Qué me aconsejas? —preguntó, angustiado, Wharton.

—Que no hagas ninguna tontería. No pretendas huir, porque te cogerían pronto y la huida sería una prueba contra ti. Confía en la Policía y en los jueces. Se equivocan a veces, porque de humanos es errar: pero aciertan en la inmensa mayoría de los casos. Si tienes la conciencia tranquila, espera que la verdad resplandezca.

Hugh arrugó el ceño al oírle. Era fácil decir todo aquello cuándo uno mismo no se sentía amenazado directamente: pero costaba trabajo tener que confiar la propia vida a la inteligencia y la buena fe de los demás. Por desgracia, no le quedaba otro remedio que tragarse la píldora por amarga que fuese. Ernest Gallico se ofreció a acompañarle hasta su casa, quizá para convencerse de que no cometía el error de pretender huir. Al despedirse le dio una amistosa palmada en la espalda:

—Espero que todo se solucione bien. El teniente Lindbergh es un hombre listo, que no se dejará engañar por las apariencias. Tu inocencia no tardará en brillar por encima de todas las sombras.

Wharton no estaba tan convencido, Lindbergh le había dado la impresión de no ser tonto, pero parecía poner toda su inteligencia en arrinconarle, acaso por estar convencido de antemano de su culpabilidad. Le preocupaba mucho lo que pudiera suceder en las horas próximas; sin embargo, había algo que todavía le angustiaba más: que Nelly le creyera indigno y desleal.

—Haré lo posible por convencerla de lo contrario —prometió Ernest—. Es comprensible su indignación de los primeros momentos; pero cuando se le pase la ofuscación, ten la seguridad de que, como siempre, estará a tu lado.

Hugh quería y necesitaba pensarlo así. Constituía un pequeño consuelo dada la situación en que se hallaba. Con todo, no intentó acostarse, convencido de que no lograría conciliar el sueño. Prefirió dar vueltas y más vueltas por la casa en busca de una posible pista acerca de los motivos que impulsaron a Magda al suicidio, o los del asesino, caso de que lo hubiese realmente. No encontró nada. Es decir, advirtió la desaparición del plano, señalando con exactitud el emplazamiento del «cañón» de Arizona donde hallase algunos objetos nahuas. Pero si la estatuilla podía estar escondida tras un rimero de libros, lo mismo podía ocurrir con el plano. Y en cualquier caso, aun habiendo desaparecido, no tenían relación

alguna con el suceso que le atormentaba.

A primera hora de la mañana volvió a presentarse el teniente Lindbergh. Bastaba verle la cara para comprender que no venía precisamente del mejor humor. Sin molestarse en contestar al saludo de Hugh, preguntó en tono desabrido:

—¿Por qué ha tratado de engañarme, Wharton?

—¿Engañarle en qué? —preguntó Hugh, dolido por el tono y las palabras de su interlocutor.

—En todo; absolutamente en todo lo que me dijo anoche. ¿Es posible que sea tan tonto como para no comprender que tardaríamos poco en descubrir la verdad y que sus embustes sólo servirían para perjudicarlo?

Hugh saltó indignado. Estaba seguro de no haber mentido en su declaración. Cuánto había dicho era la verdad pura y simple.

—Excepto que *miss* Santzo viviese en una pensión de Two Hundredth Street, que estudiase arqueología americana en la Columbia University, fuese de Richmond y tuviese familia allí —contestó secamente Lindbergh.

—¿Que no es cierto nada de eso? —inquirió Hugh, a quien las palabras del teniente producían el efecto de un mazazo.

—En absoluto. Personalmente he podido comprobar que es una sarta de falsedades. Y no sólo esto, sino otras cosas que...

Se interrumpió porque sonaba el timbre del teléfono. Wharton quiso cogerlo, pero el teniente se le adelantó:

—Debe ser para mí. Dije que me llamasen aquí.

Escuchó con atención, por espacio de medio minuto. Luego gruñó, irritado:

—¡Claro que lo necesito! Búsquelo inmediatamente. Y léamelo por teléfono. Cuanto antes concluyamos, mejor.

Colgó el auricular y se encaró con Hugh. Mirándole atentamente, como si quisiera observar su reacción, preguntó:

—¿Le sorprendería mucho saber que hemos averiguado que la pistola que empuñaba *miss* Santzo fué comprada por usted hace dos años escasos?

A Wharton no le sorprendió en lo más mínimo. Había reconocido el arma tan pronto como la vio, aunque no dijera que era suya, porque no quiso agravar más aún su situación y porque nadie se lo preguntó. Respondió ahora con la verdad. Hacía muchos

meses que tenía la pistola en un cajón de la mesa del despacho, olvidado casi de su existencia. La muchacha pudo cogerla con entera libertad.

—O cogerla quien la mató —repuso con una extraña sonrisa el teniente.

—¿Cree, entonces, que hubo asesinato? —preguntó Lindbergh, estremeciéndose involuntariamente.

—Lo supongo. Pero el dictamen de la autopsia nos sacará de dudas. Acaban de redactarlo los forenses y he pedido que me lo lean por teléfono. Pronto sabremos a qué atenernos. Aunque acaso usted lo sepa mejor que nadie...

Iba a contestar airado Hugh cuando de nuevo sonó el timbre del teléfono. El teniente descolgó el auricular y tras darse a conocer permaneció en silencio durante un par de minutos. Al fin comentó:

—Perfectamente. Creo que todo está claro.

Wharton esperaba con ansiedad que Lindbergh hablase. Pero cuando colgó el auricular, el teniente se le quedó mirando con el ceño fruncido y aire meditabundo. Hugh no pudo resistir el silencio y preguntó:

—¿Fue suicidio?

—No: asesinato. Tenía dos balazos en el pecho y ambos fueron hechos a más de un metro de distancia. El primero le partió el corazón, por lo que resulta de todo punto imposible que pudiese hacer el segundo.

Hugh sintió que las piernas se le doblaban, mientras un sudor frío le corría por la frente. Quiso hablar y de sus labios no salió el menor sonido. Serio, grave, amenazador, el teniente le advirtió:

—¡Cuidado con lo que diga, Wharton! ¡Piense que todo podrá ser utilizado en contra, suya. Le detengo acusado del asesinato de la llamada Magda Santzo!

—¡Soy inocente! —clamó, angustiado, Hugh—. ¡Soy inocente!...

—Quizá —repuso, irónico, Lindbergh—. Pero ¡sólo un milagro le librará de terminar en la silla eléctrica!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

III

DEMASIADAS COINCIDENCIAS



El inspector Merrick paseaba por el despacho con las manos a la espalda y un gesto de grave preocupación en el semblante. Durante media hora larga había escuchado con atención cuando el agente especial Ernest Gallico tuvo a bien exponer. Ahora, mientras iba de un lado para otro con pasos largos, que revelaban una agilidad poco en consonancia con su edad y la blancura de los pocos pelos que le quedaban en la cabeza, analizaba fríamente cuanto acababa de oír.

Al cabo de cinco minutos de silencioso pasear se detuvo frente a Gallico, que permanecía sentado siguiendo con la vista los

movimientos de su jefe, para decirle en tono que tenía más de afirmación que de pregunta:

—¿No se habrá dejado influenciar por motivos de índole personal, ajenos por completo al interés del servicio?

—En absoluto —repuso, con acento de dignidad ofendida el agente especial—. Desde que salí de Quántico puse siempre el cumplimiento del deber por encima de toda otra consideración. Jamás toleraría que nadie ni nada me apartase de mi obligación, ni menos aún que cualquier beneficio personal me indujese a quebrantar los juramentos de fidelidad al Cuerpo, servicio al país e integridad moral y material que presté al ingresar en el

F. B. I.

—Lo sé, lo sé —replicó el inspector—. Y no vea en mis palabras intento alguno de zaherirle. No he pretendido insinuar la existencia de ningún beneficio personal o cualquier móvil inconfesable. Pero...

—¿Qué? —inquirió, en actitud ligeramente irritada, Gallico, que se había puesto en pie y miraba fijamente a su jefe inmediato.

—Que la esposa de Wharton vive hace días en su propia casa y es algo pariente suya. Es lógico suponer que esté angustiada por la suerte de su marido y que, como toda mujer enamorada, crea a pies juntillas en la inocencia de su esposo; también que a todas horas esté hablando de lo mismo y que fatalmente, acaso sin darse cuenta usted mismo, haya llegado a influenciarle, haciéndole dudar de la culpabilidad del acusado.

—Se equivoca en parte, Merrick, aunque acierte en lo fundamental. A Nelly le cuesta mucho creer que su marido sea un asesino, pero tampoco se atreve a considerarle inocente. Sin embargo, yo, y por motivos totalmente distintos a los que supone, empiezo a dudar de su culpabilidad.

El inspector hizo un gesto de escepticismo. Allí, sobre la mesa, tenía un ejemplar del «New York Herald», con una amplia información de la vistilla preliminar del proceso por homicidio en la persona de Magda Santzo. A juzgar por las declaraciones de cuántos depusieron en el acto y los resultados de la investigación practicada por la Policía, no cabía duda posible: Hugh Wharton había matado a la muchacha. El acusado lo negaba, naturalmente. Pero incurría en contradicciones de bulto, y afirmaba tantas cosas cuya inexactitud había quedado probada, que no podía concedérsele el

menor crédito.

—A mi parecer, se trata de un crimen sucio y vulgar. Creo que Wharton mató a la chica en un rapto de celos, o al negarse la muchacha a sus pretensiones. En cualquier caso, no es asunto que nos interese en lo más mínimo.

—Excepto —afirmó Ernest— si el móvil del asesinato no hubiera sido una pasión amorosa, como todos suponen, sino alguna oscura trama relacionada con una explotación de uranio. Si recuerda lo que antes expuse...

Iba a seguir, pero el inspector le contuvo con un gesto de impaciencia. Recordaba perfectamente lo que Gallico había dicho. En fin de cuentas, era, expresado de distinta manera, dándole un alcance diferente, algo semejante a lo manifestado en sus confusas declaraciones por el propio Hugh Wharton. También éste hablaba del interés de *miss* Santzo por el conocimiento que del famoso metal pudieran tener los antiguos aztecas. Pero como aseguraba al propio tiempo que la chica realizaba estudios de arqueología en la Columbia University —cosa que se había probado falsa—, cabía suponer que todo fuese un torpe invento suyo, tratando de alejar de sí las sospechas.

—Es una fantasía tan estúpida como pueril. Sólo puede creerla quien no tenga dos dedos de sentido común.

—Entonces —afirmó, con perfecta seriedad, Ernest— he de confesar que no tengo un ápice de sentido común, porque la creo.

Merrick contempló indignado al agente especial. Luego, dando un puñetazo sobre la mesa, dió rienda suelta a sus pensamientos. Tenía un alto concepto de Gallico, al que conocía desde que abandono Quántico, y no quería ofenderle, pero se necesitaba estar loco para admitir nada tan descabellado e inverosímil. No sabía una sola palabra de las civilizaciones precolombinas, y le tenía sin cuidado lo que hubiesen podido hacer mayas, aztecas o aymaras. En cualquier caso, suponía que no pasaron del nivel de unos pueblos bárbaros y atrasados; pretender que tales gentes pudieran conocer lo que constituía una de las últimas conquistas del hombre moderno, algo tan enrevesado que sólo unos cuantos cerebros privilegiados llegaban a comprender luego de años enteros de fatigoso laborar, le parecía un solemne disparate.

—Perdón, inspector —le interrumpió, de pronto, Ernest—. Nadie

afirma que los pueblos nahuas llegasen a lograr la desintegración nuclear. Lo que se discute es algo más sencillo e intrascendente: sí conocieron o no el uranio.

—Y aunque lo conociesen, ¿qué tendría que ver con el crimen de su amigo o pariente Hugh Wharton? —preguntó, agresivo, el inspector.

—Nada en apariencia —reconoció Gallico en tono calmado—. Mucho, quizá, si logramos penetrar en el fondo del asunto y tenernos en cuenta algunos hechos, tan extraños como sorprendentes.

—¿Quiere decirme de una vez qué hechos son éstos?

El agente especial los había expuesto minutos antes, pero no tuvo inconveniente en repetirlos. Empezaba por una afirmación de carácter personal, puramente subjetiva. Creía conocer a Wharton lo suficiente para sostener que, si era posible que le entusiasmase la belleza de una muchacha, no lo era que el entusiasmo pudiera llevarle hasta el crimen. Entendía, además, que no era simple fantasía suya el interés mostrado por la víctima respecto a las primitivas civilizaciones americanas.

—Aunque no lo crea, Hugh es hombre culto e inteligente. De haber cometido el crimen, se hubiera preparado una coartada y habría buscado una explicación más verosímil a sus relaciones con la chica. Lo ingenuo y torpe de su explicación es precisamente lo que me hace concederle algún crédito.

Pero los hechos fundamentales, a su parecer, comenzaban en la personalidad de la víctima. Nadie sabía quién era, de dónde procedía ni cómo se llamaba. Magda Santzo, según había dicho a Wharton; pero esto era todo. Aunque los periódicos publicaron su fotografía, no se presentó un solo pariente, amigo o conocido que arrojase la menor luz sobre su vida y antecedentes. Algunos testigos la habían visto en compañía de Hugh. Sin embargo, lo que hiciese antes de encontrar al que la Policía consideraba como autor de su muerte, dónde viviese y a qué se dedicara, continuaba siendo un enigma.

—Dijo que procedía de Richmond, y en Richmond no la conocía nadie; que vivía en una pensión de East Two Hundredth Street, y por ningún lado aparece una sola persona que la haya visto siquiera. Es como si hubiera surgido repentinamente de la nada

para amargar la vida de Wharton.

—A menos —replicó el inspector— que Wharton haya mentido deliberadamente respecto al nombre, domicilio y lugar de origen de su víctima.

—Siempre habría algo en que no pudo mentir: el retrato de la chica aparecido en todos los periódicos. ¿No resulta inexplicable que nadie la haya reconocido, presentándose a la Policía para arrojar alguna luz sobre su verdadera personalidad?

Merrick admitía, en efecto, que era un poco extraño; entendía, sin embargo, que cabía una explicación: el temor de las gentes a verse mezcladas sin necesidad en un asunto desagradable, llamado a adquirir enorme difusión.

—Quizá —concedió Ernest—: aunque también es posible que el silencio de quienes la conocían tenga móviles más inconfesables.

El inspector no se molestó en negar la posibilidad. Insistió, no obstante, en que el asunto caía en cualquier caso fuera de su competencia. Se trataba de un crimen vulgar, cuyo esclarecimiento correspondía por entero a la Policía local. Gallico podría pensar lo que quisiera respecto a la inocencia de su amigo y a los móviles de otro hipotético asesino. De todas las maneras, el

F. B. I.,

nada tenía que hacer en el asunto.

—Salvo que a la chica la hubiese matado Kurt Bjorson —repuso, con una leve sonrisa, el agente especial—. O que los dos hayan caído víctimas del mismo asesino.

—¿Por qué mezcla un caso con otro? —Gruñó, irritado, el inspector—. ¿Qué diablos tiene que ver el tipo ese con la muerte de *miss Santzo*?

—Nada en apariencia. A primera vista se trata de dos sucesos distintos, sin la más remota relación entre sí. Nada hay de común entre una chica, a la que mata su presunto amante en un rapto de celos, y un individuo de turbios antecedentes, expulsado del país, donde volvió a entrar clandestinamente, que aparece con una puñalada en la espalda y flotando sobre las aguas del East River. Nadie ha dicho que se conocieran, ni tenemos la menor prueba de que mantuviesen la más mínima amistad.

—¿Entonces...? —inquirió, sorprendido, Merrick, sin saber dónde quería ir a parar su interlocutor.

—Que ayer, al investigar todo lo referente a Bjorson, tratando de averiguar, como me ordenó, cuándo volvió a los Estados Unidos, qué hacía aquí y con quién se relacionaba, supe que, entre los varios nombres utilizados por dicho individuo figuraba el de David Frank. Es un nombre y un apellido corrientes y vulgares. Para mí resultaron suficientes, sin embargo.

—¿Suficientes para qué? —Gruñó Merrick, que cada vez comprendía menos el razonamiento de Gallico.

—Para saber que existía una estrecha relación entre él y Magda Santzo; y que si aclarábamos uno de los crímenes, quedaría resuelto en el acto el enigma planteado por el otro. ¿Me comprende ahora?

El inspector movió la cabeza en gesto negativo, en tanto pensaba con rapidez. Seguía en un mar de confusiones. El caso de Bjorson lo juzgaba interesante y estaba seguro de que su esclarecimiento correspondía por derecho propio a la Policía federal, dado los antecedentes que tenían del individuo. Pero por más vueltas que daba a cuánto sabía acerca de aquel tipo, no descubría que tuviese la más remota relación con el crimen de que había sido víctima una bonita muchacha llamada Magda Santzo.

Kurt Bjorson era un peligroso aventurero de antecedentes nada tranquilizadores. No se había llegado nunca a conocer su nombre verdadero ni su auténtica nacionalidad. Podía ser alemán, polaco, checo, danés o húngaro, que en veces sucesivas afirmó tener tantas y tan diversas nacionalidades. Acusado de actividades subversivas, se le detuvo en 1945 en la cuenca hullera de Pensilvania, expulsándole del país al comprobar que había entrado subrepticamente a través de la frontera canadiense. En 1950 volvió a ser detenido en Santa Fe, tras andar merodeando en torno a las instalaciones atómicas de Los Álamos, si bien no se le pudo probar que hubiera cometido ningún acto de espionaje. Estuvo diez meses detenido y se le volvió a expulsar.

Posteriormente, Kurt tuvo algunos tropiezos con la Policía de Guatemala, la que hubo de pedir antecedentes suyos al

F. B. I.,

por cuanto Bjorson pretendía hacerse pasar por súbdito americano. Al parecer, en aquella época —1951— dirigía una explotación maderera en plena selva, cerca de la línea fronteriza con México, explotación que las autoridades sospechaban que era la tapadera de

un tráfico clandestino a través de la frontera. El informe remitido por la Policía federal no fué nada favorable para el interesado, pero no produjo el menor efecto, porque cuando se recibió Kurt había desaparecido sin dejar rastros.

Desde entonces, y durante cerca de dos años, no se tuvo la menor noticia de Bjorson, hasta que tres días antes apareció flotando en las aguas del East River, en la desembocadura del Newtown Oreek, cerca de los muelles de Brooldyn, el cadáver de un desconocido, al que la Policía federal no tardó mucho en identificar como el famoso aventurero que con tanto desembarazo cruzaba las fronteras americanas.

Al ser hallado su cadáver vestía un traje nuevo, de buen corte; pero en los bolsillos del cual no fué posible encontrar absolutamente nada. Daba la clara impresión de que el asesino o los asesinos —porque la herida que mostraba en la espalda no dejaba lugar a posibles dudas respecto a las causas de su muerte— le habían registrado cuidadosamente antes de arrojarle al agua. Sin embargo, varios agentes del

F. B. I.,

lanzados a la tarea de investigar sus pasos no tardaron en descubrir que había dormido durante varias noches en un hotel de tercera categoría de Brooklyn y que había frecuentado una taberna del Bronx. En uno y otro sitio había dado el nombre de Peter S. Mayer.

—¿Que además ha utilizado el de David Frank? —inquirió el inspector—. Es posible, del mismo modo que ha usado otros veinte distintos. Pero ¿qué relación tiene ese nombre con Magda Santzo y el crimen del que la Policía local acusa, con pruebas sobradas a mi parecer, a su amigo Hugh Wharton?

El agente especial se lo dijo. David Frank era, según Magda, la persona que le aficionó al estudio de la arqueología americana; más aún, quien tuvo la idea de que los pueblos nahuas debieron conocer y utilizar el uranio. Cierto que añadió que David Frank era un caballero de Richmond, algo pariente suyo, fallecido unos meses antes. Pero en esto podía haber mentido, como mintió al presentarse como alumna de la Columbia University.

—O como ha podido mentir Wharton al inventarse toda esa fantástica historia —murmuró, escéptico, Merrick.

Gallico empezaba a creer que Hugh había falseado la verdad

mucho menos de lo que suponía la Policía local, con el teniente Lindbergh a la cabeza. Y no basaba su creencia en simple corazonada ni en apreciaciones subjetivas respecto al carácter del marido de su prima Nelly. Si Bjorson había dado el nombre de Mayer en el hotel de Brooklyn, utilizó el de Frank en una pensión del Bowery, donde estuvo hospedado probablemente al mismo tiempo. Y allí, según el agente especial logró averiguar, recibía bastantes visitas y mayor número de llamadas telefónicas.

—Había una voz femenina que le llamaba un par de veces cada día. Nunca daba su nombre, desde luego; pero no creo equivocarme al suponer que fuese Magda Santzo.

—¿Qué motivos tiene para suponerlo?

Gallico los expuso. La chica, que llamaba invariablemente por la mañana y por la tarde, dejó de hacerlo el día en que fué asesinada Magda. Podía tratarse de una coincidencia, pero convenía tenerla muy en cuenta. Además, uno de los camareros de la pensión recordaba haber visto una noche al supuesto David Frank en compañía de una muchacha bonita; no, recordaba con exactitud sus señas, porque apenas si la vió dos o tres minutos, pero al mostrarle un retrato de *miss* Santzo admitió que pudiera tratarse de la misma.

—Me parece que hay aquí demasiadas coincidencias y casualidades para no tomarnos la molestia de investigar un poco —afirmó, obstinado, Ernest.

Señaló otra, no mencionada hasta entonces. Kurt Bjorson había pasado una temporada en la parte norte de Guatemala. Era una comarca poco explorada, desde luego; pero, probablemente, de un gran interés arqueológico. Así, por lo menos, lo creía Hugh Wharton, quien afirmaba en uno de los folletos publicados por la Archaeology Society que posiblemente los aztecas obtuvieron de aquella región minerales del más alto interés.

—Cuando, hace años, Wharton estuvo en México no sólo pasó una larga temporada en Yucatán, sino que visitó Guatemala. ¿No le parece significativo que a Bjorson se le ocurriese hace dos años ir precisamente al mismo sitio?

—Lo único que a nosotros nos interesa es reconstruir las andanzas de Kurk Bjorson y saber quiénes y por qué le mataron. Lo otro, ni nos concierne ni nos importa.

Entendía que resultaba contraproducente querer mezclar dos

sucesos que nada tenían que ver entre sí. Al hacerlo, aparte de no obtener el menor resultado práctico, heriría la susceptibilidad de la Policía local, tan celosa de sus atribuciones como deseosa de hallar el menor pretexto para acusar al

F. B. I.,

de inmiscuirse en sus actividades.

—Bastantes quebraderos de cabeza tenemos ya, sin buscarnos otros de una manera tonta. Limítese a trabajar en el caso Bjorson, y deje que el teniente Lindbergh se las componga con el de la muchacha. Lamento que ese Wharton sea amigo o medio pariente suyo; pero no hay nada que hacer.

Era una orden concreta y categórica. Con harto dolor de su corazón, Gallico hubo de recibirla y afirmar disciplinadamente que estaba dispuesto a cumplirla. Pero, como se dijo a sí mismo al abandonar el edificio de Centre Street, la orden tenía dos partes: una, que le prohibía investigar en el asesinato de *miss* Santzo; otra, que le obligaba a tratar de aclarar, por todos los medios a su alcance, la muerte de Kurt Bjorson. Ambas partes podían entrar en colisión, entrarían forzosamente si había una relación entre ambos sucesos como empezaba a suponer.

—Y en tal caso, soy yo quien debo decidir lo que he de hacer y el camino que me conviene seguir.

Tras pensarlo un rato encaminó sus pasos al cercana Bewery. Nuevamente se presentó en la pensión donde aquella misma mañana descubrió que se había hospedado Kurt utilizando el nombre de David Frank. Ordenado y meticuloso en su trabajo, unas horas antes creía haber preguntado cuánto había que preguntar. Ahora, sin embargo, pensaba haber olvidado algo que podía tener interés fundamental y se dispuso a subsanar el olvido.

No fué fácil llegar a dónde se proponía. Ni la dueña de la pensión, con la que ya había hablado por la mañana, ni varios de los huéspedes y camareros parecían saber absolutamente nada. Pidió hablar entonces con las mujeres que limpiaban las habitaciones. Interrogó a dos de ellas sin resultado, pero la tercera...

—Sí; tenía en el cajón de la mesilla una figura rara. Lo vi por casualidad porque el cajón estaba entreabierto y me quedé mirándola. Míster Frank, que no se había movido del cuarto, se dió

cuenta y cerró el cajón.

La mujer no sabía qué era aquello ni estaba muy segura respecto a lo que representaba. Le parecía recordar que era una especie de guerrero indio con plumas en la cabeza. Tampoco podía decir con exactitud qué día lo vió. Pudo ser lo mismo el sábado que el lunes.

—¿Y no ha vuelto nadie a ver esa figura?

Parecía que no. Excepción de la mujer de la limpieza, todo el mundo desconocía que míster Frank hubiese tenido nada semejante en su poder. Además, parecía que muchas veces entraba y salía de la pensión llevando consigo un pequeño maletín. La estatuilla nahua —caso de que lo fuera efectivamente— pudo sacarla metida en el maletín.

Era inútil, desde luego, buscarla en el cuarto que había ocupado. Un día, posiblemente el mismo en que fué asesinado, pagó la cuenta diciendo que se marchaba a Filadelfia, y se llevó todo su equipaje, consistente en una maleta, en la que guardaba un par de trajes y alguna ropa interior.

Gallico no quedó descontento, ni mucho menos, del resultado de su investigación. Había, cuando menos, ciertos indicios de que la estatuilla desaparecida de casa de Wharton fué a parar a manos de Bjorson. ¿Entregada por quién? Probablemente, por la misma Magda Santzo. Valía la pena tratar de confirmar este extremo, caso de que existiera alguna posibilidad de hacerlo. El agente especial tomó un taxi y se dirigió a West 29th Street.

Matthew Loftwafe, el portero del edificio donde se desarrolló la tragedia que ponía en grave peligro la vida de Hugh, era un hombre de cincuenta años, delgado, de pequeña estatura, calvo, de nariz ganchuda y gesto receloso y solapado. Ernest le conocía por, haberle oído deponer como testigo ante el «coroner» en la vistilla preliminar por la muerte de la muchacha. Su declaración resultó claramente acusatoria contra Wharton; pero dejó traslucir algo que ahora revestía un considerable interés para el agente especial: que Loftwafe, no sólo por estricto cumplimiento del deber, sino por morbosa curiosidad, se dedicaba a espiar la vida y milagros de los vecinos y de sus visitantes, especialmente cuando los visitantes eran muchachas jóvenes y podía presumir la existencia de relaciones más o menos íntimas.

Sabía Gallico cómo tratar a tipos de esta índole, y lo hizo con

tacto y habilidad al enfrentarse con el portero. Luego de darse a conocer como agente especial del

F. B. I.,

solicitó de Loftwafe que le prestase una ayuda «tan inteligente y valiosa» como la que había aportado a la Policía local, lo cual bastó para que su interlocutor se esponjase, considerándose poco menos que un gran personaje.

—Dijo usted que *miss* Santzo se quedó algunas noches en el piso de Wharton. Eso demuestra el celo que pone en el cumplimiento de su misión, vigilando con cuidado quién entra y sale en la casa, por lo que merece las más cálidas felicitaciones. Ahora, yo quisiera preguntarle algo que tengo la plena seguridad de que, gracias a su espíritu observador, no le pasaría inadvertido. ¿Recuerda usted si *miss* Santzo, al abandonar, alguna de las tardes, el edificio, llevaba un paquetito en la mano?

Loftwafe pareció abismarse en profundas reflexiones. Se acarició, pensativo, la barbilla, y con los ojos entornados, hizo un esfuerzo de memoria. Al final dió la respuesta apetecida:

—¡Apueste que sí, amigo! Un anochecer vi que se llevaba algo bien envuelto en las manos. No abultaba mucho, pero debía pesar bastante. Yo me dije entonces: «¡Vaya con la palomita! Empieza a cobrar sus favores, llevándose lo que puede en el pico».

—¿Y no se lo comunicó a Wharton?

—No me atreví. Míster Wharton no me tenía la menor simpatía. Temí que me dijese alguna impertinencia por meterme en lo que no me importaba.

Además, ya sabe usted lo que había entre la chica y él... Y cuando la daba la llave, sería porque le merecía toda la confianza.

La respuesta tenía cierta lógica, dada la mentalidad de Loftwafe. Ernest lo comprendió así y elogió su rectitud, halagando la vanidad del portero. Dirigió entonces las preguntas en otra dirección. ¿Salía siempre *miss* Santzo acompañada por Wharton? ¿O, por el contrario, la esperaba algún otro caballero al llegar a la calle?

—Ya sé dónde quiere ir a parar —repaso Loftwafe, con un brillo malicioso en las mortecinas pupilas—. Quiere saber si, aparte de mister Wharton, se entendía con algún otro, ¿eh?

—Exactamente, amigo mío. Eso es precisamente lo que desearía saber.

—Pues yo creo que sí. Y hasta pienso que ésa fué la causa de lo que luego pasó. Mister Wharton debió sospechar algo, pediría explicaciones, reñirían y...

—¿Por qué supone que había otro? —le interrumpió Ernest—. ¿Llegó a verle alguna vez?

—Verle como ahora le veo a usted, no; pero de lejos, vaya si le vi. Creo que fué la tarde misma que llevaba el paquetito. Ya le he dicho que me dió que pensar ver que sacaba algo del piso. Pues fui tras ella hasta la puerta y la seguí con la mirada. En la esquina había un coche parado, esperándola sin duda, porque la chica fué directa hacia él.

—¿Y montó en el auto?

—Seguro. Se apeó un tipo bien portado a abrirle la portezuela, y la chica se metió dentro. Al hacerlo, dijo algo al que la esperaba y pude verle cómo sonreía, satisfecho.

¿Se trataría de Kurk Bjorson? Preguntó con interés las señas del individuo que esperaba a Magda, pero el portero las había olvidado o no se fijó demasiado. Tan sólo creía recordar que era un hombre alto, bien vestido y de mediana edad.

—¿No sería éste por casualidad? —insistió Gallico, mostrándole un retrato del pretendido David Frank.

El portero contempló con atención la fotografía y luego se encogió de hombros. No negaba que fuera el mismo, pero tampoco podía afirmarlo. Le vió sólo un momento, ya anochecido y de lejos.

—¿Comentó con alguien que a *miss* Santzo la esperase un caballero a la salida?

Loftwafe asintió con prontitud. A la mañana siguiente, horas antes de descubrirse el crimen, lo estuvo comentando con *mistress* Compton, la asistente que limpiaba el apartamento de Hugh, y otros varios de la casa.

—La buena mujer estaba escandalizada por la frescura de míster Wharton, metiendo una chica en su propia casa.

Bien. Aquello era perfectamente lógico, dada la mentalidad del portero y de la asistente. Había, sin embargo, algo sorprendente: ¿por qué no dijeron una sola palabra de aquel otro individuo en la vistilla ante el «coroner»?

—Porque no hacía falta. El teniente nos dijo que no lo hiciéramos. Sólo serviría para hacer trabajar a la Policía sin

necesidad y meter en el lío a quien nada tenía que ver en el crimen.

—¿Cómo estaba tan seguro? —preguntó, extrañado, Gallico.

Loftwafe le miró con cierto aire despectivo; en tono de superioridad, repuso:

—¡Por qué había de estarlo! Por lo mismo que lo estamos todos. ¿O cree que nadie tiene la menor duda de que fue míster Wharton quien la liquidó?

Gallico no se molestó en responder a la pregunta ni, menos aún, perdió el tiempo exponiendo los motivos que le llevaban a sospechar que el criminal pudo ser otra persona distinta. Siguió charlando con el portero, mezclando los elogios a su inteligencia, con una serie de hábiles preguntas. Loftwafe aseguraba muy serio que ni un solo segundo se movía de su puesto y que no era posible que entrara ni saliese nadie en la casa sin que lo viese. Pero luego no tuvo inconveniente en aceptar una invitación de Gallico para tomar unas cervezas en un bar cercano, e incluso reconoció, olvidando lo que antes afirmaba, que todas las tardes y algunas mañanas solía hacer rápidas escapadas para visitar el mostrador del bar.

—Está a dos pasos y nadie, ni siquiera mi mujer, se da cuenta de que falto.

El agente especial tuvo la clara impresión de que Loftwafe iba por el bar con mayor frecuencia y durante ratos más largos de los que voluntariamente admitía. Esto echaba por tierra alguna de sus acusaciones con respecto a Hugh: la de que *miss* Santzo se había quedado a dormir más de una noche en su piso. Y explicaba algo de mayor importancia: que no hubiese visto entrar ni salir al asesino —fuese Wharton u otro— la tarde del crimen.

La entrevista con el portero dió bastante que pensar a Gallico. Había confirmado sus sospechas y aclarado un par de puntos oscuros. Ya no le podían caber dudas respecto a la estatuilla nahua, que evidentemente fué cogida por Magda para entregársela a su amigo Bjorson. Ignoraba la importancia y valor que pudiera tener; pero indudablemente los tenía, porque no era de suponer que fuese un simple afán de coleccionista lo que impulsase a Kurt a apoderarse de ella.

Sin embargo, aparte de aclarar determinados extremos, las palabras de Loftwafe planteaban un nuevo y más intrigante enigma:

¿por qué tuvo el teniente Lindbergh un marcado interés en que, tanto el portero como la asistenta no dijeran una sola palabra acerca del amigo de *miss* Santzo? Podían ser, sencillamente, deseos de no complicar un caso que ya creía tener resuelto, ahorrándose trabajos e investigaciones. Como muchas otras personas, el teniente podía ser un poco vago. De cualquier forma, merecía la pena hablar con él y pedirle unas explicaciones.

Preguntó por teléfono a Centre Street, por si se encontraba en la Brigada de Homicidios, de la que formaba parte. Le respondieron que seguramente estaría en su casa en aquel momento. Obtuvo sus señas con sólo darse a conocer: 319, Riverside Drive.

Dió un silbido de asombro al escuchar la dirección. Riverside Drive en una espléndida avenida, bordeando el Hudson; un barrio poblado por millonarios y gentes adineradas. Un piso, un sencillo apartamento allí, debía estar muy por encima de las posibilidades económicas de un simple teniente de la Policía local.

Aumentó su asombro cuando un taxi le dejó en la entrada del 319. Era un soberbio edificio de siete plantas, de moderna construcción, con todos los adelantos y comodidades imaginables. Mister Lindbergh ocupaba un amplio apartamento en el quinto piso. Al llamar, le abrió una criada, y le permitió pasar al vestíbulo. Ernest miró, sorprendido, en torno suyo: la alfombra, las cortinas, la lámpara misma, valían un dineral.

—No; el señor no cena en casa. No suele cenar aquí nunca.

¿Dónde podría encontrarle? La muchacha vaciló en responder a la pregunta. Gallico necesitó darse a conocer para saber lo que le interesaba. Al final, la muchacha indicó que posiblemente estaría en el restaurante del, Manhattan Club.

—¿Está segura? —Hubo de exclamar, sorprendido, Ernest.

—Completamente. Va por allí casi todas las noches.

La extrañeza del agente especial estaba sobradamente justificada. Situado en el punto más elegante de la Quinta Avenida, el Manhattan Club era uno de los centros más lujosos y caros de toda Nueva York. Una simple cena costaría el sueldo de un mes de un teniente de la Policía local. ¿Cómo podría hacer frente a tales dispendios Rufus Lindbergh? ¿Tendría una gran fortuna personal, o sería uno más entre los muchos que transformaban su cargo en ganzúa para enriquecerse con rapidez y facilidad?

De mala gana y no sin precisar que le remitiera por uno de los camareros tres recados urgentes, accedió el teniente Lindbergh a abandonar la mesa donde cenaba, en la grata compañía de unos buenos amigos, para pasar al saloncito donde le esperaba el agente federal, que había tenido la mala ocurrencia de venir a molestarle en tales momentos.

—Diga pronto qué se le ofrece. Estoy con unos amigos y no me gusta perder inútilmente el tiempo.

Hablaba en tono agrio, con un claro acento despectivo. Gallico estuvo a punto de responder en forma adecuada. Lindbergh, al que conocía de vista por haber presenciado su declaración en la vistilla preliminar del caso Santzo, no le había resultado muy simpático entonces; ahora, al verle de cerca, al hablar con él, sintió acentuarse la antipatía que le inspiraba. Se dominó con un ligero esfuerzo. No había ido a chocar con el teniente de la Policía local, sino a solicitar, en cierto modo, su ayuda y cooperación.

—Estoy investigando —repuso, con calma— el asesinato de Kurt Bjorson, y hay algunos aspectos que deseaba consultar con usted.

—¡Magnífico! —exclamó Lindbergh, acentuando su tono despectivo y burlón—. ¡El genial e insuperable

F. B. I.,

tiene que recurrir a los servicios de un humilde teniente de la despreciada Policía local!

Ernest se mordió los labios para no decir lo que tenía en la punta de la lengua. Interpretando su silencio como una tácita confesión de impotencia.

Lindbergh siguió hablando, ahora con aire magnánimo de protección paternal:

—Dígame qué le ocurre, amigo. Supongo que, como de costumbre, estarán a oscuras; no sabrán por dónde andan y querrán que nosotros les saquemos las castañas del fuego, aunque luego se atribuyan toda la gloria del éxito. ¿Qué quiere que averigüe respecto a Kurt Bjorson?

—Absolutamente nada —repuso, en tono helado, Gallico—. Lo que haya que aclarar acerca de ese crimen, lo averiguaré yo, sin necesidad de su ayuda.

—Entonces, ¿qué quiere de mí? —preguntó Lindbergh, arrugando el ceño.

—Que nos pongamos de acuerdo en la investigación de otro caso estrechamente relacionado con el de Bjorson: el asesinato de Magda Santzo.

El teniente contempló con gesto de asombro al agente especial. Luego, con una sonrisa desdeñosa, comentó:

—¿Usted delira, amiguito! ¿O pretende convencerme de que también a Bjorson le mató Hugh Wharton?

—No lo pretendo, por la clara y sencilla razón de que sospecho que Wharton no ha matado a nadie; ni siquiera a Magda Santzo.

—¿Supone, acaso, que sabe más que yo del asunto? —inquirió, agresivo, Lindbergh.

—No supongo nada; sólo quiero que, a ser posible, trabajemos de acuerdo, evitando la condena de un inocente, mientras el culpable o los culpables gozan de absoluta libertad.

—¿Y querría decirme en qué basa su absurda creencia de que Hugh Wharton pueda ser inocente?

Aunque la actitud del teniente no tenía nada de amistosa ni cordial, Gallico respondió en tono mesurado y correcto, exponiendo con claridad las investigaciones realizadas hasta aquel instante y las conclusiones a que había llegado. Habló del individuo que se hacía llamar David Frank, de sus relaciones con Magda, de la estatuilla desaparecida y del interés que algunos mostraban por el descubrimiento de posibles yacimientos de uranio conocidos o explotados por los antiguos pueblos nahuas.

Lindbergh le escuchó dando muestras de impaciencia, con un gesto de contrariedad en el semblante. Al cabo, sin dejarle terminar, le interrumpió, irritado:

—¿Y sólo para eso ha venido a molestarme?

—¿Le parece poco demostrar que el asesino de *miss* Santzo no es el que suponía y cuáles pudieron ser los móviles del crimen? —replicó Ernest, que empezaba a perder la paciencia.

—¿Demostrar? —chilló, irritado, el teniente—. ¡Usted no ha demostrado nada! Todo eso son fantasías y estupideces. Si no es algo cien veces peor.

—¿Qué pretende insinuar? —inquirió Gallico, crispando los puños, con ansias locas de lanzarse sobre su interlocutor.

—Que ahora recuerdo que la mujer de Wharton está en su casa. Es pariente suya, ¿no? ¡Bien, muy bien! ¡Lo que me faltaba por ver!

¡Un agente del
F. B. I.,
protegiendo a un asesino!

Acaso no tuvo Ernest Gallico que realizar mayor esfuerzo en todos los días de su vida, que el hecho entonces para sujetar sus nervios y no empezar a puñetazos y puntapiés con Lindbergh. Pero la violencia en aquel instante no podía conducir a ningún resultado satisfactorio. Optó por responder en un tono semejante al empleado por el teniente:

—¿No será usted quien protege a un asesino, ocultando hechos valiosos al conocimiento de la Justicia?

Violento, alterado, descompuesto, Lindbergh exigió a gritos que dijese cuáles eran aquellos hechos. Ernest se lo dijo: el teniente había impedido que el portero y la asistenta hablasen del individuo que esperaba a Magda la víspera del crimen, cuando la muchacha salió del piso, de Wharton llevando consigo la estatuilla.

—¿Y eso es todo? —preguntó, despectivo, serenado de pronto, Lindbergh—. ¡Eso no tiene la menor importancia!

—Pues yo creo...

—Lo que crea me tiene sin cuidado. Soy yo, y no usted, quien dirige la investigación en este caso, y sé perfectamente a qué atenerme. He cogido al culpable, está demostrada su participación en el crimen, y espero que pronto reciba su merecido.

Gallico protestó, irritado. Entendía que la posible relación de Bjorson con Magda tenía un interés fundamental. Una investigación cuidadosa y a fondo permitiría comprobar la inocencia de Wharton. Hiriente, desdeñoso, el teniente replicó:

—Tengo cincuenta años y no necesito lecciones. Tampoco tolero que nadie me pise el terreno. ¿Entendido? Pues métase en lo que le importa y procure tener en el caso de Bjorson un éxito semejante al mío. Lo contrario podría tener consecuencias desagradables para usted.

—«Okay», Lindbergh —contestó Ernest, dando por terminada la entrevista—. Buscaré por mi lado. Y acaso el éxito que dice desearme tenga para usted, o para cualquiera de sus amigos, efectos demoledores.

Cuando salió del Manhattan Club iba del peor humor imaginable. Pensaba muchas cosas de Rufus Lindbergh, y ninguna

agradable. En el mejor de los casos, su actitud reflejaba una obstinación lindante con la estupidez. En el peor...

«Me parece que voy a tener que añadir su nombre a la lista de sospechosos».

No quiso proceder de ligero. Antes de aventurar ningún juicio respecto al teniente, necesitaba conocer algo de su vida y antecedentes. ¿Quién podría dárselos? No había duda posible: nadie mejor que McNeil. Anthony McNeil, redactor de sucesos del «American Tribune», llevaba treinta años en contacto diario con la Policía y conocía a todo el mundo. Daba la casualidad, además, de que era amigo suyo desde los tiempos en que actuó como corresponsal de guerra en el Pacífico durante la segunda contienda mundial. Le telefoneó al periódico:

—A tu disposición, Ernest. Te espero en el bar de abajo.

Quince minutos después, Gallico estaba sentado frente a su amigo, ante dos vasos de «whisky», en uno de los muchos bares de Park Row, el centro periodístico neoyorquino. McNeil escuchó con atención las preguntas del agente especial y respondió con absoluta convicción:

—Lindbergh es un tipo habilidoso y listo, escurridizo como una anguila y con más conchas que un galápago. Entró en la Policía por la puerta falsa, protegido por los caciques de Tammamy Hall, en la época de O'Dwyer.

Cuando la investigación del senador Kefauver, estuvo en peligro; pero consiguió salvarse de la quema.

No tenía demasiados escrúpulos, hacía toda clase de negocios y había acumulado una verdadera fortuna en poco tiempo. Como contrapartida, era un buen policía, que contaba con no pocos éxitos en su hoja de servicios.

—Claro está que triunfa cuando no hay por medio determinados intereses. Si en un asunto está comprometido alguno de los «big-shots» —porque sigue habiendo «big-shots», aunque no manejen ya la pistola con el descaro y la impunidad de los tiempos de Al Capone—, no se aclara nada. Y no temas que nadie se meta con Lindbergh; tiene buenas agarraderas y le amparan los éxitos conseguidos en casos menos importantes.

Citó los nombres de algunos políticos influyentes en la

municipalidad neoyorquina que se contaban entre sus mejores amigos; también los de varios notorios delincuentes, a quienes protegía y amparaba el teniente.

—Dice que los utiliza como confidentes; pero es posible que le sirvan para algo más. De cualquier forma, ten una cosa presente: Lindbergh es mal enemigo. Tropezar con él es peor que chocar con un tigre en medio de la selva.

Gallico tomó buena nota de los nombres citados por McNeil, convencido de que, tarde o temprano, tendría que vérselas con algunos de ellos. Al despedirse del periodista eran las doce de la noche, y decidió irse a dormir. Camino de su casa fué pensando en que la actitud de Lindbergh resultaba más que sospechosa; pero no prestó demasiada atención a la última advertencia de su amigo, y no prestársela, estuvo a punto de costarle la vida.



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. I.

IV

UN PASEO DRAMÁTICO



ARK Row está a corta distancia de Canal Street. Cruzando Chatam Square y subiendo por Elizabeth Street, podía estar en su domicilio en menos de veinte minutos. Desdeñó tomar un taxi, porque el aire fresco de la noche aclararía sus ideas, y el paseo le ayudaría a pensar. Pensó mucho, desde luego; pero tanto se abismó en sus pensamientos, que no advirtió nada sospechoso hasta que fué demasiado tarde.

Al desembocar en Canal Street había dirigido una mirada

distraída a la calle. Aunque suele ser una de las más concurridas de la Downtown —que no en balde corre de Este a Oeste, atravesando casi la parte baja de la ciudad, desde los muelles del Hudson hasta el arranque del puente de Manhattan— aparecía casi desierta en aquel instante. Era lógico, porque estaría al dar la una y porque la noche —con una lluvia fría y persistente y un vientecillo helado, que hacía desagradable la permanencia a la intemperie— parecía la más adecuada para meterse en la cama a una hora prudencial. Tan sólo vió un coche con las luces apagadas, y vacío en apariencia, detenido junto a la acera opuesta, y un par de inviduos —que posiblemente habían ingerido una respetable cantidad de alcohol, juzgando por lo inseguro de su paso— que avanzaban en dirección opuesta a la suya.

No se molestó en mirarlos siquiera cuando se cruzaron con él. Pero le bastó ver las eses que unas yardas antes había hecho uno de los dos para ratificarse en su opinión de que ninguno de ellos conservaba muy firme la cabeza sobre los hombros. A los diez segundos, una realidad, tan brusca como amenazadora, le obligó a cambiar por completo de parecer. Entonces, por desgracia, ya no estaba en sus manos controlar o dirigir la situación. Con movimiento rápido, los pretendidos beodos habían caído sobre él, colocándose a ambos lados; dos objetos metálicos se apoyaban contra sus costados, y una voz, fría y dura, advertía:

—¡Quieto! Un movimiento, un solo grito, y le doy gusto al dedo...

Gallico no intentó nada, convencido de la inutilidad de cualquier resistencia. Cogido por sorpresa, con las manos en los bolsillos, con dos pistolas apoyadas contra su cuerpo, intentar sacar el arma que llevaba en la sobaquera, equivalía a un suicidio. Gritar, tampoco le serviría de mucho. El guardia de servicio más próximo estaría cinco manzanas más allá, en la esquina de Broadway. No le oiría, por mucho que vocease; y aunque le oyera, cuando quisiera llegar, ya tendría en el cuerpo una buena ración de plomo, y sus agresores se habrían esfumado sin dejar rastros.

—¿Quiénes sois y qué pretendéis? —preguntó, con un dominio absoluto de sus nervios.

—Quiénes seamos, te tiene sin cuidado —repuso, con brusquedad, uno de sus adversarios—; lo que pretendemos no

tardarás en verlo... ¡En sentirlo, mejor!

Mientras el que había hablado se colocaba a su espalda, apoyándole en la nuca el cañón de la pistola, su compañero, sin dejar de clavarle el extremo de la suya en el costado, le cacheaba con rapidez y habilidad. En dos segundos le había despojado del revólver que llevaba en la sobaquera. Al hacerlo gruñó, satisfecho:

—Ahora estaremos todos más tranquilos.

El coche parado junto a la acera opuesta se había puesto en marcha y se aproximaba. Un instante después se detenía cerca del lugar en que se hallaba el grupo. Uno de los forajidos ordenó, irónico:

—Entra, amiguito. Tenemos que dar un paseo, y te cansarás menos que si fueras andando.

No le quedó más remedio que obedecer. Sabía que al final del paseo podía aguardarle la muerte; pero siempre tardarían un cuarto de hora, como mínimo, en disparar contra él. En quince minutos había tiempo para que ocurriesen muchas cosas, mientras que si se hacía matar en aquel mismo instante...

—«Okay», muchachos. Creo que cometéis una grave equivocación.

—Me parece, Gallico, que quién se equivocó, de una vez para siempre, fuiste tú.

¡Le conocían! Por tanto, no se trataba de un error, sino de un golpe planeado perfectamente. Estaban esperándole en las cercanías de su domicilio. ¿Por qué y para qué? Acerca de sus propósitos no cabía hacerse demasiadas ilusiones. Apenas penetró en el coche, los dos que le habían sorprendido tomaron asiento, uno a cada lado, sin soltar las pistolas ni perder de vista el menor de sus movimientos, y uno de ellos ordenó al chofer:

—Tira hacia Long Island. Cuanto más desierto esté el sitio, trabajaremos con mayor desembarazo.

El chofer no se molestó siquiera en volver la cabeza para mirar al prisionero. Con absoluta indiferencia, preguntó:

—¿Donde la otra vez, Mike?

—No está mal, Larry; pero date prisita. Quiero liquidar pronto el asunto.

El chofer encendió un cigarrillo; Ernest advirtió que no temblaba la llamita del encendedor. Pisó a renglón seguido el acelerador. El

coche salió lanzado por Canal Street, con rumbo al arranque del Manhattan Bridge.

—¿Qué os proponéis? —inquirió Gallico, con voz serena—. ¿«Picarme»?

—Algo por el estilo —replicó, en tono indiferente, el llamado Mike.

—¿Os dais cuenta de lo que vais a hacer? ¿No comprendes que esto te costará tostarte en la «silla»? ¿O sabes del asesinato de algún agente del

F. B. I.,

que haya quedado impune?

—Sé que si te dejásemos libre, no viviríamos mucho. Lo ha dicho el «boss», y el «boss» no se engaña. Sabes más de la cuenta.

Cruzaban el Manhattan Bridge. Abajo pudo ver Ernest las luces de algunas barcas que se deslizaban sobre las aguas sucias del East River; a la espalda quedaba la masa oscura de los rascacielos; enfrente, la aglomeración urbana de Brooklyn.

—Yo no sé nada de nada —mintió el agente—. Ni siquiera quiénes sois vosotros.

—No pierdas el tiempo, muchacho —le aconsejó, despectivo, el acompañante de Mike—. En vez de hacerte el «longui», reza lo que sepas y eso llevarás adelantado.

—¿También te mandó el «boss» que me dieras buenos consejos? —preguntó, irónico, Gallico.

—El «boss» dijo que no nos fiáramos de ti —repuso, con marcada irritación, Mike—. Aunque pareces tonto, no lo eres. Has averiguado más de lo que nos conviene respecto a Bjorson.

—Al que liquidasteis vosotros en esta misma forma, ¿no?

—¡Qué importa ahora! Aunque te dijese que sí, no podrías repetírselo a nadie.

—Pero, por si acaso, el «boss» os mandó frenar la lengua, ¿eh? Se ve que el teniente Lindbergh no las tiene todas consigo...

—¿El teniente Lindbergh? —exclamó, sorprendido, Mike—. Y ¿qué tiene que ver la «bofia» con todo esto?

—No disimules, Mike. Tú mismo has dicho que no podré contar a nadie lo que sepa. ¿Por qué, entonces, empeñarte en negar que Rufus Lindbergh es el «boss»?

—¡Deliras, amiguito! ¿De dónde sacas que tengamos nada con la

«bofia»? ¿O acaso nos tomas por «stools-pidgeons» [1] ?

—No deliro —insistió Ernest, dispuesto a sacar de mentira verdad—. Sé perfectamente que el teniente Lindbergh...

—¡Deja al teniente en paz! ¿Me creerás si te digo que daría un montón de «pavos» porque nos acompañase en este paseo? ¡Todo se andará! Un día u otro le atraparemos también, y entonces...

Corrían ahora atravesando las calles de Brooklyn, casi desiertas a aquellas horas, y bajo la lluvia, que se intensificaba por minutos. Bordeando el Navy Yard, marchaban hacia el Norte; pronto franquearon el Newtown Creek, adentrándose en lo que en tiempos fuese municipalidad independiente con el nombre de Long Island City.

—¿Y de qué me supone el «boss» enterado para desear mi muerte? —volvió a preguntar el agente especial, tras unos minutos de silencio, durante los cuales su cerebro trabajó intensamente sin encontrar una posibilidad de escapar a la difícil situación en que se encontraba—. ¿De que Bjorson utilizaba el nombre de David Frank? ¿De que le matasteis para quitarle la famosa estatuilla?

—¿Te parece poco, muchacho? —repuso, en tono burlón, Mike—. Por menos de eso han muerto muchos.

—¿Tanto vale la estatuilla? Si fuese de oro, lo comprendería, pero siendo de plomo...

—De plomo, ¿eh? —se rió Mike—. De sobra sabes que no es plomo precisamente, y que, siendo de oro, no valdría ni una centésima parte de lo que vale.

Iba a decir algo Ernest, cuando le interrumpió el chofer. Con aire de absoluta indiferencia, preguntó:

—¿Te parece bien por aquí, Mike?

Atravesaban un paraje deshabitado. A uno y otro lado de la carretera se extendían campos baldíos, llenos de matorrales y hierbajos. Los edificios más cercanos quedaban a seiscientas yardas de distancia.

—¡Espléndido, Larry! Para donde quieras.

El coche fué a detenerse a un lado de la carretera. Mike abrió la portezuela de su lado y, clavando el cañón de la pistola en el costado del agente especial, indicó:

—Hemos llegado, amiguito. Tu compañía nos resulta muy grata, pero tenemos que despedirnos.

—¿Qué quieres decir? —repuso Ernest, tratando de ganar tiempo, buscando a la desesperada una posibilidad de salvación.

—¡Que saltes del coche! —chilló, irritado, el otro forajido—. No vamos a perder aquí toda la noche.

—Pero ¿es que vais a matarme? —Tornó a preguntar Gallico, con aire aterrado, simulando un temblor convulsivo.

—No tiembles, muchacho —murmuró, entre burlón y despectivo, Mike—. Sólo queremos ver cómo andas. Total, tres o cuatro pasos. ¡Seguro que no llegas a cansarte!

—¿Te echo una mano, Mike? —preguntó el chofer, que seguía fumando, apoyado en el volante.

—No hace falta, Larry. Me basto yo solo. ¡Salta de una vez Gallico!

—Pero es que...

—¡Obedece o te vuelo la sesera! —chilló, impaciente, el tercer forajido, apoyándole en la nuca el cañón de la pistola.

No había más remedio que salir; pero al salir, debía jugarse el todo por el todo. Tenía una probabilidad contra cien, pero había que aferrarse a ella con todas las fuerzas de la desesperación. Alejarse tres pasos del coche significaba recibir una serie de balazos por la espalda.

Mike retiró un poco las piernas para permitirle pasar, pero sin dejar de apuntarle un solo segundo. En sus labios había una mueca despectiva, viendo que Ernest se incorporaba tembloroso, con gesto de absoluto vencimiento y una expresión de terror en el semblante.

Se transfiguró en una décima de segundo, apenas puso los pies en el suelo. Dió media vuelta, con celeridad vertiginosa, y sus manos se cerraron como argollas de hierro en torno a la muñeca derecha de Mike. Mike era un tipo alto, grande, gordo, con cerca de noventa kilos de peso; Gallico le arrancó de su asiento, le sacó del coche y le hizo rodar por el suelo en su compañía. Mike le cayó encima. ¡Mejor! El cuerpo de su enemigo, al que hizo perder la pistola en la caída, le protegía contra los disparos del otro forajido y del chofer.

Todo sucedió entonces con rapidez cinematográfica, en menos tiempo del necesario para contarlos. Los dos hombres dieron vueltas en el suelo, revolcándose en el barro; cogido por sorpresa, Mike llevaba las de perder. Rodando, se alejaron un par de metros del

coche. De pronto, Ernest asió la pistola de su contrincante y apartó a éste de un rodillazo. Mike se incorporó, gritando a sus compañeros:

—¡Matadle de una vez! ¡Duro con él, idiotas!

Los dos facinerosos no necesitaban de los gritos de Mike. El chofer había tirado el cigarrillo y trataba de sacar un arma; el otro forajido tiraba ya desde el interior del coche. Por fortuna, sus disparos, hechos con demasiada precipitación y nerviosismo, erraron el blanco, yendo a clavarse en el suelo, a unos centímetros del cuerpo del agente especial.

Sin perder tiempo en incorporarse, Ernest empezó a tirar a su vez. Era un tirador de primera; lo había sido antes de ingresar en Quántico, y allí perfeccionó aún más su puntería. Sus balazos tuvieron una terrible eficacia. La primera víctima fué Mike: alcanzado en mitad de la espalda, cayó, quejándose lastimeramente al borde mismo del coche.

Su amigo y compañero no tardó en seguirle. Trató de salir del automóvil sin dejar de hacer fuego. De pronto, sintió que la cabeza le estallaba; en su frente apareció una mancha sanguinolenta y rodó, golpeándose con el estribo, sin tiempo siquiera para lanzar un solo grito.

Quedaba el chofer, pero fué por poco tiempo. Larry disparaba a través de la ventanilla. El agente especial tuvo mejor puntería. Un balazo entró por la sien derecha del forajido; quedó muerto sobre el volante, sosteniendo entre sus dedos agarrotados el arma que empuñaba.

Ernest se puso en pie, sin soltar la pistola, mirando receloso a sus enemigos caídos. Estaba pálido, desencajado, sudoroso por la emoción y el esfuerzo de los minutos precedentes. Acababa de pasar el trance más amargo de su vida; aún no acertaba a explicarse cómo pudo escapar a la muerte.

—¡Agua..., por favor! ¡Un poco de agua!...

Era la voz de Mike. Lentamente, Ernest se acercó a mirarle. El balazo de la espalda, le había salido por el pecho; probablemente tenía atravesados los pulmones. Seguramente no teñía salvación posible. ¿No sería un acto de caridad aliviar sus sufrimientos? Rechazó la idea. Aunque aquel tipo fuera un asesino sin entrañas, pese a que estuvo a punto de matarle a sangre fría, tenía que hacer

lo posible por curarle.

—¡Agua!... ¡Agua!...

Se moría, indudablemente; por mucha prisa que se diera, habría fallecido antes de que pudiese llevarle a la clínica más cercana. ¿Por qué no tratar de averiguar algo, de hacerle decir la verdad en sus últimos minutos de vida?

—Sí, Mike. Te daré agua. Más aún: voy a llevarte a un médico para que te cure. Sólo necesito que me digas una cosa: ¿por qué queríais matarme?

Trabajosamente, con muestras de una debilidad creciente, el herido articuló unas palabras:

—Sabías demasiado. El «boss» dijo... que había que liquidarte porque...

—¿Quién es el «boss»? —insistió Gallico—. ¿El teniente Lindbergh?

Tuvo que repetir tres veces la pregunta; arrodillándose en el suelo, levantó un poco la cabeza de Mike. Con los ojos medio vidriados por la muerte próxima, el forajido se quejaba, entre estertores:

—¡Agua!... ¡Me muero!...

—¿Es el «boss» el teniente de la Policía local Ruíus Lindbergh? —inquirió, una vez más, apremiante, el agente especial.

Con un esfuerzo angustioso, el moribundo replicó:

—No... La «bofia» nada tiene que ver... con nosotros. El «boss» se llama..., se llama...

Movió los labios convulsivamente; debió dar el nombre, pero Ernest no llegó a percibirlo. Se agachó más, hasta casi rozar con su oreja derecha los labios del forajido. Tornó a preguntar:

—¿Cómo se llama, Mike? ¡Dímelo de una vez!... No obtuvo respuesta. Sintió que el cuerpo del moribundo se estremecía en unas violentas convulsiones; luego quedó rígido, con la cabeza doblada sobre el pecho, escapándose por la comisura de los labios un doble hilillo de sangre. ¡Estaba muerto!

¿Qué cabía hacer ahora? ¿Coger el coche, meter dentro a los muertos y llevarlos a la estación de Policía más próxima? No; mejor sería dejar allí los cadáveres y el automóvil, telefonar a Centre Street, llamar al inspector Merrick a su casa y contarle en pocas palabras lo sucedido.

Fue lo que hizo. A un millar de yardas de distancia, a la salida misma de Lond Island City, había visto abierta una estación de gasolina. En menos de diez minutos se presentó allí. El encargado del surtidor lanzó un grito al verle y penetró a todo correr en el interior de las oficinas, saliendo a los pocos segundos, acompañado de otros dos individuos, y los tres empuñando sendas barras de hierro.

—¡Largo de aquí! Si creyó que iba a asustarnos, equivocó el viaje...

Ernest sonrió, comprensivo. Su aspecto no debía tener nada de tranquilizador. Iba despeinado, con la trinchera en jirones sucia de barro y manchada de sangre; en la cara, los puños de Mike le habían dejado huellas claramente visibles, y todavía no había soltado la pistola que puso fin a la vida de los tres forajidos.

—¡Descuiden, amigos! No soy lo que se figuran... ni lo que parezco.

Tiró la pistola al suelo y sacó del bolsillo el carnet. Cambió en el acto el gesto de sus interlocutores, que le dieron toda clase de facilidades. Gallico habló por teléfono con el inspector de guardia en Centre Street, dándole cuenta de lo sucedido. Luego hizo lo mismo con Merrick, añadiendo:

—Ahora tendrá que convencerse que tenía razón en cuanto le dije respecto a la muerte de Magda Santzo.

—Allá lo veremos —replicó, escéptico, el inspector—. Por lo que me ha dicho, no creo que esos tipos tuvieran nada que ver con *miss* Santzo, aunque sí mucho con nuestro antiguo conocido Kurt Bjorson.

En el rato que pasó en la gasolinera esperando la llegada de los coches policíacos, Gallico se dejó caer en un banco y se entregó a sus meditaciones. Pasaba revista a cuánto había dicho Mike y sus compañeros. Aunque habían sido poco explícitos, tanto sus palabras como su intento de asesinato demostraban que había alguien a quien molestaban sus investigaciones en torno al asesinato de Bjorson. «Sabes demasiado», había dicho en dos o tres ocasiones uno de los forajidos. Lo que significaba, lisa y llanamente, que, en opinión del ignorado «boss» había orientado sus pesquisas en tal forma, que no tardaría en dar con los culpables.

Resultaba muy halagüeño llegar a tan agradable conclusión,

sobre todo cuando se hallaba bastante despistado. Podía suponer — aunque sin una base muy sólida en que apoyar la sospecha— que Bjorson y Magda trabajaban de acuerdo; más aún, que la estatuilla desaparecida fuese la clave de ambos crímenes. Pero ¿quién y por qué mató? ¿Dónde estaba ahora la estatuilla, caso de que fuera algo más que producto de la imaginación calenturienta de Wharton?

El portero de la casa de Hugh aseguraba haber visto salir a *miss* Santzo con un paquetito, pero lo mismo podía ser la estatuilla que otro objeto sin la menor importancia. Una criada de la pensión del Bowery suponía haber visto algo parecido en poder de David Frank, aunque era posible que no hubiese visto nada. ¿Qué Mike había admitido que la estatuilla tuviese un valor superior a todo lo imaginable? ¿Y qué? Mike se limitó a seguirle la corriente, burlándose un poco de su ignorancia. De haber sido verdad, no habría dicho ni admitido nada, como no lo dijo —ni siquiera en la agonía— acerca del «boss» que les ordenó asesinar a Gallico.

De paso, Mike había derrumbado una de las presunciones que con más ilusión acariciase el agente especial durante las horas precedentes: que Rufus Lindbergh, pese al puesto que ocupaba en la Policía local, tuviese relación directa con los forajidos. Esto podría explicar muchas cosas inexplicables. Incluso el lujo sospechoso con que vivía. Sin embargo, era forzoso rechazar aquella idea. Mike había mostrado un asombro sin límites al oír las insinuaciones del agente especial; luego habló con odio del teniente. ¿Una cortina de humo para ocultar la verdad? No; estaba seguro de que, por lo menos en aquel punto, el forajido era total y absolutamente sincero.

—¡Hola, Gallico! Mi más sincera felicitación, amigo. Estuvo a punto de que le liquidasen, ¿eh? Bien; vamos a ver a esos tipos. Espero que no resulten desconocidos.

Ernest acompañó al inspector Merrick hasta el punto en que yacían los cadáveres de los facinerosos y el coche que utilizaron para el pretendido paseo. No tardaron en llegar varios coches policíacos más, con fotógrafos, expertos en huellas, forenses, etc. Silenciosamente, cada uno empezó a trabajar por su lado en su especial cometido. Mientras, Gallico contaba a su jefe, una vez más, no sólo lo ocurrido, sino las conclusiones a que había llegado.

—¡Váyase a dormir! —le aconsejó el inspector, dándose cuenta de su estado—. Necesita un buen baño y descansar unas horas. Y no

se preocupe por nada. Lo que haya que hacer en relación con esos tipos, ya lo haremos nosotros.

Su mujer se asustó un poco al ver el estado en que llegaba. Ernest la tranquilizó, afirmando que había sufrido un pequeño accidente: el vuelco de un coche policíaco. Su esposa le creyó, o fingió creerle, porque no era la primera vez que daba una explicación de este tipo. Se levantó de la cama, le preparó el baño y no se acostó de nuevo hasta que tuvo la seguridad de que su marido estaba durmiendo apaciblemente.

Pero también este sueño apacible era una pequeña simulación de Gallico. La verdad, la única verdad es que se hallaba demasiado intranquilo y nervioso para dormir bien. Pensando en lo sucedido, no veía muy claro el porvenir. A menos que la identificación de Mike y sus compañeros les permitiese dar con el «boss» que había ordenado su fallido asesinato —como posiblemente había dispuesto con anterioridad los de Magda y Bjorson—, no sabía cómo podrían hacer plena luz en aquel enrevesado asunto. Y no cabía descartar que si aquella noche habían fracasado en el intento de borrarle del mundo de los vivos, tuvieran mejor éxito en una segunda tentativa.

Cuando se durmió, estaba amaneciendo; como estaba materialmente agotado, no abrió los ojos hasta bien avanzada la mañana siguiente. Trató entonces de localizar por teléfono al inspector Merrick, y cuando lo consiguió, era cerca del mediodía.

—Todo va bien, amigo. No tiene que preocuparse por nada. Coma tranquilamente en su casa. Le espero en mi despacho a las cuatro de la tarde para que charlemos un rato.

De buena gana, Ernest, que ardía en deseos de conocer todo lo relacionado con los tres forajidos a los que tuvo que matar en defensa propia la noche anterior, hubiese adelantado la hora de la entrevista. Pero conocía al inspector y sabía que nada lograría por intentarlo. Hubo de resignarse a permanecer cruzado de brazos durante un espacio de tiempo que se le antojó interminable.

A las cuatro en punto, con precisión cronométrica, se presentaba en el despacho de Merrick en Centre Street. Sobre la mesa del inspector vió un montón de papeles y varias fichas policíacas.

—Vea esas fichas, Gallico. Bastarán para disipar sus escrúpulos, si acaso sintiera alguno, por la forma en que tuvo que liquidar a aquellos tipos.

Las fichas correspondían a Mike, Larry, el chofer y un tercer individuo llamado Bob Cumming, cuyo rostro no resultaba, en modo alguno, desconocido para Ernest. Los tres eran lo que se había figurado la noche anterior: maleantes profesionales, pistoleros a sueldo del mejor postor, «killers» sin entrañas, que merecían sobradamente el final que habían tenido. El que menos de ellos había sufrido cuatro condenas por robo a mano armada, chantaje, resistencia a la autoridad y otros delitos por el estilo.

—El coche era robado, naturalmente. Desapareció de un aparcamiento cercano a Times Square media hora antes de que le obligasen a penetrar en él.

Bien; todo aquello resultaba perfectamente natural, y Gallico lo había dado por descontado. Había algo que le interesaba cien veces más: ¿a sueldo de quién trabajaban Mike y sus compañeros? ¿Quién era el «boss» que dispuso su asesinato como medida precisa para que oíros perpetrados antes quedasen en la impunidad?

—Pues no lo sabemos —repuso, con entera sinceridad, el inspector—. Si existe, aún ignoramos quién es; pero es posible que no exista, y que Larry, Mike y Bob trabajasen por cuenta propia.

Vió un gesto de escepticismo en el rostro de su subordinado y se apresuró a explicar sus últimas palabras. Según cierto informe, Mike y los otros dos se dedicaban al lucrativo negocio de distribuir drogas —marihuana, especialmente— en algunos tugurios del Bowery y de Harlem. No se sabía quién les proporcionaba la materia prima; pero no resultaba muy aventurado suponer que Kurt Bjorson —tan hábil siempre para atravesar sin la menor dificultad todas las líneas fronterizas, y que contaba con muchos amigos en Méjico y Centroamérica— fuera su proveedor. Dada la contextura moral de Kurt, cuyos medios de vida jamás pudo aclarar la Policía, el tráfico de estupefacientes no inquietaría en lo más mínimo su conciencia, aun en el caso de admitir que la tuviese.

—Debieron reñir con Bjorson por cuestiones del «negocio»; acaso le asesinaron, simplemente, para robarle. Y es posible que éste sea el final del asunto, que usted ha resuelto sin darse cuenta de que lo hacía.

Gallico no estaba, no podía estar, en modo alguno, conforme con una explicación tan sencilla y acomodaticia. Entendía que el asunto era mucho más grave y completo que una simple disputa entre

traficantes de drogas. Desbaratando la hipótesis del inspector, había tres hechos de indudable importancia: las repetidas alusiones de Mike al «boss» que dirigía el grupo, la desaparición de la estatuilla nahua del despacho de Hugh Wharton y el asesinato de Magda Santzo.

—Ya he tenido esos tres puntos en cuenta —repuso, con gesto de cansancio, Merrick—, haciendo toda clase de averiguaciones. Pero el resultado ha sido concreto y decisivo: no hay nada, absolutamente nada, que nos permita establecer la menor relación entre la muerte de *miss* Santzo y la de Bjorson.

Uno tras otro examinó los hechos señalados por el agente especial. El primero no se molestó en discutirlo: que Mike actuase por cuenta propia o a las órdenes de otro maleante de mayor categoría, carecía de verdadera trascendencia, aunque la Policía trabajaba por averiguarlo y confiaba que no tardaría mucho en saberse. Respecto a la estatuilla, no estaba nada convencido de que hubiera existido, de que se la robasen a Wharton ni de que tuviese el menor valor.

—Hablé con la criada de la pensión del Bowery. No sabe lo que vió, y no hace más que contradecirse. A juzgar por lo que dice, más que una estatuilla nahua, lo que David Frank tenía en la mesilla era un muñeco de cuarenta o cincuenta centavos.

Interrogado concienzudamente el portero de la casa de Hugh, tampoco acertaba a precisar si el paquetito que vio sacar a Magda podía ser una pequeña escultura o una cajita de bombones. La asistente, por su parte, negaba con energía que de la biblioteca o el despacho faltase ninguna de las figuras traídas por Wharton de sus expediciones arqueológicas, y no recordaba de ninguna estatuilla del tamaño y la forma de la que tanto interesaba al agente especial.

—He hablado incluso con el Metropolitan Museum, describiéndoles la estatuilla y preguntándoles por su posible valor. No tiene ninguno. Hay millares y millares de ese tipo, repartidas por el mundo entero. Todas son de hierro, plomo o bronce, y no ofrecen especial interés ni siquiera para los arqueólogos.

Respecto al asesinato de Magda Santzo había procurado informarse a fondo como consecuencia de la conversación sostenida veinticuatro horas antes con Gallico. Pasó un par de horas en el despacho del Distric Aítorney —antiguo amigo suyo—, estudiando

detenidamente el informe policíaco y las declaraciones de todos los testigos.

—No es posible la más remota duda, amigo mío. Lo siento por su prima, que tendrá que pasar ratos muy amargos; pero es indudable que fue Wharton quien mató a la chica en un rapto de celos, o como final de una disputa. Por desgracia para él, hizo las cosas tan rematadamente mal, que no podrá librarse de la silla eléctrica.

Ernest le oía un poco sorprendido. Con distintas palabras, Merrick estaba repitiendo mucho de lo que sostuvo el teniente Lindbergh en el curso de su poco cordial entrevista del Manhattan Club. Sin poderse contener, se lo dijo al inspector. Lejos de indignarse, Merrick sonrió al escucharle.

—Es curioso —comentó— que, empleando usted los mismos argumentos, haya conseguido resultados diametralmente opuestos con Lindbergh y conmigo.

—¿Quiere decir que el teniente admite que tengo razón?

—Que puede tenerla, por lo menos —precisó Merrick—. Ya sé que anoche tuvieron una discusión violenta, que Lindbergh se rió de sus deducciones y no quiso tomar en serio nada de lo referente a la estatuilla. Sin embargo...

—¿Qué?

—Parece que sus palabras le impresionaron bastante, especialmente al saber que Mike y otros forajidos habían tratado de darle un disgusto. Empiezan a vacilar sus convicciones, y ya no está tan seguro de que Wharton fuese el que mató a *miss* Santzo. ¡Un gran éxito de sus dotes de persuasión, Gallico! Indudablemente las tiene, aunque a mi no me produzcan el menor efecto.

Ernest le oía, sorprendido y desconcertado. Le parecía extraño el cambio radical experimentado por Lindbergh; pero todavía le asombraba más la terca obstinación de Merrick, negándose a admitir que hubiese relación alguna entre la muerte de Bjorson y el asesinato de Magda. Aunque daba por descontado que su insistencia había de provocar la indignación del inspector, tornó a hablar de la estatuilla desaparecida y de su importancia.

—Deje de soñar despierto, Gallico —le aconsejó Merrick—. No piense más en esa estupidez ni vuelva a mencionarla para nada. ¡No trate de seguir mezclándose en el caso de la chica! Es asunto que no

nos importa y que, por desgracia para Wharton, está definitivamente resuelto. ¡Y no me busque las vueltas! Es una orden terminante y definitiva. ¿Entendido?

—Pero si, según me ha dicho, el teniente Lindbergh empieza a dudar...

—¡Olvídelo! Quizá fue una deferencia suya, un poco arrepentido de haberle tratado ayer en forma poco cordial. Ya le digo que he examinado el sumario y no hay nada que hacer. Todo está perfectamente claro.

—Entonces, ¿yo...?

—Seguirá ocupándose del asunto Bjorson. Aunque me parece que, después de muertos Mike y sus secuaces, queda muy poco que hacer.

Ni siquiera en este punto estaba de acuerdo Ernest con su jefe inmediato. Entendía que, como mínimo, se hacía preciso dar con el «boss» a cuyas órdenes trabajaban Mike, Larry y Bob. No creía que actuaran por cuenta propia. Aun traficando en drogas y siendo el tráfico la causa directa del asesinato de Kurt —cosa que seguía dudando—, había alguien por encima de los tres forajidos muertos.

Y algo de aquello se insinuaba en una de las fichas policíacas: la de Mike Wyman, concretamente.

—Parece que trabajó a sueldo de Harry Lewis Gargotta, guardándole las espaldas. Si tenemos en cuenta la personalidad de Gargotta...

Había oído hablar muchas veces de Harry Lewis, y casi nunca bien. Era un americano, con sangre italiana y judía en las venas, que había amasado una gran fortuna por métodos y procedimientos que tenían poco de ejemplares. Explotó un «speakeasy» en la época de la prohibición, tuvo algunos tropiezos con la Policía en la etapa subsiguiente, mantuvo relaciones más o menos estrechas con el famoso sindicato del crimen y experimentó su última transformación a partir de 1940, en que apareció convertido en un hombre de negocios. Tenía varios hoteles en Coney Island y en Saratoga Spring, en los cuales, durante la temporada estival, obtenía considerables beneficios gracias a la explotación de sus salas de juego; tenía una fuerte participación en una empresa que controlaba las apuestas en diversos hipódromos de la costa atlántica, y era dueño de cuatro o cinco clubs nocturnos, abiertos en

diferentes lugares de Nueva York.

Todo esto sería suficiente para Gallico; pero había algo más, y era que el nombre de Gargotta aparecía en primera línea entre los que mencionó McNeil como amigos incondicionales del teniente Lindbergh. Si, además, resultaba que, tanto Mike como los otros habían estado a sueldo suyo...

—Nada que hacer por ese lado, amigo —repuso el inspector—. Hace siete meses que Gargotta echó de mala manera a Mike, sin querer volver a saber de él una sola palabra. Lindbergh tuvo que intervenir para advertir a Mike de que cualquier tontería podría costarle cara.

Ernest arrugó el ceño, Gargotta era amigo del teniente, y los informes de éste podían ser una buena coartada para librar a Harry Lewis de toda sospecha. Se lo dijo así a Merrick. El inspector negó sin vacilaciones. Había algo más que la simple declaración de Lindbergh.

—Gargotta denunció a la Policía que Mike le amenazaba de muerte. Mike negó, claro está, y no pudo probarse nada. Pero es indudable que rompió con su antiguo jefe y que no lo hizo en forma amistosa precisamente.

—Lindbergh, en cambio, le hablaría muy bien de Gargotta, ¿no?

—Todo lo contrario, amigo. Afirma que, de no saber positivamente que Mike y él se odiaban a muerte, no vacilaría en creer a Harry Lewis organizador de la intentona de anoche. De cualquier forma, aseguró que procuraría vigilarle y que tampoco nosotros debíamos perderle de vista.

Crecía el asombro y desconcierto de Gallico a medida que Merrick hablaba. A través de las palabras del inspector, aparecía un Lindbergh totalmente distinto al que conocía; un Lindbergh que no sólo admitía la posibilidad de que Wharton fuera inocente, y los asesinatos de Bjorson y Magda estuvieran estrechamente relacionados, sino que se atrevía a calificar de indeseable y sospechoso a Gargotta, que había sido hasta la víspera uno de sus mejores amigos. ¿A qué se debería, realmente, un cambio tan radical? No acertaba a explicárselo, y las razones insinuadas por Merrick le parecían totalmente desproporcionadas con el efecto que se las atribuía.

—En fin, amigo Gallico —concluyó el inspector—: creo que ya

ha hecho cuánto tenía que hacer y que le convendría tomarse unos días de descanso. ¿Qué quiere terminar de aclarar todo lo relativo a Kurt Bjorson? Sea. Pero tenga bien presente lo que antes le ordené: no se vuelva a mezclar en el asunto de Wharton. No quiero líos, roces ni reclamaciones de la Policía local. Y olvídense de la célebre estatua; ya me ha hecho perder demasiado tiempo.

Por disciplina, Ernest se sometió al mandato de su jefe, prometiendo atenerse a las instrucciones recibidas. En su fuero íntimo seguía pensando que todo estaba estrechamente relacionado, y que si conseguía dar con los asesinos de Bjorson, descubriría al mismo tiempo a los de Magda. Pero no se saltaría alegremente las órdenes de Merrick. Si llegaba a demostrar la inocencia de Wharton, sería de una manera indirecta, investigando un caso distinto; nunca porque tomara como base para sus diligencias lo sucedido en el pisito de Hugh y Nelly.

Al salir del despacho del inspector sintió deseos de correr en busca del teniente Lindbergh para comprobar si efectivamente había variado de manera de pensar. Se abstuvo de hacerlo, temeroso de que Merrick, de saberlo, lo interpretase como una desobediencia a sus categóricas instrucciones; también, porque no acababa de creer un cambio tan rotundo en su despectivo interlocutor del Manhattan Club.

Abandonó el edificio pensando en buscar a Gargotta. No daba demasiado crédito a su pretendida ruptura con Mike, y deseaba interrogarle con habilidad. Aunque no le hiciese incurrir en contradicciones y su riña con el forajido resultara cierta, siempre podría decirle algo sobre los amigos y los lugares que frecuentaba el facineroso que pretendió asesinarle la noche anterior. Gargotta tenía un club nocturno en East Broadway. Podría ir dando un paseo, porque estaba cerca; sería difícil que estuviese a media tarde; pero, por lo menos, habría alguien que le dijese dónde podía encontrar a Harry Lewis.

—¡Un momento, Gallico! Me interesaría hablar con usted.

La voz le hizo volverse, sorprendido; su asombro aumentó al comprobar que se trataba, en efecto, del teniente Rufus Lindbergh, que se le acercaba sonriente, en actitud muy distinta a la de veinte horas antes. Incluso le tendía la mano en gesto amistoso, que Ernest estrechó de una manera un poco maquinal.

—Permítame felicitarle con toda sinceridad, amigo. Felicitarle por un doble motivo: haber salido con bien de una terrible asechanza y haber visto con claridad cuando todos estábamos ciegos.

—¿Se refiere al asesinato de Kurt Bjorson o al de Magda Santzo? —inquirió, sin acabar de creer lo que oía, el agente especial.

—A los dos, amigo mío; a los dos. Tenía razón anoche, aunque me resistiese a creerle. Estaba tan convencido de que se trataba de un vulgar crimen pasional, que me negaba a admitir que pudiera tener mayor alcance y trascendencia.

—¿Podría decirme por qué ha cambiado tanto en tan pocas horas? —Tornó a preguntar Ernest, que no podía dominar cierta recelosa desconfianza al escuchar al teniente.

—¡Claro que se lo diré! —repuso Lindbergh—. ¿Pero no cree que sería más conveniente que hablásemos en otro lugar? Aquí, en medio de la calle...

Fueron a un bar cercano. No estaba muy concurrido en aquel instante, y el teniente escogió con acierto una mesa apartada. Podrían hablar sin que nadie les oyese ni molestara. Y fué él quien inició la conversación, sin necesitar que el agente especial le hiciera la menor pregunta.

Aunque la noche anterior, y dejándose llevar por la antipatía que los agentes federales le inspiraban —y que ni en aquel momento quería ocultar, en honor a la verdad—, se negó a tomar en serio las palabras de Gallico, respondiendo con ironías y sarcasmos a sus argumentos, después, recordando cuánto había oído y reproduciendo mentalmente las razones aducidas, empezó a pensar que podían tener un fundamento sólido. Hasta aquel momento no había concedido la menor importancia a la supuesta desaparición de una estatuilla nahua ni creía que el amigo, que alguna vez esperó a Magda a la salida del piso de Wharton, hubiese tenido intervención directa en el crimen.

—Me chocó oír de sus labios la afirmación de que el amigo de *miss* Santzo no era otro que Kurt Bjorson, que en aquellos momentos utilizaba el nombre de David Frank. De momento, sin embargo, no le di mucho crédito, suponiendo que había un exceso de imaginación por su parte.

La noticia del intento de asesinato de Gallico —que conoció

oficialmente a primera hora de la mañana—, junto con la personalidad de quienes con tan mala fortuna pretendieron terminar con su vida, le dio mucho que pensar. Conocía personalmente a Mike, y tenía de él un concepto deplorable; pero, a cambio de sus muchas taras y defectos, nadie podía tildarle de tonto ni pensar que se atrevería a planear la liquidación de un agente del F. B. I.,

sin tener para ello las razones más poderosas. Por otra parte, era seguro que no actuaría por cuenta propia, y esto presuponía que había alguna poderosa organización criminal interesada en el asunto.

—Si cuánto me había dicho respecto a Bjorson hubiera sido fruto exclusivo de su imaginación, nadie habría tenido el menor interés en matarle. El deseo de asesinarle demostraba que pisaba terreno firme y que estaba acertado en sus suposiciones. Y si lo estaba en el caso de Bjorson, ¿por qué no admitir que lo estuviese también en el de Magda Santzo?

Con loable honradez, el teniente había sometido a escrupulosa revisión las conclusiones a que, un poco precipitadamente, dejándose llevar por las apariencias, había llegado. Comprendió entonces que la culpabilidad de Wharton no era tan indiscutible y evidente como habían pensado hasta la víspera. Empezó a pensar, a su vez, en la estatuilla desaparecida como posible móvil del crimen.

—Hablé con el inspector Merrick. Acaso le sorprenda, pero está mucho más convencido que yo mismo de que no hubo más asesino que Hugh Wharton, y que la dichosa estatuilla es una torpe invención suya. En otras circunstancias, su opinión hubiera tranquilizado mi conciencia y no habría hecho nada más. Pero tuve la corazonada de que merecía la pena seguir trabajando, y se me ocurrió pedir su parecer a una autoridad en la materia: al profesor Werner Oerlikon.

—¿Werner Oerlikon? —inquirió, sorprendido, Ernest, que conocía sobradamente un nombre famoso por sus trabajos sobre física nuclear—. ¿Y le dijo algo interesante sobre la estatuilla?

—Sí —repuso, con calma, Lindbergh—. Es posible que la estatuilla tenga un valor y una importancia muy Superior a lo que usted lirismo ha llegado a imaginar. El profesor me estuvo hablando durante más de una hora. No podría, naturalmente, repetir todo lo

que dijo; pero me pareció tan importante, que me lancé en su busca para que lo oiga de sus propios labios.

—¿Quiere que vaya a ver a mister Oerlikon? ¿Supone que se molestará en hablar a un desconocido, perdiendo inútilmente un tiempo precioso?

—No será una pérdida para él ni para nadie, sí es verdad lo que supone. ¡Y estoy seguro de que lo es!

Las palabras del teniente elevaron a su cénit la curiosidad y el interés de Gallico. Quiso saber cuánto antes o que el profesor suponía. Lindbergh repuso:

—Es preferible que se lo diga él. ¡Vamos allá! Nos espera con impaciencia. Y cuente conmigo para todo, amigo. Están demasiadas cosas en juego para que nos andemos con rencillas ni susceptibilidades...

COMBUSTIÓN ESPONTANEA



MIENTRAS en el coche del teniente subían hacia la parte alta de Manhattan, Ernest Gallico trataba de recordar cuánto había oído y leído respecto al profesor Werner Oerlikon. De origen centro-europeo —posiblemente suizo o austríaco—, había llegado a la primera guerra mundial, consiguiendo al poco tiempo la nacionalidad estadounidense. Durante varios años desempeñó las cátedras de Física Experimental en las Universidades de Chicago, Saint Louis y Cambridge. Más tarde, en los comienzos de la segunda conflagración, publicó una serie de artículos en los periódicos de mayor difusión acerca de la

posibilidad de nuevas y poderosas armas que acortasen la duración de las guerras e incluso que hicieran éstas imposibles.

No estaba muy seguro, pero tenía la impresión de que Oerlikon figuraba entre los hombres de ciencia que, por encargo del presidente Roosevelt, iniciaron los trabajos que condujeron a la fabricación de la primera bomba atómica. En cualquier caso, había escrito numerosos trabajos acerca de la desintegración nuclear y dado ciclos de conferencias sobre el mismo tema en los centros docentes más importantes de toda la costa atlántica. Actualmente debía ser profesor de alguna de las Universidades neoyorquinas. Su nombre aparecía con cierta frecuencia en las columnas periodísticas y gozaba de una amplia popularidad y de un sólido prestigio.

Míster Oerlikon vivía en un hotelito pequeño, pero lujoso y confortable, en West 125th Street, no lejos del Mt. Morris Park. Estaba esperándoles, indudablemente, porque el criado que les abrió la puerta les condujo hasta la biblioteca sin preguntarles siquiera su nombre. Lindbergh hizo las presentaciones, y el profesor estrechó con efusión la mano del agente especial.

Werner Oerlikon era un hombre de edad avanzada, pero magníficamente conservado. Aunque pasaba de los sesenta años, nadie, juzgando por su aspecto, hubiera supuesto que tenía arriba de cincuenta o cincuenta y cinco. Alto, delgado, con aire de persona que ha practicado todos los deportes para mantenerse ágil a pesar de los estragos del tiempo, daba una clara sensación de energía y salud. Tenía la cabeza un poco cuadrada, la frente muy amplia, la boca de labios finos, contraídos en una mueca ligeramente despectiva, y los ojos, que no necesitaban del auxilio de las gafas, brillaban con intensidad y parecían taladrar el cerebro de su interlocutor, como si fuera capaz de leer sus pensamientos.

—Acaso le sorprenda un poco, mister Gallico —empezó diciendo— el interés que me tomo en este asunto. Lo comprenderá cuando le diga que nuestro común amigo el teniente Lindbergh no fué el primero en hablarme de la estatuilla y de la posibilidad de que los antiguos pueblos nahuas hubiesen conocido el uranio.

Dos meses antes se le presentó un caballero bien vestido, que hablaba con ligero acento extranjero, para hacerle una consulta tan extraña como sorprendente. Aquel caballero le entregó una carta de presentación, de recomendación mejor, de un viejo amigo suyo,

catedrático en la Universidad de Saint Louis. Como había podido comprobar en las últimas horas, la firma de su antiguo colega había sido falsificada. Pero bastó para que en los primeros momentos Oerlikon le prestase una cortés atención, que se convirtió en apasionante interés tan pronto como empezó a hablar su visitante.

—Afirmaba que, tras largas y pacientes investigaciones acerca de las civilizaciones precolombinas americanas, había llegado a la conclusión de que mayas y aztecas tuvieron que tropezarse con el uranio en sus intensas explotaciones mineras, y suponía incluso que dicho mineral, lejos de ser una bendición para ellos, les había ocasionado más de una catástrofe.

Habló de una vieja leyenda maya, según la cual, y en época imposible de determinar, los pecados de los hombres que habitaban las míticas Siete Ciudades de Cibola —de las que hablaba, transmitiendo consejos indígenas el franciscano español fray Marcos de Niza, pero que nadie llegó a ver con sus propios ojos— suscitaron la cólera de los dioses y una lengua de fuego, surgida de las entrañas mismas de la tierra, destruyó el Reino de Quivira, exterminando a sus habitantes. Según la misma leyenda, una nube blanca envolvió durante largos años la comarca entera, y quién intentaba penetrar en ella moría sin remisión.

—Le había sorprendido la semejanza entre los fenómenos descritos por la vieja leyenda —que no sé dónde pudo encontrar— con los producidos por una explosión atómica. No creía, naturalmente, que los antiguos nahuas hubiesen conocido el complejo e intrincado proceso de la desintegración nuclear. Venía a consultarme algo mucho más sencillo y verosímil, si era posible que una catástrofe de tal magnitud se produjera por una escisión casual del uranio, o, dicho en otras palabras, por una combustión espontánea.

—¿Y es posible? —preguntó con acuciante interés Ernest Gallico.

—En teoría, es posible todo —repuso, con una sonrisa míster Oerlikon—. Bastará para que lo comprendan que les recuerde que, según las hipótesis de algunos hombres de ciencia, la conmoción que determinó el hundimiento y desaparición de la Atlántida fué debida a una escisión del uranio, en la que nada tuvieron que ver los hombres, que fueron sus primeras víctimas. Pero una cosa es la

teoría o las hipótesis, y otra muy distinta la realidad atómica.

Para que el agente especial pudiera formarse una idea exacta de la materia, inició una larga disertación. Procuró prescindir de tecnicismos, expresarse en lenguaje corriente, utilizando imágenes y metáforas que le hicieran más comprensible aún. Empezó señalando que el carbón, nuestro principal combustible aún, no es, en fin de cuentas, más que energía solar almacenada en plantas que crecieron hace miles y miles de años. Para liberar esa energía, basta con prender fuego al carbón, logrando que se transforme en fuerza motriz, en calor o en luz.

Durante siglos no se pensó en nada mejor que el carbón. Pero en los finales del XIX y comienzos del XX, los sabios descubrieron que los núcleos de los noventa y dos elementos o cuerpos simples que integran el universo material habían almacenado en su interior cantidades de energía infinitamente superior a la concentrada en el carbón. Por desgracia, si en el caso del carbón bastaba una cerilla para liberar su energía, nadie sabía cómo ni de qué manera liberar la energía concentrada en los átomos.

—Transcurrieron largos años de pacientes investigaciones antes de que se encontrara solución al problema. Fué en mil novecientos treinta y nueve cuando se descubrió el fenómeno llamado «escisión del uranio». Una forma rara de uranio designada como U doscientos treinta y cinco producía la desintegración nuclear. Y, lo que era más interesante y sobrecogedor a un tiempo, en determinadas condiciones la explosión atómica se provocaba de manera automática por un proceso de combustión espontánea.

Más adelante se descubriría que igual fenómeno se producía con otros dos elementos llamados

U-233

y plutonio. Con cualquiera de los tres, y a diferencia de lo que sucedía con el carbón, no se necesitaba prenderles fuego para provocar una determinada temperatura; bastaba con acumular elementos en cantidad suficiente para formar lo que los sabios denominaban «masa crítica». Tan pronto como se llegaba a formar un bloque de

U-235,

plutonio o

U-233

de determinado peso, la ignición atómica se producía por sí sola.

—Como es natural, el peso real de esta masa crítica constituye el máximo secreto de las investigaciones nucleares y es distinta para cada uno de los tres elementos conocidos hasta ahora como capaces de provocar la ignición atómica. No voy a revelar las conclusiones a que personalmente haya llegado respecto a ese extremo. Es suficiente con señalar que, según se hizo público desde el primer instante, cada kilogramo de U doscientos treinta y cinco que sufre completa combustión libera una cantidad de energía equivalente a veinte mil toneladas de trinitrotolueno.

Ernest Gallico se aventuró entonces a formular una pregunta. Creía haber entendido que tanto el plutonio como el

U-233

eran elementos de producción humana, mientras el

U-235

se encontraba en la Naturaleza. Siendo así, ¿cómo explicar el hecho de que todo el

U-235

almacenado en la tierra no hubiese entrado o entrase en cualquier instante en combustión espontánea, provocando una catástrofe de magnitud sideral?

—Por falta de concentración —respondió Oerlikon—. Para llegar a la escisión es preciso que el U doscientos treinta y cinco se halle concentrado, llegando a formar una masa determinada. Por fortuna, el U doscientos treinta y cinco se halla muy diluido en el uranio común, de tal manera, que es preciso manipular muchas toneladas del segundo para obtener unos gramos del primero. Su obtención implica un proceso largo, pesado y costosísimo; pero garantiza a la Humanidad contra terribles explosiones de tipo espontáneo.

—Sin embargo —objetó el agente especial—, de ser ciertas las hipótesis sobre la desaparición de la Atlántida, o esa leyenda maya respecto a la destrucción del viejo Reino de Quivira...

—Implicarían que la escisión del uranio se había producido. Pero no olvide, amigo mío —añadió sonriendo—, que se trata únicamente de hipótesis y de leyendas; que quizá tengan un fondo remoto de verdad, pero que seguramente no pasan de ser fruto de unas imaginaciones más o menos calenturientas.

Bien. Todo aquello estaba suficientemente claro, y Ernest Gallico

lo comprendía a la perfección. Resultaba interesante, incluso instructivo, y en cualquier otro momento hubiera dado por bien empleada no una hora, sino varios días enterándose de una materia tan apasionante. Pero ahora tenía entre manos la investigación de un crimen y no veía qué relación pudiera tener cuánto místico Oerlikon decía con el asesinato de Kurt Bjorson o el de Magda Santzo.

—Ignoro, naturalmente, qué relación pueda haber entre esos crímenes y mi pequeña disertación. Pero el teniente Lindbergh entendió que la había clara y directa y me rogó que le hablase en la forma que lo estoy haciendo, aunque todavía no he mencionado los hechos que considero de interés fundamental.

El primero de aquellos hechos consistía en que su visitante de dos meses antes preguntó con gran interés si la combustión espontánea que destruyó, según una vieja leyenda, las Siete Ciudades de Cibola sería posible porque en aquella región —que cabía localizar en la parte norte de Arizona o en el sur del Colorado—, existiesen yacimientos de uranio común que contuvieran cantidades excepcionales de

U-235.

No cabía negar en redondo y «*a priori*» tal posibilidad, y menos aun teniendo en cuenta que las principales explotaciones de uranio en los Estados Unidos se hallaban en lugares relativamente cercanos de Utah, Colorado y Nuevo México.

—Mi interlocutor dijo entonces algo más concreto: que estaba seguro de que algunas estatuillas nahuas se habían elaborado con un mineral que contenía numerosos corpúsculos de U doscientos treinta y cinco. Yo no lo creí, claro está; pero ante lo tajante de sus afirmaciones señalé que me convencería cuando tuviese en las manos una de aquellas estatuillas, y pudiese analizar su composición.

—¿Y se la trajo? —preguntó el agente especial.

—No. Ni me la trajo, ni volví a verle. Pero pensé bastante en cuanto me dijo y comprendí la enorme importancia que tendría que estuviese en lo cierto. Aunque descontando que el U doscientos treinta y cinco no se hallase totalmente concentrado, si se encontraba un yacimiento cuyo mineral contuviese una proporción cien veces superior que el uranio común, bastaría para hacer rico a

quien lo descubriera en un abrir y cerrar de ojos. No sólo porque facilitaría la fabricación de bombas atómicas, sino porque ahorraría años enteros de trabajo y muchos millones de dólares de gastos.

Sin tener que realizar el menor esfuerzo, Gallico comprendía toda la significación de las últimas frases de mister Oerlikon. Representaban pura y simplemente el posible motivo de la muerte de Magda Santzo, que hasta entonces la Policía se empeñó en atribuir a móviles pasionales, e incluso de Kurt Bjorson. No sería la primera vez que los forajidos se disputaban a tiros y puñaladas la posesión de un botín; y a Bjorson, indudablemente, le había tocado llevar la peor parte en tal disputa.

—El segundo hecho a que antes aludía —prosiguió el profesor— es el nombre utilizado por mi visitante. Es muy probable que no fuera el suyo verdadero, aunque ni entonces ni ahora tiene la menor significación para mí. No obstante, mister Lindbergh le concedió una importancia decisiva y aseguró que para usted la tendría aún mayor.

—¿Cómo dijo llamarse su visitante?

—Un nombre bastante corriente y vulgar: David Frank.

Gallico se puso en pie de un salto. El nombre utilizado por Kurt Bjorson era el eslabón que cerraba el círculo de sus deducciones. Desde que mister Oerlikon empezó a hablar había supuesto que estaría relacionado de un modo u otro con el asunto. Pero al haberse presentado como Davik Frank eliminaba hasta la última de sus dudas.

—¿No cree que está ahora todo perfectamente claro —preguntó, sonriendo amistoso, el teniente Lindbergh—, y que me sobran motivos para desechar mi anterior convicción de que *miss* Santzo había sido víctima de un crimen pasional perpetrado por Hugh Wharton?

El agente especial asintió con una ligera inclinación de cabeza. Sin embargo, tras unos minutos de reflexión, expuso las nuevas inquietudes que le asaltaban. Si moralmente podían estar seguros de la inocencia de Wharton, les faltaban las pruebas materiales que permitieran su inmediata excarcelación. Y, lo que era más importante aún, no creía que todo estuviese aclarado ya, ni muchísimo menos. Conocían los posibles móviles de los dos asesinatos; pero no a sus autores. Y ni siquiera tenían la más remota

idea de dónde pudiera haber ido a parar la estatuilla desaparecida.

—Me parece que está en lo cierto —dijo Oerlikon—. Por desgracia, en ese aspecto concreto no puedo serle de la menor ayuda. Si tuviese la estatuilla, si examinase el mineral de que está formada, podría decirle si contiene o no cantidades apreciables de U doscientos treinta y cinco. Pero, como es lógico, no tengo la más remota idea de dónde pueda encontrarse ahora ni de quién la tenga en su poder, especialmente si, como ustedes afirman, el llamado David Frank murió hace varios días.

—Yo, en cambio —intervino Lindbergh—, creo tener una hipótesis que debe acercarse bastante a la realidad. E incluso me atrevería a señalar, aunque todavía me falten las pruebas precisas para formular una acusación con carácter oficial, el nombre del principal responsable de todo lo sucedido: Harry Lewis Gargotta.

Las palabras del teniente produjeron verdadero estupor en Gallico. No sólo porque Gargotta era uno de sus mejores amigos, según McNeil, que tenía motivos para saberlo, sino porque su declaración respecto a la ruptura violenta y definitiva entre Mike y su antiguo jefe contribuyó a limpiar a éste de toda sombra de sospecha. Procurando no poner un acento agresivo o molesto en sus palabras, se lo dijo con entera claridad a Lindbergh. Con aire de profunda sinceridad, el teniente repuso:

—Gargotta y yo somos amigos, porque a veces conviene tener amigos en el mismo infierno, y un tipo como ése puede resultar de utilidad extraordinaria para un miembro de la Policía. Pero por muy amigo que sea, siempre soy más amigo de la verdad. Cuando, como en este caso, entran en colisión la amistad y el cumplimiento del deber, sacrifico la primera sin dudas ni vacilaciones.

Era una actitud de perfecta dignidad, de intachable honradez profesional, que merecía unos elogios que Ernest no le regateó. Quedaba, sin embargo, una segunda parte: ¿cómo sospechaba de Gargotta, sabiendo que su pelea con Mike adquirió caracteres de inusitada violencia?

—Que hace siete meses riñeran y aun intentaran matarse no implica, dada la especial psicología de individuos de su catadura moral, que no hicieran las paces a las pocas semanas, si tenían un buen negocio en perspectiva. Y no debe extrañarnos que ambos simularan continuar enemistados: podía ser una buena coartada

para excluir de responsabilidad a cualquiera de ellos en los delitos que se atribuyesen al otro.

—Pero eso —objeto Gallico— no demuestra de una manera indubitable que Harry Lewis sea el organizador de ambos crímenes ni que sepa dónde se encuentra la famosa estatuilla.

—Evidentemente, no —admitió el teniente—; y yo no habría dicho una sola palabra de no tener otros indicios. El primero de todos, al que no concedí entonces la menor importancia, fue saber hace un mes que Gargotta, nada amigo de la lectura por regla general, se pasaba horas enteras leyendo obras de vulgarización sobre temas tan dispares como las civilizaciones precolombinas y los procedimientos de desintegración nuclear. El segundo, enterarme de manera casual que no hace mucho dijo a uno de sus secuaces que pronto nadaría en la abundancia. Y el tercero, que hace unos días no se mueve para nada de un hotelito, que no está a su nombre aunque sea suyo, sito en las proximidades del Van Cortland Park, donde permanece vigilado y custodiado por cuatro de sus guardaespaldas. Gargotta tiene muchos negocios en la ciudad; si los abandona, tiene que ser porque en su hotelito guarde algo de mucho mayor valor; y este algo, para mí, no puede ser más que una cosa.

Van Cortland Park está situado en el extremo norte de la isla de Manhattan. Llegar allí en automóvil desde la parte baja de la ciudad, que era donde Harry Lewis tenía sus negocios, exigiría, dado el embotellamiento del tráfico, más de media hora. Era inconcebible que Gargotta estuviera recluido allí sin un motivo serio y poderoso. La hipótesis del teniente parecía, pues, acertada.

—Incluso tengo la seguridad de dónde guarda lo que tanto nos interesa. En lo que llama su despacho, hay detrás de la mesa un cuadro al óleo bastante mediano; apartando el cuadro, se ve una caja de caudales empotrada en la pared. Apostaría el cuello, con la seguridad de no perderlo, a que allí está la famosa estatuilla.

—¿Por qué no registran ustedes la casa? —preguntó, con aire sorprendido, míster Oerlikon.

Lindbergh dió una explicación lógica y justa. Para poder efectuar un registro necesitaban un mandamiento judicial, sin el cual el registro se convertiría en un auténtico delito. No habría juez, sin embargo, que diese la orden necesaria sin convencerse

previamente de que existían indicios racionales de culpabilidad del habitante del edificio a registrar. Y resultaría imposible que convencieran a nadie de que su extraña historia respecto a la estatuilla maya era algo más que un exceso de imaginación.

—Pero —repuso Gallico— el Federal Bureau oí Investigaron puede, en casos urgentes y de capital importancia, realizar un registro sin recabar previamente la autorización de las autoridades judiciales.

Una sonrisa contrajo los labios de Lindbergh. No ignoraba el relativo desembarazo con que podía actuar en ciertos casos la Policía federal ni le pasaba desapercibida la intención del agente especial. Desgraciadamente, no creía que en aquel asunto concreto les sirviera de nada. Si no mandato judicial, Gallico necesitaría permiso de sus jefes. Y sus jefes —concretamente el inspector Merrick, del que dependía— no se lo darían de ninguna de las maneras.

—¿Por qué? —preguntó Ernest.

—Si habló con el inspector del caso, conoce la respuesta igual que yo. Si no lo hizo, bastará que le diga que Merrick, que ha hecho algunas investigaciones por su cuenta, no cree en la inocencia de Wharton, considera un cuento absurdo todo lo referente a los mayas y al uranio y no tolera que nadie le mencione siquiera la supuesta desaparición de una estatuilla nahua. En estas condiciones, ¿cree tener la menor esperanza de que le conceda el permiso necesario?

La respuesta tenía que ser forzosamente negativa. Gallico la dió, con harto dolor de su corazón. Después de lo averiguado en noches anteriores y lo que esta tarde acababa de oír de labios de Lindbergh y Oerlikon, creía tener la solución definitiva del caso —un caso cien veces más complicado y de mayor trascendencia de lo que el inspector Merrick suponía— al alcance de las manos. Bastaría posiblemente con hacer un concienzudo registro en el hotelito de Gargotta para recuperar la estatuilla desaparecida; sería suficiente estrechar a preguntas al dueño de la casa para obtener una confesión plena de culpabilidad.

—¡Qué pena que no podamos hacerlo! Pero la obstinación del inspector...

—¿Y si lo hiciésemos de todas las maneras? —le interrumpió el teniente.

Ernest preguntó, extrañado, por el significado exacto de la pregunta. Lindbergh se la dió sin necesitar que repitiese el ruego. Entendía que el asunto superaba con mucho en trascendencia y gravedad al de unos asesinos vulgares y corrientes. Se trataba, en fin de cuentas, de impedir que unos forajidos se adueñasen con malas artes de cantidades posiblemente considerables de

U-235

para negociar con ellas, vendiéndolas al mejor postor, que, con toda seguridad, sería alguna potencia extranjera marcadamente hostil hacia los Estados Unidos.

—Nuestro deber estriba y consiste en frustrar esa maniobra y castigar con justicia a unos indeseables, Y pudiendo hacerlo, ¿vamos a cruzarnos de brazos por tontos escrúpulos legalistas?

—¿Y qué podemos hacer?

—Entrar en el hotelito sin mandato judicial alguno, haciendo el registro por nuestra cuenta. Cuando hayamos encontrado la estatuilla y el plano con el emplazamiento de la mina abandonada donde la encontró Wharton, lo que todavía tiene mayor importancia, tanto el inspector Merrick como todo el mundo encontrarán plenamente justificada nuestra decisión y serán los primeros en felicitarnos.

Gallico estaba convencido, también, de que el éxito les libraría de toda reprimenda por actuar un poco al margen de la Ley. Pero ¿qué ocurriría si fracasaban; si, contra lo que suponía el teniente, ni la estatuilla ni el mapa estuvieran en la caja fuerte de Harry Lewis Gargotta?

—Absolutamente nada —repuso Lindbergh—, porque nadie sabría nunca que registramos el hotelito ni siquiera que nos acercamos a él.

Ante el gesto de asombro de Ernest, expuso con todo detalle el plan que había imaginado. En el hotelito —cuya distribución señaló una y otra vez al agente especial, para que no tuviese dificultad alguna— estaba Gargotta, acompañado de cuatro pistoleros de su confianza, encargados de guardarle las espaldas. Con ellos dentro y sin un mandamiento judicial, no habría posibilidad de efectuar el registro. Pero Lindbergh los alejaría de allí.

—Me presentaré a las once en punto. Con un pretexto o con otro, obligaré a abandonar el hotelito a Harry Lewis y sus secuaces;

si es preciso, simularé una orden de detención por cualquier motivo baladí. Tendré que dejarles en libertad, como es lógico, al poco rato. Pero siempre dispondrá usted de una hora de tiempo para examinar el contenido de la caja fuerte y llevarse la estatuilla, si estuviera allí.

Gallico no correría el más remoto riesgo. Sólo entraría en el hotelito cuando tuviese la plena seguridad de que estaba vacío. Lindbergh se encargaría de llamarle por teléfono una vez que hubiese sacado de allí a Gargotta y sus amigos. Nadie le vería entrar o salir ni le molestaría en sus pesquisas, siempre que no emplease en ellas más de una hora.

—La caja fuerte es antigua y nada difícil de abrir. Con un poco de práctica, y usted la tiene, más estas llaves, será un juego de niños.

—¿Y si Gargotta o cualquiera de los suyos se llevasen la estatuilla y el plano antes de abandonar el hotelito?

Lindbergh desechó tal posibilidad con un gesto desdeñoso. El hecho de que los forajidos custodiasen el hotelito, ya indicaba que allí estaba lo que andaban buscando y no iban a atreverse a sacarlo cuando creían ir detenidos.

—Nos reuniremos aquí de nuevo a las doce y media de la noche. Míster Oerlikon examinará la estatuilla. Si, como creemos, contiene grandes cantidades de U doscientos treinta y cinco, tendremos en nuestras manos las pruebas precisas para proceder sin demora contra Gargotta, aclarando definitivamente este sangriento crucigrama.

Al agente especial no acababa de agradarle mucho el plan trazado por Lindbergh. Entre otras razones, porque le había reservado la parte, si no más peligrosa —por cuanto no parecía haber riesgo de ninguna clase—, sí que se salía con mayor claridad de los estrechos márgenes de la Ley que estaban obligados a cumplir y hacer cumplir a todos. Pero por mucho que lo pensó, no encontró nada más práctico y eficaz. Con un poco de suerte, significaba lograr cuanto anhelaba en un solo golpe: las pruebas de la inocencia de Wharton, el descubrimiento de los asesinos de Magda y Kurt y la recuperación de una estatuilla que, sin gran valor en apariencia, podía resultar de importancia capital con vistas a una futura contienda.

—Acepto —dijo al final—. ¿Cuándo hemos de empezar a actuar?

El teniente consultó su reloj. Eran las ocho de la tarde; tenían tres horas por delante. Podrían emplearlas en cenar en cualquier lugar reservado y hacer una excursión hasta la extremidad septentrional de la isla de Manhattan. Se acercarían al hotelito de Gargotta, a fin de que Lindbergh mostrase a su acompañante el punto por donde sería más fácil la entrada. Luego, Gallico se quedaría en un bar próximo, al lado mismo del teléfono, esperando la llamada del teniente, diciéndole que tenía expedito el camino.

—Yo les aguardaré aquí —indicó míster Oerlikon—. Tengo verdadero interés en que consigan el éxito anhelado. Siempre oí decir que los policías eran los ojos de la sociedad que velan en la noche del hampa por que los crímenes no queden impunes, pero hasta ahora no pude comprobar hasta qué punto era exacta la frase.

El teniente y Ernest cenaron en un modesto restaurante de la 187th Street, donde pasaron totalmente desapercibidos. Más tarde, con el automóvil marchando a poca velocidad, pasaron tres veces, con algunos minutos de intervalo, por delante del hotelito de Gargotta. El trabajo de Gallico parecía, una vez vacío el hotelito, extraordinariamente fácil y sencillo. Para mayor facilidad, alquilaron un coche sin chofer, que el agente utilizaría en su rápido desplazamiento hacia la lujosa residencia del sabio atómico.

—Espérese aquí, amigo —dijo el teniente, mientras tomaban unas copas en un bar próximo al Van Cortland Park y, por tanto, al hotelito que les interesaba—. Le llamaré por teléfono antes de un cuarto de hora, diciéndole si puede lanzarse a la tarea.

Ernest esperó con impaciencia. No transcurrieron quince minutos, sino veinticinco, antes de que le llamase Lindbergh. Pero, cuando lo hizo, su voz reflejaba la más viva satisfacción.

—Todo resuelto a las mil maravillas, Gallico —afirmó—. Tengo a Gargotta y a sus guardaespaldas en la estación de Policía de Houston Street. Tendré que soltarles dentro de media hora, pero tardarán otra media en volver ahí. Puede actuar con toda calma y seguridad. ¡Adelante, y buena suerte!

VI

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN



El hotelito aparecía envuelto en espesas tinieblas cuando Ernest se aproximó a él de nuevo, y fue a los cuatro minutos escasos de colgar el auricular. Dentro no se veía luz alguna ni se oía el más ligero ruido. Por la calle no pasaba un alma y grandes solares se extendían a uno y otro lado del edificio de una sola planta que servía de cuartel general a las huestes de Harry Lewis Gargotta. La tarea no parecía ser ni más fácil ni más sencilla.

Forzar la ventana que Lindbergh le había indicado, disponiendo una buena palanqueta, fué un juego de niños. Saltó al interior y se

orientó sin la menor dificultad, recordando el plano que le había repetido una y otra vez el teniente. No quiso encender las luces por no llamar la atención de quien pasara por la calle, limitándose a utilizar una linterna.

Con paso rápido salió de la alcoba en que se había metido, cruzó un angosto pasillo y se metió en el despacho de Gargotta. Paseó el cono luminoso de la linterna en torno suyo y vio que todo estaba en la forma anticipada por el teniente. No quiso perder inútilmente el tiempo. Fue hasta la mesa, descolgó el cuadro que le habían indicado y comprobó que ocultaba una caja fuerte empotrada en la pared.

Empezó a manipular con ánimo de forzarla lo más de prisa posible, cuando recibió una sorpresa considerable: estaba abierta. Un poco raro resultaba que Gargotta se hubiese olvidado de cerrarla, aunque quizá estaba tan seguro de que nadie intentaría comprobar su contenido teniendo cuatro pistoleros para impedirlo, que ni siquiera se molestaba en cerrarla. Pero ¿y si estuviese abierta porque de su interior hubiesen retirado todo lo que podía interesarles?

El corazón le dió un vuelco al pensar en la posible inutilidad de su incursión nocturna. Pero el temor desapareció tan pronto como proyectó sobre el interior de la caja el haz lumínico de la linterna. Pudo descubrir algunos montones de billetes y, lo que era cien veces más importante, una extraña figura de metal, de quince o veinte centímetros de altura, que era, sin la menor sombra de duda, la famosa estatuilla robada de la biblioteca de Hugh Wharton y que posiblemente había costado ya la vida de cinco personas como mínimo.

La cogió y siguió buscando, alumbrándose con la linterna. Desdeñó el dinero, pero examinó con atención algunos papeles. Entre ellos halló lo que buscaba; era el mapa de un «cañón» situado en la parte norte de Arizona. Unas breves explicaciones, trazadas sin la menor duda por la mano de Hugh Wharton, señalaban el lugar exacto en que descubrió algunos restos de una vieja civilización nahua, señalando incluso que, por falta de medios económicos, hubo de abandonar la exploración mucho antes de haber agotado la posibilidad de realizar otros hallazgos, quizá de mayor interés.

Gallico había llevado consigo una pequeña cartera de cuero. Metió en su interior el plano y la estatuilla y se dispuso a dejar la caja fuerte en la misma forma en que la había encontrado. Fue entonces cuando le pareció oír ruido de pasos que se acercaban cautelosamente. En movimiento rápido requirió la pistola, dirigió la luz de la linterna hacia la puerta de la derecha y preguntó, sin levantar mucho la voz:

—¿Quién anda ahí?

La respuesta fue un balazo que pasó rozándole el hombro izquierdo. Si no hubiera sentido el peligro y al tiempo mismo de hablar no hubiese saltado a un lado, soltando al propio tiempo la linterna encendida, allí habría terminado la historia de su vida. Por fortuna, el primer disparo no le alcanzó y los siguientes era mucho más difícil que dieran en el blanco, porque Ernest se dejó caer al suelo y empezó a tirar a su vez.

Fue una lucha breve y rápida en la oscuridad, ya que tanto el agente especial como sus enemigos procuraban no entrar en el espacio iluminado por la linterna. Gallico sólo llegó a ver la sombra de sus adversarios y el fogonazo de sus disparos. Pero sintió silbar las balas muy cerca de su cabeza, sufrió un doloroso desgarrón en la oreja derecha, comprendió que aquellos tipos tiraban a matar y procuró apuntar bien en defensa de la propia vida.

Tuvo éxito pleno. Oyó un grito de dolor y luego pasos que se alejaban con premura a lo largo del pasillo. Hizo varios disparos sin que le contestase nadie. Convencido de que sus agresores habían huido, se puso en pie. Recogió la cartera con el plano y la estatuilla, que se puso debajo del brazo, asió la linterna y, sin soltar el revólver, se dispuso a emprender la huida.

Al mirar hacia la puerta desde donde dispararon sus enemigos, le pareció ver un bulto en el suelo. Se acercó un instante y no le cupo la menor duda: se trataba del cuerpo de un hombre. Lo iluminó con la linterna: era un individuo de cuarenta y tantos años, corpulento y bien vestido, que todavía empuñaba una pistola, pero que mostraba en el pecho y la frente las heridas abiertas por los balazos que cortaron el hilo de su existencia.

¿Quién sería? No parecía haber duda posible: uno de los pistoleros de Gargotta. Probablemente, Lindbergh había sido engañado cuando pretendió engañar; creyó que todos los secuaces

de Harry Lewis iban con él hasta la estación de Policía de Houston Street y en el hotelito quedaron dos o tres forajidos custodiando la estatuilla famosa. En cualquier caso, a Ernest no le quedaba otro remedio que huir cuanto antes.

—¡Que no escape de ninguna manera!

La voz sonaba al fondo del pasillo. Seguramente, los forajidos, repuestos del pánico provocado por la caída de su compañero, se disponían a volver a la carga. No sabía cuántos podían ser, ni estaba en las mejores condiciones para hacerles frente. Si le cogían allí, aunque no le matasen, su situación resultaría en extremo comprometida.

A la carrera hizo a la inversa el mismo camino que siguió para llegar al despacho. Un minuto después, saltando por la ventana, se encontraba en la calle. Echó a correr con toda la velocidad que le permitían sus piernas hacia el lugar en que dejó el coche, y bendijo mentalmente la precaución de haberlo aparcado en un lugar próximo, escondido y oscuro. Oyó voces a su espalda, pero no volvió la cabeza; escuchó el estruendo de un disparo y el silbido de una bala, y siguió corriendo.

Coger el volante, poner el vehículo en marcha y pisar el acelerador fué cuestión de contados segundos. Pronto dejó atrás el lugar de la tragedia, bordeando a toda marcha las frondas del Van Cortland Park. A los cuatro minutos descendía por Lenox Avenue hacia el centro de Manhattan. Mirando de cuando en cuando por el espejo retrovisor tuvo la plena seguridad de que nadie le seguía de cerca.

Meditó entonces acerca de lo que debía hacer.

¿Presentarse al inspector Merrick contándole todo lo sucedido? Temió la reacción de su jefe. Por fuerza sería indignada y violenta. Olvidándose de la Ley, que debía ser el primer interesado en observar, había procedido con ligereza delictiva, metiéndose subrepticamente en una casa ajena, robando el contenido de una caja fuerte y matando a un hombre que intentó cerrarle el paso. Que el muerto fuese un indeseable —como seguramente lo sería— no justificaría su acción a los ojos de Merrick. Sólo una cosa podía frenarle: que la estatuilla fuese la misma desaparecida de casa de Wharton —lo que implicaría la complicidad de Gargotta en el asesinato de Magda Santzo— y que contuviese una cantidad de

capaz de transformar un crimen de apariencia vulgar, en un apasionante «*affaire*» de trascendencia nacional.

—Y esto sólo puede decírmelo míster Oerlikon.

No eran más que las once y cuarenta y cinco; faltaban tres cuartos de hora para el momento en que Lindbergh y él habían convenido en verse en casa de Werner; posiblemente el teniente estaría todavía en Houston Street entreteniéndolo a Gargotta y a sus secuaces. Pero el hombre de ciencia no se habría movido de su biblioteca, esperando con ansiedad su retorno. Le mostraría la estatuilla, le dejaría examinarla y acaso cuando Lindbergh volviese ya tendrían la plena seguridad de haber vencido en toda la línea.

El criado que le abrió la puerta —el mismo que le franqueó la entrada a primera hora de la tarde— pareció sorprendido y hasta un poco asustado al verle. Ernest se lo explicó perfectamente. La herida de la oreja no tenía la menor gravedad, pero le había manchado de sangre la cara, el cuello de la camisa y las manos y no debía tener un aspecto muy tranquilizador. Sin embargo, el criado no hizo el menor comentario, y cuando preguntó por míster Oerlikon se limitó a decir que seguía en la biblioteca.

Todavía fué mayor y más sorprendente la reacción del sabio físico al verle entrar. Se puso en pie de un salto, se le quedó mirando con ojos que reflejaban un asombro sin límites, y hasta Gallico hubiese jurado que temblaba un poco. Pareció querer decir algo, pero aunque sus labios se movieron ligeramente, no salió de ellos una sola palabra.

—¿Qué le ocurre, míster Oerlikon? —preguntó Ernest, sorprendido a su vez—. ¡Me mira como si fuera un fantasma! ¿Qué le sucede?

—Nada, absolutamente nada —repuso tras una breve pausa, durante la que consiguió dominar sus nervios, el hombre de ciencia—. Sólo que... no le esperaba tan pronto y menos en ese estado.

—¿Lo dice por esto? —dijo Gallico, señalándose las manchas de sangre—. ¡Bah! La herida no tiene la menor importancia, y creo haber conseguido cuánto nos interesaba.

—¿La famosa estatuilla?

—Sí. Aquí la tiene. Examínela con todo detenimiento mientras esperamos el regreso del teniente. ¿Cree que estaba acertado en lo

que suponía?

Werner parecía haberse tranquilizado por completo a la vista de la estatuilla. La cogió con todo cuidado, poniéndola sobre la mesa bajo un potente foco que encendió. De pronto volvió a recordar la sangre que manchaba el cuello de Ernest y preguntó con cierto aire de alarma en la voz:

—¿Quién le hirió, amigo mío? ¿No sería que usted y Lindbergh cayeron en alguna trampa y que el pobre teniente...?

—Tranquilícese —repuso el agente especial—. Fui yo exclusivamente quien estuvo a punto de caer en una emboscada, pero logré salir con bien.

—¿Y el teniente Lindbergh? —insistió su interlocutor.

—Quizá fuera un fallo suyo lo que estuvo a punto de costarme la vida, aunque lo más probable es que Gargotta resulte más receloso y desconfiado de lo que suponíamos. En cualquier caso, creo que tenemos ganada la partida.

Contó lo sucedido en el menor número posible de palabras. No ocultó nada, porque no creía que tuviese nada que ocultar a Werner. Ni siquiera que hubo de matar a un hombre en defensa propia.

—¿Quién era?

—No lo sé. Le vi un instante la cara, pero no le reconocí. Por fuerza alguno de los pistoleros de Gargotta.

—¿Y por qué no Gargotta mismo?

La pregunta sorprendió un tanto a Ernest que, sin embargo, se apresuró a responder con lo que consideraba verdad. No era, no podía ser Gargotta, porque Harry Lewis se hallaba en Houston Street en compañía del teniente unos minutos antes y no había tenido tiempo de volver.

—En cualquier caso fué una buena sorpresa, ¿eh? —exclamó Oerlikon, que había recobrado su serenidad—. Y me temo mucho que no sea la única que le depare este asunto.

Mientras hablaban, Werner había estado examinando la estatuilla que tenía en las manos, raspándola con una navajita y observando con una lupa las partículas desprendidas. Al oír su última observación, Gallico sintió una honda inquietud. ¿Se habrían equivocado todos respecto a ella? ¿No tendría el valor que unos y otros la habían atribuido, moviéndoles a robar y matar por su

posesión? Oerlikon sonrió al escuchar las preguntas.

—No se preocupe por eso, amigo mío. Es posible que nos hayamos equivocado con esta figura; pero no por lo que usted teme ahora, sino por todo lo contrario. Aunque no lo parezca, vale muchos millones, porque contiene U doscientos treinta y cinco en proporciones muy superiores a cuánto pudimos imaginar en los momentos de más desbordado optimismo. En cuanto al mapa, señala una mina abandonada donde probablemente se obtuvo este mineral. Cabe suponer que pueda encontrarse mucho por el estilo. Y en ese caso...

Comprendía y se explicaba la serie de crímenes perpetrados por apoderarse de algo cuya verdadera riqueza no había llegado a suponer siquiera Hugh Wharton. Incluso, sin precisión de realizar un gran esfuerzo, podía imaginarse todo lo sucedido. Alguien, posiblemente aquel David Frank que le visitó dos meses atrás, sospechó que la estatuilla y el mapa pudiesen tener una importancia muy superior a la puramente arqueológica y decidió apoderarse de ambos, luego de comprobar que sus presunciones eran exactas.

Probablemente Magda Santzo actuaba por orden suya. Se introdujo habilidosamente en casa de Wharton, revisó sus papeles, tomó muestras del metal en que estaban fundidas las distintas figuras aztecas y mayas que adornaban la biblioteca y comprobó que había una por lo menos que justificaba todos los esfuerzos y sacrificios, decidiendo llevársela en unión del mapa del lugar en que fue hallada.

¿Quién y por qué mató entonces a la muchacha?

Era un enigma, que acaso lograrse aclararles Gargotta si conseguían hacerle hablar. Mientras sólo podían aventurar suposiciones. Cabía en lo posible que a *miss* Santzo la hubiera asesinado Bjorson por cualquiera de estos tres motivos, o por los tres juntos: porque la chica, dándose cuenta de la importancia del asunto que tenía entre manos, pidiera más dinero del que estaban dispuestos a darla; porque amenazase con denunciar a la Policía los turbios propósitos del que se hacía llamar David Frank, o porque con su muerte, diestramente planeada, persiguiera el criminal dos propósitos distintos: librarse de un testigo peligroso y poner a Wharton en una situación tan desesperada que no parase mientes en la desaparición de la estatuilla o que nadie le creyese si intentaba

hablar de ella.

La muerte de Kurt Bjorson no parecía ofrecer grandes dudas. Quien a hierro mata suele perecer por el hierro, y él fué víctima de sus propios métodos. Si mató a Magda para librarse de un testigo molesto o que pedía un precio excesivo por su colaboración, al llamado David Frank le asesinaron por el mismo motivo. ¿Quién? El autor material tenía una importancia secundaria; que fuese Mike, Bob, Larry u otro pistolero cualquiera, lo mismo daba. Pero el autor moral, el organizador de todo...

—¿Harry Lewis Gárgotta? —afirmó, más que preguntó, Gallico.

—Yo no sé más que lo oído esta tarde aquí a usted y a Lindbergh —repuso Werner—. Pero si ha encontrado en su caja fuerte la estatuilla y el plano, ¿cree posible la menor duda?

La respuesta tenía que ser negativa forzosamente.

Máxime teniendo en cuenta el intento de que fue víctima la noche anterior. El recuerdo de Mike y sus dos compañeros le hizo pensar en el forajido que había matado hacía media hora escasa. Involuntariamente se estremeció. Miró con cierto odio a la estatuilla que Oerlikon seguía teniendo en las manos. ¡Cuánta sangre derramada por culpa suya en el espacio de pocos días!

—Primero, Magda; luego, Bjorson; más tarde, Larry, Bob y Mike; esta noche, otro pistolero. ¡Por mucho que valga, son demasiados muertos para pagarla!

—¿Demasiados? —replicó Werner con una extraña sonrisa en el rostro—. Seguramente, no. Ni siquiera bastantes. Aún habrá más, algunos más antes de dar por liquidado definitivamente el asunto.

—¿Más muertos? —saltó Ernest, alarmado por el tono, más que por las palabras de su interlocutor—. ¿Qué más muertos espera?

—Varios, amigo mío; varios —respondió con entera calma su interlocutor—. El primero de todos, Gargotta. ¿Le sorprendería? A mí, no; hizo con Kurt lo mismo que éste con Magda. ¿Por qué suponer que haya de tener mejor pago y final que Bjorson? Después otro, al que los acontecimientos le cogerán por sorpresa, que acaso no acierte siquiera a explicárselos.

—¿Quién? —preguntó, interesado, el agente especial, asombrado por el cariz de la charla y la extraña actitud de su interlocutor.

Werner Oerlikon tardó unos segundos en contestar. Pareció no

haber escuchado la pregunta, mientras su mirada, pasando por encima de la cabeza de Ernest, que estaba sentado frente a él, se perdía en la puerta de entrada de la biblioteca, que Gallico cerró a su espalda al penetrar. Cuando el agente repitió la pregunta, una lucecita burlona brilló un instante en los ojos del sabio; luego, contemplando de hito en hito a su visitante, dejó caer con calma unas palabras totalmente inesperadas:

—¿Quién, me pregunta? Pero ¿es posible que todavía no lo haya adivinado? ¡Pues usted, amigo mío: usted!

—¿Yo? —balbució, desconcertado, el agente especial, que no podía comprender el alcance de las palabras y las intenciones de su interlocutor.

—Sí, usted. Usted, Ernest Gallico, que es el último y más formidable obstáculo alzado en nuestro camino. Pero un obstáculo que desaparecerá con la misma facilidad con que desaparecieron todos los demás.

Un segundo quiso creer el agente especial que Oerlikon bromeaba; pero instintivamente comprendió que hablaba perfectamente en serio. Todo lo que había dicho esta noche demostraba que estaba mucho más enterado de lo que pretendía; incluso sus reuniones con David Frank y Lindbergh debieron tener significación muy distinta a la confesada. Sí; con su aire de sabio colocado por encima del bien y del mal, Werner era...

Pero había cometido un error: descubrirse demasiado pronto. Le amenazaba de muerte sin tener en cuenta la reacción del agente especial. Algo parecido había hecho Mike, con la diferencia de que Mike le había desarmado primero y tenía una pistola en la mano al hablarle, y, sin embargo, el muerto no fue Gallico, sino Mike. Lo mismo le ocurriría a Oerlikon si trataba de convertir en hechos sus palabras.

—Me parece que olvida un pequeño detalle —repuso con calma, mientras se llevaba la mano derecha a la sobaquera, en busca del revólver—. Que yo no soy manco; sé manejar un arma de fuego y...

—Harías bien en levantar los brazos, si no quieres que te vuele la cabeza —le interrumpió una voz amenazadora a su espalda.

Trató de acabar de sacar el revólver, pero apenas lo había tocado cuando un golpe violento en la muñeca se lo obligó a soltar. Unas manos fuertes —pertenecientes sin duda a más de una persona

— le sujetaron los brazos por detrás, mientras el frío cañón de una pistola se apretaba contra su nuca y la misma voz de antes amenazaba de nuevo:

—Si tanta prisa te corre morir, no tienes más que decirlo.

Pese a la terrible confusión mental que el cambio repentino de Oerlikon y la inesperada agresión de unos individuos que habían entrado sigilosos en la habitación, cogiéndole por la espalda habían provocado en Gallico, creyó reconocer la voz y se estremeció al comprender con rapidez instantánea lo que pudiera significar. Con un esfuerzo volvió la cabeza. No se había equivocado. Uno de los dos individuos que le sujetaban los brazos, el que esgrimía un arma de fuego con claras intenciones de manejarla era el teniente Rufus Lindbergh.

—¡Usted! —exclamó, sin poder dominar su asombro—. ¿Es que se han vuelto todos locos?

—Me parece que el único loco eres tú, amiguito, al meterte en la ratonera —contestó, con una sonrisa siniestra, Lindbergh—. Temí que hubieses escarmentado con lo sucedido en el hotel de Gargotta, y que me costaría trabajo echarte la vista encima. Por fortuna, eres mucho más tonto de lo que suponía.

Le habían soltado, dejándole ponerse en pie. Pero no cabía hacerse demasiadas ilusiones. El teniente estaba a tres pasos de distancia, mirándole con fijeza y con una, «Lugger» en la mano. Un poco separado aparecía un segundo enemigo: el criado que le abriese la puerta. Sólo que ahora la sonrisa servil había desaparecido de sus labios y no se inclinaba en gesto ceremonioso. Erguía, por el contrario, su corpachón de más de seis pies de estatura, y contemplaba al agente, jugueteando con el revólver arrebatado al propio Ernest. En cuanto a Werner, no se había movido del otro lado de la mesa, sobre la que aparecían la estatuilla y el plano. Pero en lugar de la lupa tenía en la mano derecha una pistola automática.

—¿Estabas, entonces, en el hotelito? —inquirió Gallico, tuteando a Lindbergh, del mismo modo que éste le tuteaba a él—. Se trataba de una trampa, ¿eh?

—Llámalo como quieras —repuso, encogiéndose de hombros, el teniente—. Lo importante es que no saldrás de aquí por milagro, como escapaste de allí.

—Por milagro, no —contestó, despectivo, Ernest, que iba recuperando con rapidez el dominio de sus nervios y a quien le interesaba ganar tiempo, por enterarse del juego de sus adversarios y buscar alguna posibilidad de salvación—. Porque tuve más valor y puntería que todos vosotros. Alcancé a uno de tus secuaces, y los demás corrieron como ratas asustadas.

—¿Viste al muerto? —inquirió, con una leve sonrisa, Lindbergh —. ¿Y no le reconociste?

—No. ¿Quién era?

—Un tipo, del que hablamos bastante esta tarde: Harry Lewis Gargotta.

Fué una sorpresa para Gallico. Había dado por descontado que se trataba de cualquiera de sus pistoleros; después pensó que se trataba de algún forajido al servicio de Lindbergh en sus turbios manejos. De todas formas, no sentía su muerte; ni le remordía la conciencia haberle borrado del mundo de los vivos.

—La única pena —replicó el teniente, en tono burlón— es que no le mateses tú.

—¿Que no le maté yo?

—No. Estaba muerto ya cuando te llamé por teléfono. Pero no te preocupes: mañana, cuando encuentren su cadáver, dirá todo el mundo que le mataste tú.

—¿Crees que lo creerá nadie cuando yo lo niegue?

—Aunque lo negases, lo creerían igual. Encontrarían tus huellas dactilares en la ventana que forzaste y en la caja fuerte. Pero no lo negarás, porque serías el primer cadáver que pudiese afirmar o negar nada.

Gallico no respondió; su mirada fué de uno a otro de los presentes. Tanto el criado como Oerlikon asentían tácitamente a las afirmaciones de Lindbergh. Indudablemente se trataba de un plan bien preparado. Ante su silencio, el teniente siguió hablando:

—Tu cadáver aparecerá en el despacho, a pocos pasos del de Gargotta. Uno y otro tendréis un arma de fuego en la mano. Para el inspector Merrick, para todo el mundo, no ofrecerá dudas lo sucedido: entraste subrepticamente en el hotelito en busca de pruebas contra Harry Lewis, éste te sorprendió registrando su caja fuerte, los dos disparasteis a un tiempo, y los dos, con excelente puntería.

Ernest dejó de mirar a Lindbergh. Empezaba a comprender que era una figura secundaria en la trama urdida. La cabeza directora debía, tenía que ser, aquel Werner Oerlikon, aureolado con una fama que no merecía. Al hablar, fué al hombre de ciencia a quien se dirigió:

—También necesitaba que muriese Gargotta, ¿eh?

—Desde luego —repuso, con entera tranquilidad, Werner—. Tenía que morir, por las mismas razones que Bjorson. Peor aún: porque pretendía quedarse con la parte del león, valiéndose de que la estatuilla y el mapa estaban en su poder. Creyó que podía burlarme, reírse incluso de mí. Ahora no tendrá tiempo para enmendar su error.

—Y es preciso que aparezca yo como el matador, ¿verdad?

—Sí. Hago las cosas bien y procuro que la Policía tenga siempre un culpable para que no se moleste en buscar otro, lo que podría llevarla hasta mí. Cuando liquidamos a Magda, Wharton apareció como el sospechoso número uno; a Bjorson le mató Mike, por orden de Gargotta. Si a éste le mata usted (¡oh, ya sé que no hizo; pero bastará con que la gente lo crea!), el ciclo queda cerrado, y nadie investigará más.

—Pero la estatuilla y el mapa...

—¡Bah! Wharton no ha conseguido que le concedieran el menor crédito. ¿No se lo dijo con toda claridad el inspector Merrick hace unas horas? Pues menos lo creerán en adelante. En el hotelito de Harry Lewis encontrarán cuánto tenía en la caja fuerte: dinero, documentos, papeles comprometedores. Hallarán, también, dos cadáveres (los últimos del caso); pero ni rastros de la supuesta estatuilla nahua, cuyo valor, aun admitiendo su existencia, no llegarán siquiera a sospechar jamás.

Hizo una breve pausa, como esperando que el agente especial formulase alguna pregunta. Luego, se puso en pie, dió una vuelta en torno a la mesa y se colocó a unos pases de Ernest, mirándole con fijeza. Gallico pensó que iba a dar orden a cualquiera de sus dos secuaces de que disparasen sin tardanza. A la desesperada trató de ganar tiempo por el método más elemental: halagar la vanidad de su interlocutor.

—¡Espléndida jugada! —exclamó—. No cabe duda que es usted extraordinariamente listo. Otro cualquiera en su lugar...

—Habría fracasado: lo sé. Eran demasiadas las ambiciones, los intereses entrecruzados para que pudiera terminar con bien este complicado asunto. Hacía falta una inteligencia superior para llevar la nave a buen puerto, eludiendo todas las tormentas.

—Pero el negocio lo merecía, ¿no?

—Sí. El negocio merecía correr todos los riesgos. Fué una buena idea de Bjorson, aunque no alcanzase a ver toda su trascendencia; después, entrevieron la realidad otras personas que hubimos de utilizar, pero de las que no podíamos fiarnos, como Magda y Gargotta. A todos ellos hubo que eliminarles, para que no estropeasen algo que vale millones, tal vez cientos de millones.

—¿Cientos de millones? —preguntó Ernest, en tono ligeramente irónico—. ¿No exagerará un poco, Oerlikon?

—No. Posiblemente me quede corto. Podremos obtener muchos kilos de U doscientos treinta y cinco casi concentrado; es una mercancía fácil de colocar, y que cualquiera nos pagará al precio que pidamos por ella.

—¿Incluso el Gobierno americano?

—Me temo que no. Yo, personalmente, y aunque nacido en la vieja Europa, no tengo hostilidad ninguna contra el Gobierno o el pueblo de los Estados Unidos. En igualdad de condiciones, le vendería el U doscientos treinta y cinco mejor que a cualquier otro país. Pero...

—¿Supone que no estaría dispuesto a pagarle lo suficiente? —Tornó a preguntar Gallico.

—Supongo que no querría pagarme de ninguna de las maneras. Le bastaría conocer la existencia del filón para incautarse de él, sin darme más que una ridícula indemnización. Si no empezaba a investigar, descubriría lo que tuve que hacer con algunos estorbos, y juzgaba más cómodo, fácil y barato pagarme con una buena celda en

Sing-Sing.

—¿Qué se propone hacer entonces? ¿Cómo sacara dinero del U doscientos treinta y cinco de que piensa disponer pronto?

Lindbergh no veía complacido aquella charla. Adivinaba que el agente especial sólo quería ganar tiempo, esperando alguna oportunidad favorable, y tenía prisa por terminar. Irritado, gruñó:

—¡No le dé explicaciones, Werner! No se deje envolver por

Gallico; sólo busca distraernos un poco para escapar...

—Como se le escapó del hotelito, ¿no? —repuso, en tono de marcado desprecio, Oerlikon—. Descuide; yo sé hacer bien las cosas. Jamás dejo nada al azar. Un rato antes o un rato después, será igual. Y me agrada hablar un poco con Gallico. Admiro su valor, su serenidad y su entereza; es una pena, una verdadera pena, que le tengamos que matar.

—Puede dejarme con vida —saltó, rápido, Ernest—. A un hombre de su inteligencia le sobran recursos y habilidades para lograr sus fines sin necesidad de derramar más sangre.

Oerlikon denegó con un enérgico movimiento de cabeza. A otro cualquiera, acaso tratase de convencerle, de comprarle ofreciéndole una cantidad que satisficiera todas sus ambiciones; a Gallico, no. Estaba seguro de que se negaría. Formaba parte del

F. B. I.,

y no sabía de uno solo de sus agentes que se hubiese dejado sobornar.

—Y si alguno hubiese, tengo la firme convicción de que no sería, precisamente, Ernest Gallico.

—Si lo cree así —tornó a intervenir, apremiante, Lindbergh—, ¿por qué pierde el tiempo en hablarle?

—No lo pierdo; lo gano. Por lo menos, en mi concepto. Necesitaba demostrarme a mí mismo que era superior a todos los pasibles enemigos, y es lo que estoy haciendo ahora. Con el más peligroso de todos, posiblemente —hizo una breve pausa, para tomar aliento, y continuó—: Esta tarde repetí la conocida frase de que los policías son los ojos que vigilan en la noche del hampa para impedir que los crímenes puedan quedar impunes. Pero no todos los ojos ven lo mismo en la oscuridad. Algunos, como los del Cuerpo que representa nuestro buen amigo Lindbergh, padecen cataratas de turbios apetitos, que dificultan su agudeza visual; otros, como el

F. B. I.,

presumen, no sin motivo, de su clara visión, incluso en las tinieblas más espesas. Por eso resulta, para mí, tan agradable haberme medido con él, derrotándole en toda la línea.

—¿Está muy seguro de haber vencido al
F. B. I.?

—preguntó, en tono frío, Gallico.

—Juzgue por usted mismo. Logró escapar de las manos de Mike, haciéndome, sin proponérselo, el mejor de los favores al liquidarle; consiguió esta noche salir con vida del hotelito donde Lindbergh lo había dispuesto todo para su muerte. ¿Qué ha logrado con ello? Sencillamente, prolongar unas horas su vida, porque de aquí no podrá salir de ninguna de las maneras.

Ernest replicó con rapidez. La muerte de un agente especial no implica la derrota del

F. B. I.

Eran muchos los agentes caídos en el cumplimiento de su deber; pero ni una sola vez la Policía federal dejó de dar con los culpables, haciéndoles pagar caros sus delitos. En aquel mismo caso, y aunque le asesinasen en forma que todas las sospechas recayeran sobre el difunto Gargotta, el asunto no quedaría resuelto. Tendrían que explotar el yacimiento uranífero de Arizona y sacar del país el

U-235

que encontrasen. ¿Creían posible hacerlo sin tropezar de nuevo con el Federal Bureau of Investigation?

—Desde luego —afirmó, convencido, Oerlikon—. Lo tengo todo perfectamente estudiado, previsto y resuelto. Quién trabajará en el yacimiento, cómo llevaremos el U doscientos treinta y cinco hasta el otro lado de la frontera, quién nos lo comprará y a qué precio. Le asombraría poder leer las cartas y notas que guardo en los cajones de esa mesa. Vería cómo no habrá riesgo ninguno, y en pocos meses nos habremos embolsado muchos millones de dólares.

—A menos —insistió Gallico— que el

F. B. I.,

les estropee el negocio, que se lo estropeará.

Werner se encogió de hombros, despectivo. El único que sabía algo era Ernest, y no tardaría en morir. Los demás, todos los demás, empezando por el inspector Merrick, no sospechaban nada ni llegarían a enterarse de nada.

—¿Y si Merrick estuviese enterado de todo? —inquirió Gallico, poniendo en práctica un intento de intimidación que acababa de cruzarle por la cabeza—. ¿Y si yo, al salir del hotelito de Gargotta, le hubiese llamado por teléfono para contarle lo que había sucedido, dónde iba y lo que temía?

—No mienta, amigo —replicó, desdeñoso, Oerlikon—. No

sospechaba ni temía nada, porque de haber temido algo, no hubiese venido aquí.

—¿Por qué no? Tenía que jugarme el todo por el todo para descubrir la verdad; forzar una confesión de ustedes para estar seguro de no equivocarme.

—Y para morir —gruñó, sordamente, Lindbergh.

—¡Quién sabe! Hace media hora que hablé con Merrick, y a Merrick no le gusta perder el tiempo. En este momento tendrá ya cercada esta casa, estará entrando. Si me matasen, no tardarían en pagar con la cabeza este crimen; pero no lo harán porque saben...

—¡Mentira, todo eso es mentira! —chilló, descompuesto, Lindbergh, a quien aterraba pensar que Gallico pudiera estar diciendo la verdad—. El inspector no sabe nada, y no puede venir porque...

Ernest comprendió que había llegado el instante decisivo. Medio minuto después, tan pronto como comprobasen que nadie cercaba la casa, le coserían impunemente a balazos. Era preciso aprovechar su nerviosismo actual, procurando incrementarlo incluso, antes de lanzarse a una acción desesperada.

—No puede venir, ¿eh? —preguntó, en tono burlón—. ¡Vuelve la cabeza, si quieres convencerte! ¡Hola, inspector! Llega usted en el segundo preciso para...

Hablaba con tanta firmeza, clavando la mirada en la puerta de la biblioteca, que instintivamente las cabezas de sus tres adversarios se volvieron hacia allá, dejando de vigilarle durante una décima de segundo.

—¡No hay nadie! —clamó, jubiloso, el teniente, respirando, satisfecho, al ver desvanecerse una grave amenaza—. Te falló el truquito, y ahora...

Se equivocaba en la última afirmación. Lejos de fallarle, el ardid había dado los frutos que Gallico perseguía. Cuando sus tres enemigos dejaron de mirarle, eligió al que juzgó más débil y saltó sobre él.

El más débil era, naturalmente, Werner Oerlikon. Estaba bien conservado, relativamente fuerte y ágil, pero sesenta y tantos años no pasan en balde, y carecía de las precisas energías para resistir con posibilidades de éxito a un hombre treinta años más joven. Para Ernest fué un juego de niños retorcer la muñeca del hombre de

ciencia, arrebatarle la pistola que empuñaba, colocarse a su espalda, sujetándole por el cuello con la mano izquierda, mientras con la derecha amenazaba al criado y al teniente.

—¡Quietos! Si tratáis de cerrarme el paso, mato a Oerlikon...

Cogidos por sorpresa, Lindbergh y el criado quedaron sin saber qué hacer, inmovilizados por el estupor, apuntando al grupo formado por Werner y el agente especial, pero sin atreverse a disparar por temor de herir al primero. Ernest quiso aprovechar un desconcierto que no duraría mucho, ganando cuanto antes la puerta de la biblioteca. Procurando que el cuerpo de Oerlikon le sirviera de escudo protector, fué andando de lado hacia el fondo de la habitación.

—Si se resiste, lo pasará mal.

Werner no se resistía. Ni siquiera pronunció una sola palabra. Pero miraba fijamente a sus secuaces, indicándoles con la mirada lo que debían hacer. Fue el criado quien primero le entendió, y trató de cumplir sus mudas instrucciones. Con movimiento rápido, se desplazó hacia la izquierda, buscando un ángulo de tiro adecuado. Le favoreció que Gallico le prestaba escasa atención, interesado por una extraña maniobra de Lindbergh, que había saltado detrás de la mesa, tomándola como parapeto.

—¡Cuidado! De disparar, sería Oerlikon el primero en caer...

Pero no fué Lindbergh quien disparó, sino el criado. Tiraba desde un lado, y creyó fácil terminar con el agente especial. No consiguió más que herirle en el hombro izquierdo. Ernest sintió un dolor agudo, pero reaccionó con rapidez y acierto. Apretó una vez el gatillo; bastó para que el criado rodase, gravemente herido, por la alfombra.

Pero apenas salvado aquel peligro, tuvo que hacer frente a otro mayor. Parapetado detrás de la mesa, Lindbergh empezó a disparar. Sus primeros balazos no alcanzaron a Gallico, pero sí hirieron a Werner, que se quejaba, lastimero. Sorprendido, el agente advirtió a su enemigo:

—¡Vas a matar a tu jefe!

—¡Y a ti! —replicó el teniente, entre disparo y disparo—. No perderé nada con liquidaros a los dos. A ti, por lo que eres y sabes; a él, por su estupidez dejándose coger incautamente.

Tiraba con lentitud, apuntando con cuidado. Gallico replicaba

en la misma forma, pero su adversario ofrecía escaso blanco y era difícil alcanzarle. Herido en mitad del pecho, Oerlikon cayó de rodillas primera, se derrumbó por completo después, pese al esfuerzo del agente especial por sostenerlo en pie. Antes de darse cuenta exacta de lo que pasaba, Ernest se encontró por completo al descubierto.

—¡Y ahora, tú! —chillaba, rabioso, Lindbergh—. ¡Toma!

Dos disparos de Gallico fueron a clavarse en el grueso tablero de la mesa. Los de su enemigo, en cambio, vinieron a hundirse en sus carnes, produciéndole dolores insoportables. Sintió que se le nublabla la vista y se le doblaban las piernas. Hizo un esfuerzo por mantenerse en pie, y no lo consiguió. Lenta, suavemente, cayó encima del cadáver de Oerlikon.

—¡Gané la partida! —exclamó, jubiloso, Rufus Lindbergh—. Todo será para mí. ¡Y Werner se creía más listo! ¡Imbécil!

Seguro de no correr riesgo alguno, abandonó su parapeto y avanzó sonriente hacia el punto en que estaban los cuerpos de Oerlikon y Gallico. Un instante contempló a éste con aire despectivo. Luego, dándole un puntapié, comentó:

—Todavía respiras, ¿eh? Me alegro. Así podrás saber que he triunfado en toda la línea, y que el famoso F. B. I...

Desde el suelo, Ernest le veía de una manera confusa, como a través de una espesa niebla. De pronto, recordó que aún tenía la pistola en la mano. Levantó ligeramente el brazo y apretó el gatillo. Herido en el cuello, con la yugular partida por una onza de plomo, Rufus Lindbergh rodaba por la alfombra una décima de segunde después, agonizando en un charco formado por su propia sangre.

Con terrible lentitud, a costa de esfuerzos verdaderamente sobrehumanos, Ernest logró irse arrastrando hasta el teléfono. Tardó mucho tiempo en poder marcar un número y, más aún, en reunir las energías precisas para hablar. Cuando lo hizo, su voz sonaba angustiada y desfallecida:

—Le habla Gallico..., inspector. Estoy... en Ciento Veinticinco th Street..., casa de Oerlikon. ¡Venga corriendo! Cuando lleguen..., acaso haya muerto. Pero sepa que yo..., ¡yo tenía razón! Los culpables eran... Rufus Lindbergh y Werner Oerlikon... En los cajones... de la mesa...

No concluyó la frase. Merrick le llamó a voces, sin obtener

respuesta. En vista de ello, salió corriendo hacia el lugar señalado. Cuando entró en la biblioteca, un grito de horror se escapó de su garganta. En un principio creyó que los cuatro que aparecían tirados en el suelo estaban muertos.

—¡Traigan una ambulancia, rápidos! —chilló a uno de los agentes que le acompañaban—. Hay dos que alientan aún. Y uno de ellos, por fortuna, es Ernest Gallico.

Un mes después, en la habitación del sanatorio donde el agente especial iba mejorando de sus graves heridas, Ernest Gallico charlaba con dos visitantes, altamente interesados en el caso cuya resolución estuvo a punto de costarle la vida. Uno de ellos era Hugh Wharton, en cuyo rostro y cabellos podían advertirse claras huellas de la tortura padecida durante los días de encierro; junto a él aparecía su esposa, Nelly, tan cariñosa y amante como antes de iniciarse la tragedia en que se vieron envueltos.

—Lo que más me dolió —afirmaba Hugh— fue que Nelly creyera de verdad que entre aquella pobre chica y yo había nada inconfesable.

—Soy la primera en lamentarlo hoy —repuso, en tono de absoluta sinceridad, su mujer—. Pero has de convenir conmigo en que las apariencias...

—Las apariencias engañan muchas veces —intervino Ernest—. Werner tenía tal aire de persona decente, que ni un instante se me ocurrió sospechar de él, y por no sospechar, recibí unos cuantos balazos y me salvé por verdadero milagro. El aspecto de Magda Santzo tampoco era para asustar a nadie. Y en cuento a las investigaciones arqueológicas, parecen absolutamente inofensivas, y sin embargo...

—Sin embargo —completó Hugh—, las mías casi me llevaron a la silla eléctrica; han costado un puñado de muertos y pudieron provocar un conflicto internacional, ¿no es eso?

—Exacto. Y ahora, una pregunta: ¿vas a persistir en ellas?

—¡Ni pensarlo! —se apresuró a responder Wharton—. Ni volveré a pensar en el arte nahua ni a mirar a ninguna chica bonita. Con mi mujer tengo todo el arte y toda la belleza que necesito. En adelante seré el marido más admirable y ejemplar que pueda soñar ninguna mujer —hizo una breve pausa, suspiró, recordando los acontecimientos recientes, y añadió—: Sólo una vez desde que me

casé, tuve la mala ocurrencia de fijarme en una muchacha agraciada, y ya ves lo que pasó. Con estos antecedentes, ni Don Juan en persona volvería a probar fortuna, ¿no te parece?



COLECCION
NOVELISTAS DE HOY

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO, por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA, por Dario Fernández-Flórez.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Palomar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insúa.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por Maria Alburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CARTA, por Luis Antonio de Vega.
12. DIOS ES CORAZON, por Lázaro Ros.
13. A CARA O CRUZ, por Juan Antonio de Zunzunegui.
14. EL DIA SIGUIENTE, por Rafael López de Haro.
15. ¡PUENTE DE PLATA!, por Augusto Martínez Olmedilla.
16. ANOCHE EN MONTECARLO, por Julio Angulo.
17. TIERRA POR MEDIO, por Francisco Serrano Anguita.
18. LA VIDA SIGUE, por José Alvarez Esteban.
19. LA BELLA Y LA MANDRAGORA, por Alvaro Retana.
20. HUMO SIN FUEGO, por José Sanz y Díaz.
21. DIA NEGRO, por Elisabeth Mulder.
22. MUERTE EN SHANGHAI, por Juan Marin.
23. PRIMAVERA DE PAPEL, por José M.^a Sánchez Silva.
24. RESURGIR, por Carmen Nonell.
25. LA TARDE FILTRADA, por Eduardo Aunós.

NOTA.—Puede remitirse a su domicilio, CONTRA REEMBOLSO, la colección completa de NOVELISTAS DE HOY, o los títulos que le interesen, a CINCO pesetas ejemplar. Escribanos a EDITORIAL ROLLAN, San Bernardo, 68.—MADRID.

COLECCIONES DE EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

NOVELISTAS DE HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional, con una presentación exquisita.

Publicación semanal — 5 Ptas.

Aventuras del F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal - 1'25 Ptas.

EXTRA DEL OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

PROEZAS

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para MAYORES, impresa a todo color con la colaboración de los mejores dibujantes humoristas.

Publicación quincenal — 2 Ptas.

JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal - 1'25 Ptas.

F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !

NOTAS

[1] «Stools-pidgeons», palomas mensajeras, es el remoquete aplicado a los confidentes. < <